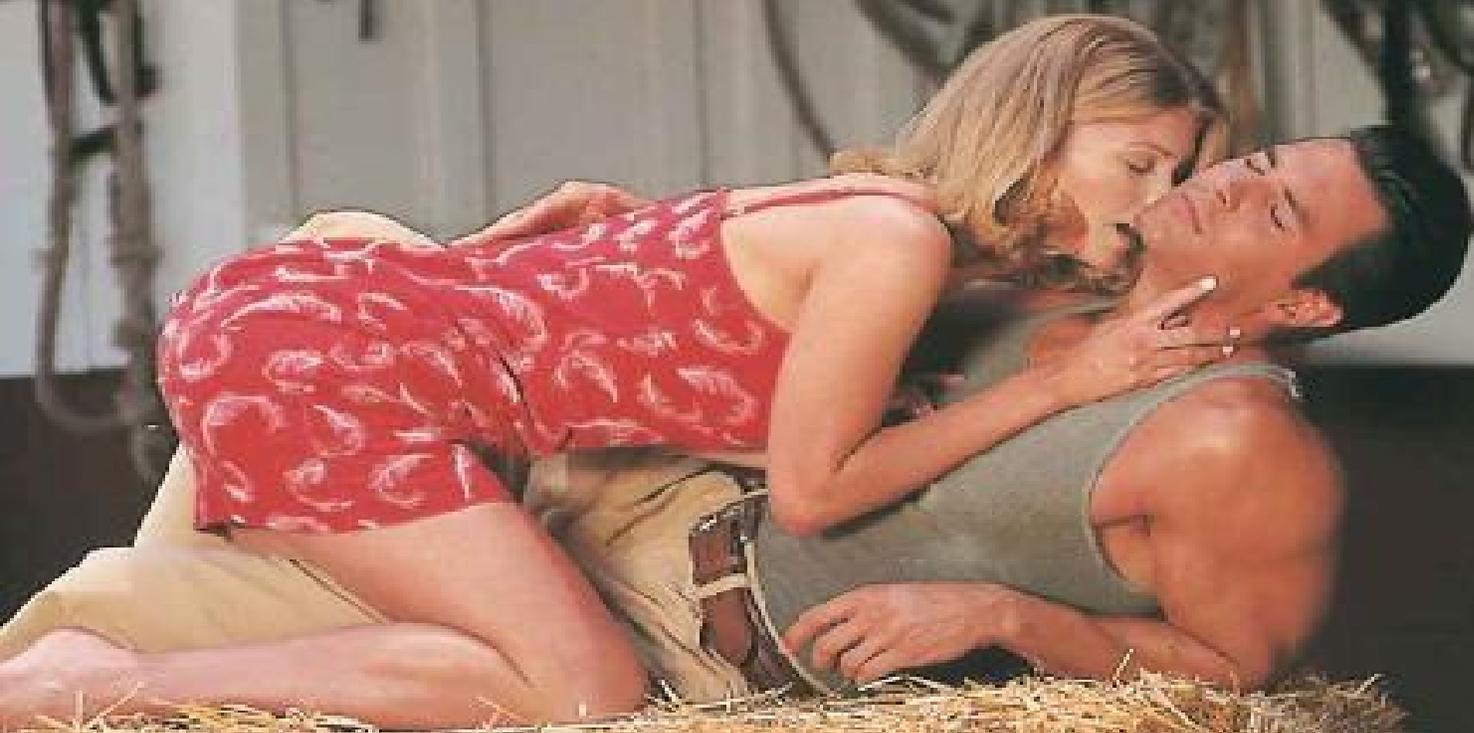


HARLEQUIN

Bianca™



Lee Wilkinson

LAGRIMAS DEL CORAZON

_____Bianca_____

LAGRIMAS DEL CORAZON

Lee Wilkinson



Capítulo 1

Francesca Holt, que avanzaba entre el gentío del viernes por la tarde y los carritos de equipaje, se detuvo para echar un vistazo a los monitores de vuelo del aeropuerto.

El vuelo de Amsterdam acababa de aterrizar. Soltó un suspiro de alivio.

—Es un incordio tener que irme ahora —había dicho Kirk—. Pero es un viaje demasiado importante para cancelarlo —la había besado y recogido su bolso y maleta—. Volveré mañana sin falta. Reúnete conmigo en el punto de encuentro principal. Solo hay unos veinte minutos de diferencia entre nuestros vuelos, así que no tendrás que esperar mucho.

Y allí esperaba.

Era una mujer esbelta y grácil, con una estatura por encima de la media y sedoso cabello castaño cenizo, que tenía una leve tendencia a ondularse y que en ese momento llevaba recogido en un moño encima de la cabeza.

Vestía con elegancia, aunque de manera algo conservadora, con un vestido de seda marrón y una chaqueta corta. Un pañuelo fino alrededor del cuello añadía un toque de color. Portaba un pequeño bolso de fin de semana y una maleta.

«Normal», pensó el hombre que la observaba, «aparte de su adorable figura y la cualidad de serenidad que hace que sobresalga de la multitud».

Consciente de que la miraban, Fran alzó la mano izquierda y contempló el pequeño solitario que tenía en la mano. Kirk se lo había introducido en el dedo apenas un par de noches atrás, cuando la había invitado a cenar.

—Es algo temporal —le había informado—. Podrás elegir algo más grande y mejor al terminar el próximo fin de semana.

Pero no necesitaba nada mejor ni más grande Prometida con el señor Maravilloso de ojos azules y cabello dorado, fantasía de casi todas las mujeres, tenía todo lo que quería.

Cuando se había trasladado a la región central de Inglaterra para aceptar un puesto de diseñadora para Christopher Varley, una famosa y antigua firma de orfebres y joyeros de Manchester, Kirk Varley, hijo del fallecido dueño, la había tratado con la misma cordialidad casual que reservaba para todos sus empleados.

Incluso pasado un año, y con un creciente éxito después de que varios de sus imaginativos diseños atrajeran una gran atención, no le había mostrado signo alguno de interés.

Entonces el encargo de rediseñar un collar antiguo había obrado el milagro.

Edward Balantyne, un multimillonario hombre de negocios y propietario de Balantyne Hall, se había dirigido a Kirk con el fin de indicarle que quería que su prometida luciera el collar en su boda.

Compuesto de dieciocho rubíes grandes, se decía que se lo había regalado a Elizabeth Balantyne, una famosa belleza, un maharajá indio en los primeros tiempos de su reinado.

Desde entonces se había desarrollado una tradición en la familia Balantyne, de modo que con cada generación el collar era pasado a la prometida del hijo mayor.

Por ese entonces, impasible por su historia y no gustándole su aspecto pesado y antiguo, la novia americana, que conocía y admiraba el trabajo de Francesca, quiso que las valiosas gemas llevaran un engaste más moderno y ligero.

Con la necesidad de ir a los Estados Unidos unas semanas antes de la boda, el multimillonario, al parecer con cierta renuencia, al fin había aceptado que su prometida eligiera un nuevo diseño.

Antes de marcharse y después de haber alcanzado un acuerdo con Kirk, Edward Balantyne había hecho que el collar fuera trasladado por agentes de seguridad desde su banco de Londres a la sede de los joyeros.

Llegaría justo veinticuatro horas antes de que William Bailey, el artesano de la firma, fuera a engastar otra vez los rubíes y en Varleys recaería la responsabilidad de devolverlo a salvo.

Solo se había estipulado una condición. Después de haber sido acosado en el pasado por los medios de ambos lados del Atlántico, Edward Balantyne había insistido en que todo el asunto, incluyendo su inminente boda, que se iba a celebrar en Londres poco después de su regreso de los Estados Unidos, se mantuviera en secreto.

—Lo comprendo —había afirmado Kirk—. Aparte de la cuestión de seguridad, va a casarse con Melinda, hija de Gideon Ross. Si la prensa lo averigua, se verían acosados. Hace poco Ross se vio involucrado en un escándalo de malversación en Wall Street que apareció incluso en los titulares de Inglaterra. Terminó con la reputación arruinada y en la bancarrota, y tuvo suerte de eludir la cárcel.

Decidido a no correr ningún riesgo con el compromiso secreto de Edward Balantyne, Kirk había arreglado que Melinda Ross, una rubia arrebataadora, se encontrara con Fran y él mismo en un tranquilo hotel de Manchester antes que en la joyería.

Ese primer encuentro, con una foto a tamaño real del collar y mediciones exactas se había visto seguido de una serie de almuerzos durante los cuales la prometida había observado varios de los diseños de Fran y elegido el que más le gustó.

Escuchar las ideas de Fran y llegar a conocerla como mujer en vez de como simple empleada, había despertado el interés de Kirk, por lo que había empezado a salir a cenar con ella.

Y poco tiempo después, le había sugerido que se fuera a vivir con él mientras realizaban preparativos para una boda en primavera.

Enamorada, y reafirmada por la palabra «boda», ella, por primera vez desde lo de Blaze, bajó las defensas y aceptó.

Kirk, cuyo aspecto rubio era la antítesis del atractivo moreno de Blaze, en cuyo rostro aún no podía pensar sin que le diera un vuelco el corazón, se había mostrado complacido y aliviado.

La había ayudado a trasladar sus pocas posesiones personales a su suntuoso apartamento justo antes de ir a despedirlo al aeropuerto.

—Ahora es tu hogar —le había indicado con una sonrisa—. Puedes instalarte allí en cuanto lo desees.

Pero renuente a hacerlo antes de que él regresara, Fran había rechazado la llave y se había quedado donde vivía, y solo se decidió a entregar las llaves de su estudio alquilado esa misma mañana.

Estaba entusiasmada por la idea de que, cuando terminara el fin de semana, Kirk y ella irían juntos a casa para comenzar una fase nueva y más feliz de su vida...

Con una leve sonrisa en la cara, levantó la vista y se encontró con los ojos de un hombre de rostro delgado y afilado de pelo rubio, que parecía estar observándola.

De forma automática, Fran se llevó la mano al cuello, pero el hombre ya daba media vuelta.

Aunque parecía bastante corriente, había algo vagamente familiar en sus hombros encorvados, en el traje arrugado y en la gabardina que llevaba encima.

Al ver que se dirigía hacia los monitores de vuelo, se relajó. Igual que ella, sin duda esperaba a alguien.

Un vistazo al reloj le confirmó que Kirk llegaría en cualquier minuto. Se sentiría aliviada cuando llegaran a Balantyne Hall y todo ese asunto hubiera terminado.

—No seas tonta —había comentado él al verla reacia a su idea—. Como vamos a ir a su mansión, es la solución perfecta.

—¿No sería menos arriesgado dejar que un servicio de seguridad lo entregara? —había suplicado ella.

—No necesariamente —al verla poco convencida, admitió—: Además, existe otra consideración. El negocio no ha ido muy bien el último año, y un servicio especial de seguridad cuesta mucho dinero, que deberíamos pagar de nuestros beneficios.

Pero para ella representaba una gran responsabilidad formar parte de dicho plan y así se lo comunicó.

—Después de todo, solo soy una empleada...

—Querida... —la abrazó—. Debes saber que no te considero una simple empleada. De hecho, estaba a punto de pedirte que formaras parte de la firma —cuando ella lo miró incrédula, él sonrió—. Sí, hablo en serio de que quiero que te cases conmigo... —después de un intervalo de besos y palabras tiernas susurradas, añadió—: En cuanto al collar, aseguro que no existe riesgo alguno.

—Pero si el señor Balantyne espera que se lo entregue Rayburns, ¿no...?

Con un deje de impaciencia, Kirk la interrumpió.

—Mientras le sea devuelto a salvo, depende de nosotros. Mira, si pensara que podría surgir algún problema, lo hablaría con él. Pero es mucho más lógico hacerlo de esta manera. Todo se ha llevado con tanto sigilo que aparte de William Bailey, y no hay nadie más discreto que él, nadie sabe que hemos llegado a tener el collar en nuestras manos. Y ahora deja de preocuparte. Además, seguro que Balantyne lo tiene asegurado... Tú reúnete conmigo en el aeropuerto y llegaremos a casa sin ningún incidente. Nada puede salir mal. Un taxi nos llevará a Balantyne Hall a última hora de la tarde. Dispondremos de tiempo suficiente para hablar con nuestros clientes y concluir el negocio antes de la cena. Por lo que yo sé, el viernes por la noche solo estaremos nosotros cuatro; la fiesta real no es hasta el sábado...

Para coincidir con la entrega del collar, Edward Balantyne planeaba celebrar una fiesta de compromiso para presentar a su novia a su familia y a unos pocos amigos íntimos.

La invitación que les había hecho a Kirk y a ella de pasar el fin de semana en su antigua mansión había surgido como una sorpresa. Para Fran, no había sido especialmente placentera. Ninguno de los dos había llegado a conocer a Edward Balantyne, y lo que Melinda Ross le había comentado de él no le había causado una gran impresión.

No obstante, Kirk había parecido complacido y extrañamente entusiasmado con la invitación...

Pero, ¿dónde diablos estaba Kirk? ¿No tendría que haber llegado ya?

—Hay un mensaje para la señorita Holt del señor Varley. Diríjase, por favor, al mostrador principal —la voz que salió de la megafonía del aeropuerto interrumpió sus pensamientos.

Con una cierta aprensión, cruzó el vestíbulo hacia el mostrador y se identificó.

—Hay un mensaje para usted, señorita Holt —la mujer detrás de la mesa se mostró eficiente e impersonal—. El señor Varley se ha visto demorado. Desea que se dirija a la mansión, donde se reunirá con usted en cuanto le sea posible.

—¿No comunicó cuánto podría tardar?

—Al parecer no.

—Gracias —aferrando la maleta y el bolso, Fran dio media vuelta, dominada por algo próximo al pánico.

Respiró hondo y se dijo que no debía ser tonta. Aparte del hecho de que tendría que realizar

sola el viaje a Balantyne Hall, nada había cambiado.

Lo único que tenía que hacer era subir a un taxi. Se dirigió hacia la salida.

En el exterior, el calor de septiembre, atrapado entre los edificios, la agobió y el aire pareció pesado.

La acera estaba atestada de gente y carritos. Una hilera de personas aguardaba en la cola de los taxis. Varios aparecieron al mismo tiempo y la cola comenzó a disminuir, dejando a Fran primera.

Otro taxi se detuvo ante la acera. Al adelantarse para abrir la puerta le arrebataron el bolso de mano y un violento empujón la tiró al suelo.

Aturdida y asombrada, se puso de rodillas y un instante después un hombre de pelo cano que había en la cola la ayudó a incorporarse.

Todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos, y al parecer la mayoría de la gente no fue consciente de lo que había pasado.

—¿Se encuentra bien? —el hombre, que con su bigote bien recortado y su aire militar parecía un coronel retirado, se inclinó para recoger su maletín.

—Estoy bien —graznó con una mano en el cuello—. Solo un poco aturdida —al reconocer al hombre de su vuelo de Manchester, logró sonreír.

—¿Quiere que llame a la seguridad del aeropuerto?

—No, creo que no —se negó de inmediato—. Debo marcharme, ya que tengo prisa.

—Debería hablar con la policía —insistió el «coronel».

—Sé que tiene razón. Pero lo denunciaré luego —recogió la maleta le dio las gracias y subió al taxi.

Después de darle la dirección al taxista, sintió el impacto del shock y se puso a temblar.

Apretó los dientes, se esforzó en serenarse e inspeccionó los daños. Todo parecía reducirse a una palma rasguñada y rodillas ensangrentadas, medias rotas, manchas de polvo en el vestido y chaqueta y zapatos dañados.

Pero lo que la inquietaba era por qué el ladrón la había elegido a ella. ¿Sabría quién era o estaría al corriente del plan de Kirk?

No podía ser. Se trataba de un robo a escala pequeña. Se producían docenas al día. Debió de ser una coincidencia que la eligiera de blanco.

Experimentó un escalofrío. Desterrando una extraña aprensión, centró la mente en el presente y miró por la ventanilla.

Después de dejar el entorno del aeropuerto, se encontraron en arbolados caminos comarcales con poco tráfico. Aproximadamente un kilómetro y medio después de dejar un agradable hotel rustico, giraron a la izquierda y comenzaron a seguir un muro de piedra cubierto de líquenes.

Al rato llegaron ante unas puertas de hierro forjado flanqueadas por columnas de piedra.

—Es Balantyne Hall —anunció el taxista, deteniéndose.

—¿Está seguro de que se trata de la entrada correcta? —preguntó al ver que las puertas no se abrían.

—Podemos emplear estas, aunque no son las principales. Esas se hallan un poco más adelante y tienen una caseta con un empleado. Ya he venido antes aquí... Hay intercomunicadores internos en todas las entradas, si me dice su nombre yo...

Lo hizo.

Sin apagar el motor, el hombre se acercó al panel y, después de apretar un botón, habló ante un pequeño micrófono.

Fran alzó la vista y notó una cámara de seguridad en lo alto del muro que controlaba la

entrada. Daba la impresión de que Edward Balantyne no corría riesgos.

El conductor regresó al taxi y las puertas se hicieron a un lado para permitirles entrar. Siguieron por el paseo bien cuidado, bordeado de plantas en flor y setos, hasta que rodearon la curva de una colina baja y la casa apareció a la vista.

Se trataba de una estructura baja y amplia con paredes cubiertas de hiedra, con múltiples ventanas y chimeneas.

Fran se mostró sorprendida y encantada. Había esperado algo grande, cuadrado e imponente, en vez de esa exquisita mansión antigua.

Cuando el taxi se detuvo en la rotonda pavimentada, ella recogió la maleta y estaba a punto de bajar cuando se dio cuenta de que no tenía dinero para pagar.

Sintiéndose tonta, comprendió que su única opción era pedirle al chófer que esperara mientras llamaba al timbre, explicaba su situación y solicitaba dinero prestado.

En ese instante, la puerta de la casa se abrió y apareció un mayordomo con librea negra y aspecto distinguido. Alto y enjuto, de rostro lúgubre y cabello gris peinado hacia atrás, su edad podría estar entre los cuarenta y sesenta años.

Estaba a punto de explicarle el apuro en el que se hallaba cuando se acercó a la ventanilla del conductor y le entregó unos billetes. Después de aceptarlos, el conductor se marchó.

Sin mostrar señal alguna de sorpresa ante su estado desarreglado, el mayordomo anunció con gravedad:

—Permítame, señorita —tomó la maleta y la condujo a un vestíbulo con grandes paneles de roble—. Si es tan amable de seguirme, señorita, la llevaré a su habitación —mientras subían la hermosa escalera tallada, agregó—: El señor consideró que quizá precisara unos minutos para arreglarse antes de reunirse con él en el salón para tomar el té.

Fran se preguntó si el «señor» poseía percepción extrasensorial. Era como si fuera consciente de lo que había sucedido sin necesidad de tener que explicarle nada.

El mayordomo atravesó el rellano, abrió una puerta a la izquierda, depositó la maleta en lo que parecía un baúl isabelino e informó:

—Encontrará el salón en el extremo del pasillo, señorita.

—Gracias, hmm... —sonrió.

—Mortimer, señorita.

—Gracias, Mortimer.

Con una inclinación de cabeza, la figura imponente se marchó.

La habitación tenía paredes blancas y era sencilla, con una ancha chimenea de piedra y lustroso parqué de roble, sobre el cual había algunas alfombras hermosas. Tenía un bonito mobiliario de época.

Las ventanas con forma de diamante estaban abiertas y dejaban entrar un aire agradable. Daban a un parque dorado como la miel bajo el sol de la tarde.

Ajena a la vista, Fran se preguntaba cuánto podría tardar Kirk.

Pasados uno o dos minutos, decidió no decir ni hacer nada hasta que él llegara. Le correspondía a él informarle a su anfitrión sobre el cambio de planes y concluir el negocio.

Mientras tanto, tendría que bajar y explicar que se demoraría. Pero primero debía asearse.

Abrió la puerta contigua y descubrió un cuarto de baño moderno. Sintió ganas de darse una ducha y cambiarse de ropa, pero, temerosa de hacer esperar a su anfitrión, decidió que por el momento arreglaría los daños más obvios.

Se lavó la cara y las manos y se limpió las rodillas con una esponja, haciendo una mueca cuando el jabón la produjo escozor en los diversos arañazos. Después de quitar el polvo del

vestido y la chaqueta, se puso unas medias y zapatos nuevos, se peinó, se ajustó el pañuelo y bajó las escaleras.

Al cruzar el vestíbulo apareció Mortimer y, abriendo unas bonitas puertas dobles, la escoltó al salón. Le sonrió y le dio las gracias y con una leve inclinación de cabeza él cerró a su espalda.

El cuarto largo de techo bajo, que se hallaba en la parte de atrás de la casa, era fresco y con luz tenue, y a primera vista parecía estar vacío. Entonces un hombre alto de pelo oscuro entró desde la terraza y avanzó a su encuentro.

Tenía la espalda hacia la luz y el rostro en sombras.

Había imaginado al dueño de Balantyne Hall con más de cuarenta años, poco atractivo, rígido y carente de calidez, cuyos únicos valores eran la riqueza y la posición que ostentaba.

Pero la primera impresión de ese hombre era que era bastante joven; la segunda, e incluso más inesperada, era que era extremadamente atractivo, con un aire de poder y arrebatadora masculinidad.

—¿Señorita Holt? Bienvenida a Balantyne —alargó una mano bien formada y fuerte.

Cuando los dedos se cerraron en torno a los suyos, alzó la vista a un rostro delgado y diabólicamente atractivo, con una boca larga y expresiva y ojos con tupidas pestañas.

Un rostro que conocía y que jamás había esperado volver a ver.

La sorpresa fue tan grande que el corazón se le desbocó y los músculos se le tensaron en rechazo. ¿Qué diablos hacía Blaze Rawdon ahí?

—Pareces asombrada de verme —sus ojos grises se burlaron de su confusión.

—Pensé que vivías en los Estados Unidos —logró responder.

—Y así es... al menos durante un tiempo.

—¿Has venido por la fiesta? —preguntó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Se podría decir que sí.

Sin soltarle la mano, la miró de arriba abajo. Luego, le giró el dorso y contempló los arañazos.

—Santo cielo, has estado en la guerra.

—Iba a subirme a un taxi en el aeropuerto cuando me empujaron y me arrebataron el bolso —explicó con voz un poco trémula. Al instante, deseo no haber narrado el incidente.

—¿Dónde estaba Varley cuando sucedió? —inquirió con el ceño fruncido—. ¿No ibas a encontrarte con él?

De modo que conocía a Kirk. Retiró la mano en cuanto pudo y dijo:

—Me dejó un mensaje diciendo que se iba a retrasar.

—¿Retrasar? ¿De modo que has venido sola para defender el fuerte? —el tono burlón la hizo permanecer en silencio—. ¿Cuánto tardará en llegar?

—Me temo que no lo sé. Pero estoy segura de que lo hará en cuanto pueda.

—Debe de ser agradable tener tanta confianza —continuó con el mismo desdén.

—El mayordomo dijo que el señor Balantyne se hallaba aquí —cambió de tema.

—El mayordomo no se equivocaba —convino Blaze.

Necesitó unos momentos para asimilarlo. Aun así, no pudo creerlo. ¿Cómo Blaze Rawdon, el hombre de negocios estadounidense, podía ser Edward Balantyne, el aristócrata inglés?

—¿No querrás decir...? —intentó otra vez—. No puedes ser...

—Te aseguro que sí —sonrió con expresión depredadora.

—No lo entiendo —el desconcierto la dominó otra vez.

—El té está servido en la terraza —imitó un acento de Oxford—. Ven a tomar una taza mientras te lo explico —con la mano apoyada en su cintura, la escoltó al exterior.

Ese contacto ligero pero firme y la facilidad con que empequeñecía su metro setenta de altura,

le provocó un escalofrío.

Tres años y la amarga determinación de quitárselo de la mente la habían ayudado a olvidar lo alto que era, el poderoso impacto que surtía en sus sentidos.

Pero en ese momento lo recordó demasiado bien.

La terraza daba a unos amplios jardines verdes. A la sombra de una sombrilla había una mesa con una tetera de plata y delicadas tazas de porcelana.

Blaze indicó una tumbona de aspecto cómodo en el que ella se sentó agradecida.

—¿Leche o limón? —preguntó.

—Limón, por favor.

Siempre lo había considerado americano en un cien por ciento, y un hombre de ciudad. Pero vestido con elegancia casual y relajado en ese entorno rural, parecía un típico caballero inglés de la campiña.

Tras pasarle la taza con té, con expresión irónica le ofreció un fino sándwich de pepino.

Ante la suave negativa de ella, se sentó en la tumbona y comentó con sarcasmo:

—Prefiero los sándwiches a las tartas dulces, lo que demuestra más allá de toda duda que soy inglés hasta la médula.

—Pensaba que eras nativo de Nueva York —comentó, tratando todavía de recuperar la compostura.

—Nací aquí, en Balantyne Hall —meneó la cabeza—, hijo de sir Edward Balantyne. Mi padre era un hombre tranquilo y austero a quien le desagradaba el ajetreo social; mi madre era una hermosa mujer de Nueva York, amante de la diversión y de espíritu gregario. Se conocieron en el Waldorf y, demostrando que los opuestos se atraen, se enamoraron a primera vista —esbozó una mueca—. Su matrimonio, que debió estar predestinado desde el principio, fue recibido por los medios como el amor de la década. Nací un año más tarde y me bautizaron Edward Blaze. Para demostrar que ya existía un abismo entre ellos, mi padre siempre me llamaba Edward y mi madre Blaze.

»Con ocho años mi madre me llevó a los Estados Unidos a pasar unas vacaciones y nos quedamos allí. Mi padre quiso que volviera y ello provocó una larga y amarga batalla en los tribunales. Mi madre lo acusó de crueldad mental y juró que me trataba mal. Con la ayuda de algunos astutos abogados que contrató mi abuelo materno, y un juez compasivo, mi madre ganó. Después del divorcio se casó con John Rawdon, quien me adoptó. En esa ocasión eligió con más cuidado y el matrimonio fue feliz.

«Hace dos años mi verdadero padre murió solo y siendo un hombre amargado. Nunca volvió a casarse y no tuvo más hijos. Me dejó Balantyne Hall y todas sus propiedades a mí, estipulando en una cláusula que debía volver a utilizar el nombre de Edward Balantyne. Dadas las circunstancias, consideré que era lo mínimo que podía hacer...»

Con desdén añadió:

—Y la moraleja de la historia es que nunca debes casarte por amor. Es la más traicionera de todas las emociones... Y hablando de matrimonio... —se adelantó hacia ella y le tomó la mano izquierda para estudiar el modesto anillo—. ¿Quién es el afortunado?

—Kirk Varley.

—¿De verdad? —enarcó una ceja oscura—. Habría imaginado que el propietario de una firma joyera te habría regalado algo... digamos... ¿más caro?

—Kirk me lo dio justo antes de partir en su viaje de negocios —lo defendió—. Dijo que podía elegir algo más grande y mejor en cuanto regresara.

—¿Y lo harás?

—Este me satisface plenamente —alzó la barbilla—. No necesito nada más grande.

—La mayoría de las mujeres anhela un anillo del que puedan sentirse orgullosas.

—Estoy orgullosa de él —repuso tras morderse el labio y recordar el magnífico rubí que lucía Melinda Ross—. Demuestra que Kirk me ama y...

—Yo habría afirmado que demuestra justo lo contrario —interrumpió Blaze con suavidad—. En mi opinión, si te amara habría tomado muchos más cuidados —moviendo el anillo entre su dedo, añadió con desdén—: He visto anillos mejores en cajas de cereales. Y ni siquiera es de tu medida.

Con los ojos verdes claros centelleando de furia, ella apartó la mano.

—¿Te muestras adrede descortés con tus invitados?

—No por regla general —pareció indiferente a su ira—. Pero en estas circunstancias, no creo que sea posible tratarle como a una invitada corriente —antes de que ella pudiera preguntarle a qué se refería, él cambió de tema—. Y bien, ¿cuándo se me va a hacer entrega de mi collar? La última vez que hablé con Varley me garantizó que sería esta noche.

—Así es —acordó ella, aunque el corazón había empezado a latirle más deprisa.

—La empresa de seguridad que contraté me informó de que no sabe nada del asunto.

—¿El acuerdo no era que Varleys tenía la responsabilidad de su devolución? —intentó mostrarse valiente.

—No del todo. El acuerdo era que Raybum Security, que se lo entregó a Varleys, lo recogería de la firma y lo traería aquí. Varleys era responsable de acordar dicha entrega. En vez de respetar esos términos, descubro que Varley ni siquiera se ha puesto en contacto con la empresa. Quiero saber por qué no.

—Kirk hizo otros planes —tragó saliva.

—¿Sin consultar conmigo?

—Dijo que si existía algún problema lo aclararía contigo...

—Qué considerado.

—Pero estaba convencido de que no pasaría nada.

—¿Y cuáles eran esos otros planes? —Blaze entrecerró los ojos.

Convencida de que se pondría furioso si descubría la verdad, trató de ganar tiempo.

—Estoy segura de que Kirk te lo explicará todo en cuanto llegue.

—Pareces depositar una gran fe en él. Solo espero que esté justificada.

—Desde luego —pero interiormente tembló al recordar cómo le arrebataron el bolso.

—Dime, Francesca, ¿cuándo empezaste a trabajar para Varley?

—A principios de agosto del año pasado —repuso, contenta de poder dejar de hablar del collar.

—¿Cómo te convertiste en diseñadora de joyas?

—Realicé un curso especial de dos años en el Welbeck College of Art.

—Jamás te habría asociado con ese tipo de cosas —reconoció con el ceño fruncido.

—Pero sí sabías que era yo quien estaba rediseñando el collar. Tenías que saberlo. No te ha sorprendido verme.

—Sí, lo sabía. Cuando Melinda mencionó por primera vez tu nombre, también me mostró un artículo sobre ti publicado en una revista, titulado «Una Mujer de Diseño». Estaba tu foto... —la estudió detenidamente—. ¿Por qué ese súbito cambio? Cuando te conocí eras una centrada mujer de negocios.

—El diseño es algo que siempre me interesó y para lo que parecía tener una disposición natural.

Era verdad. Pero no toda. Tres años atrás, con su mundo en ruinas, había necesitado un cambio completo y drástico. Una metamorfosis.

Entonces tenía veintitrés años y trabajaba en Londres para una empresa que se dedicaba a realizar análisis de mercado. Una mujer en un mundo de hombres, con un trabajo por el que había competido y ganado con justicia contra la oposición masculina.

Entonces Blaze había adquirido la empresa para incorporarla a su creciente imperio.

Un viernes se marchaba tarde cuando un ascensor en mal funcionamiento la dejó atrapada entre plantas.

Al detenerse con brusquedad él había apretado el botón de la alarma y le había sonreído con serenidad. Reconociéndolo de inmediato, podría haberse sentido cohibida y abrumada de no haberse producido entre ellos una comunicación inmediata.

Después de que Fran se presentara, él le había hecho preguntas sobre su trabajo y buscado su opinión sobre la política que llevaba la empresa en los problemas a los que se enfrentaban antes de pasar a temas más personales.

Tímida y reticente por regla general, algo en él le dio más chispa, belleza e ingenio que el habitual.

Congeniaron en el acto.

Cuando unos tres cuartos de hora más tarde pudieron salir del ascensor, hablaban con una facilidad que la sorprendió al analizarla luego.

Después de darle las gracias al hombre que reparó el ascensor, Blaze había tomado la mano de Fran para decir con sonriente autoridad:

—Y ahora, como eres demasiado hermosa para morirte de hambre, pretendo invitarte a cenar antes de llevarte a casa.

Sus palabras, y el hecho de que la considerara hermosa, la sacudieron y no fue capaz de negarse.

Fue consciente de que su vida había cambiado. Un vistazo a esos ojos grises había destruido su anterior inaccesibilidad. Un simple contacto de esas manos experimentadas había vuelto del revés sus firmes convicciones.

Su encanto y seguridad habían barrido sus defensas.

Al principio había sido como un cuento de hadas, lleno de magia y melodiosa felicidad. Amarlo había parecido tan natural y apropiado, como si hubiera nacido para ello.

Olvidó la cautela que las penas de su madre le habían imbuido. La pasión y el gozo de él al estar en su compañía habían logrado que sus inhibiciones y represiones se desvanecieran como la niebla matutina dispersa por la calidez del sol.

Había conseguido que la primera vez fuera fácil. Maravillosa. Yacer con él había sido como reconocer que un vacío interior se había llenado, algo que había anhelado toda su vida sin saberlo.

¡No! ¡No! No debía recordar. Nunca se permitía recordar.

Sus ojos se encontraron y dio la impresión de que también él había estado reviviendo el pasado.

De algún modo desvió la vista y miró el reloj.

—No creo que Kirk tarde mucho —comentó con una voz que le sonó extraña—. Sea lo que fuere lo que lo retrasó, con suerte habrá podido subir al siguiente avión.

—Con suerte —sonrió de lado—. Pero yo no contaría con ello.

Fran quedó muy perturbada por esa sonrisa, por la creciente certeza de que pasaba algo raro, algo que no empezaba a comprender.

A punto de pedirle una explicación sin rodeos, se amilanó. Fuera lo que fuere, esperaría que llegara Kirk y que él manejara la situación.

Capítulo 2

Mientras tanto, tenía que hacerlo ella sola. Era una tarea intimidadora, que empeoraba el trauma del pasado.

De haber sabido que Blaze Rawdon y Edward Balantyne eran la misma persona, ningún poder en la tierra la habría hecho ir. Buscó un tema seguro de conversación.

—Pensé que iba a estar tu novia.

—Durante mi ausencia, a Melinda el campo le resultó demasiado apacible. Ha estado pasando su tiempo entre Manchester y Londres, de compras. Pensaba venir en coche a media tarde, pero como es probable que ya hayas notado, llega invariablemente tarde —mostró una sonrisa tolerante. Estiró uñas piernas largas y agregó con pereza—: La has visto varias veces. ¿Qué te ha parecido?

—Es hermosa.

—¿Te cayó bien?

Melinda se había mostrado abierta, amistosa y vivaz, y a pesar de su aparente falta de principios, le había resultado imposible que le cayera mal. Respondió con sinceridad.

—Sí.

—Le sucede a la mayoría de la gente. En cuanto a los hombres, resulta comprensible; pero por lo general las mujeres también se llevan bien con ella. Lo que al principio me sorprendió, hasta que me di cuenta de que a pesar de que tiene sus defectos, no es malintencionada. A diferencia de Sherrye...

«Sherrye...»

Fran aún reaccionaba a ese nombre con una sensación de miedo y amarga vergüenza. Aunque habían pasado tres años, aquella escena desagradable y degradante todavía seguía fresca en su mente.

La habitual reunión de los lunes por la mañana había comenzado, pero por una vez su mente no había estado centrada en el trabajo. Feliz y confiada en el conocimiento de que Blaze la amaba y la deseaba, había comenzado a pensar en la noche anterior.

—El lunes por la noche he de ir a Hong Kong —le había comunicado con pesar—. Pero regresaré el viernes y disfrutaremos de unos días tranquilos en las Cotswolds.

Fran anticipaba el placer que la esperaba cuando se abrieron las puertas dobles de la sala de conferencias y una mujer alta y hermosa de pelo negro y boca bermellón entró con andar vehemente.

Sin prestar atención a las personas agrupadas alrededor de la larga mesa, la seleccionó a ella y se puso a insultarla con epítetos que le provocaron un profundo sonrojo.

Desconcertada por el súbito ataque de una mujer a la que jamás había visto, permaneció en silencio mientras la voz chillona continuaba:

—Créeme, no tengo intención de que una pelandusca me robe a mi novio mientras estoy distraída. Sé que te llevó a París a pasar el fin de semana, pero no pienses ni por un maldito minuto que va en serio contigo. Solo ha sido una aventura... ¿Lo ves? —metió un enorme solitario bajo la nariz de Fran—. Blaze es mío, y ahora que me he reunido con él ya no te querrá tener cerca... ¿Me he expresado con claridad? —giró en redondo y añadió por encima del hombro—:

Si tienes algo de sentido común, te irás ahora y le evitarás el problema de tener que deshacerse de ti... —contoneando las caderas, se marchó dejando un silencio atónito a su espalda.

—¿Quién diablos era esa? —preguntó uno de los asombrados analistas.

—Sherrye Kaufmann —respondió Don Rogers, al parecer mejor informado que los demás—. La nueva novia de nuestro jefe, ¿podéis creerlo? Me encontré con ellos un par de veces cuando fui a Nueva York a principio de año.

—Parece una zorra de primera.

—Si conocieras a Rawdon tan bien como yo, te reservarías esas opiniones —advirtió Don—. Ahora que él está al mando, como le caigas mal a él o a la señorita Kaufmann, descubrirás que tu trabajo aquí se volverá insoportable.

Con eso, todos los ojos se volvieron hacia la otra protagonista que seguía callada y aturdida.

Consciente de que era el centro de atención, Fran miró en derredor y se dio cuenta de que era juzgada.

Algunos parecían sorprendidos, otros curiosos, uno o dos, incluyendo su propia asistente personal, mostraban simpatía, el resto la condenaba. Recogió los informes que tenía en la mesa delante de ella, se puso de pie, enderezó los hombros, alzó el mentón y con voz firme se dirigió al jefe de su departamento:

—Por favor, acepta mis disculpas y mi dimisión.

Salió de la sala y sin mirar a derecha o izquierda regresó a su despacho.

Estaba recogiendo su abrigo y sus pertenencias cuando entró su asistente personal.

En el último par de años las dos se habían hecho amigas; claramente angustiada, Joanna estalló:

—Podría matar a esa imbécil..., y a su novio...

Fran, incapaz de hablar, la abrazó.

En un estado de aturdimiento, sin sentir aún dolor, pasó por delante de Sherrye Kaufmann en la recepción y se alejó de los amigos y colegas, de un trabajo que le había costado ganar y que había desempeñado con gran competencia, de un hombre en quien había confiado y a quien le había entregado su corazón.

Al parecer, su madre había tenido razón al predicar la doctrina de que los hombres eran taimados y las mujeres tontas en confiar en ellos...

—¿Me atrevo a afirmar que recuerdas a Sherrye? —la pregunta de Blaze interrumpió sus lóbregos pensamientos.

—¿Cómo iba a poder olvidarla? —repuso con ironía.

—¿Aún la odias?

—Jamás la odié —extrañamente, era verdad.

—Tenías todo el derecho a hacerlo. Su comportamiento indignante te costó el trabajo:

—Eso se lo debo a mi propia estupidez —indicó con sequedad.

—Entonces, ¿no le echaste la culpa a ella?

Llena de vergüenza y culpa, de reproches hacia sí misma y amargo pesar, aceptó la carga de su responsabilidad.

—Todo lo contrario. Cuando medité en lo sucedido, sentí pena por ella.

—¿Pena por ella? —Blaze sonó extrañado.

—Por amar a un hombre que, en cuanto su novia le daba la espalda, estaba más que dispuesto a seducir a cualquier mujer que le pasara por delante.

El rostro atractivo de él se endureció.

—Ahora sí que te equivocas..., en todos los sentidos. Primero, tú no fuiste cualquier mujer,

como te habría dicho en su momento si te hubieras detenido a escuchar. Segundo, Sherrye amaba mi dinero y el estilo de vida que podía ofrecerle. Jamás a mí. Tercero, nuestro compromiso terminó antes de que me marchara de los Estados Unidos. De lo contrario habría viajado conmigo.

—¿Había terminado?

—Cuando empezamos a salir juntos, le dejé bien claro que no iba a tolerar que se acostara con nadie más. Una tarde, al llegar de forma inesperada, la encontré en la cama con el criado. Le ordené que recogiera sus cosas y se largara. Aunque se puso a llorar, a jurarme que nunca más se repetiría eso y a suplicarme que cambiara de parecer por lo que se refería a mi todo había terminado.

—Aún lucía tu anillo.

—Le dije que se lo quedara. Una especie de pago por los servicios prestados. Pero ella no consideró que fuera suficiente, y amenazó con demandarme. La invité a hacerlo. Sabiendo que era imposible que ganara, aguardó un tiempo, con la esperanza de que la situación se enfriara, antes de seguirme a Inglaterra para tratar de convencerme de que la aceptara otra vez.

»La escena que montó en la sala de juntas sin duda la provocó en parte la furia y los celos de pensar que había sido sustituida y en parte la esperanza de perderte de vista. Al conseguirlo debió sentirse feliz; al menos lo parecía cuando apareció en mi piso. Al ver que me iba al aeropuerto, se ofreció a ir a Hong Kong conmigo. Sin rodeos, le dije que saliera de mi vida y no volviera nunca. Por desgracia, aunque en ese entonces yo no lo sabía, el daño ya estaba hecho.

«No descubrí lo sucedido hasta que volví del viaje y mantuve una conversación con tu asistente personal. Fui directamente a tu apartamento. El portero me dijo que te habías ido el día anterior sin dejar tu nueva dirección. Intenté encontrarte, pero es evidente que busqué en los sitios equivocados».

Con el corazón en un puño, Fran se preguntó si habría sido posible que a él le importara.

—¿Por qué intentaste buscarme? —inquirió, con voz estrangulada.

—¿Por qué crees tú? —ella meneó la cabeza—. Quizá no me gustaba la idea de que me juzgaran de forma errónea —se mofó. Luego, con un súbito cambio de tema, agregó—: ¿Qué sabes de los negocios de Varley?

—¿Negocios? —repitió sorprendida—. Na... nada.

—¿No querrás hacerme creer que desconocías que la firma se halla al borde de la bancarrota?

—¿Bancarrota? ¡No me lo creo! —pero incluso al negar la acusación, recordó que Kirk le había comentado que los negocios no habían ido muy bien el último año...

Con rostro severo, Blaze continuó:

—El negocio no ha dejado de ir cuesta abajo desde que murió el viejo y su hijo se hizo cargo de la firma. Primero, Varley no es un hombre de negocios, y segundo, es demasiado aficionado a la buena vida —al captar la expresión de Fran, sugirió—: Varley intentó dedicarse al juego para ayudar a financiar sus gustos más caros...

—¿Al juego? —preguntó horrorizada.

—Demostró ser un gran error. Comenzó a tratar con una gente poco recomendable... —Fran meneó la cabeza, negándose a creerlo—. Ha acumulado deudas enormes, tanto en los negocios como en su vida privada.

—Pero está el inventario de joyas que posee la firma.

—Una gota en el océano comparado con lo que debe —indicó Blaze.

—Tiene un apartamento de lujo —persistió.

—Hipotecado hasta arriba.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó con la boca seca.

—Antes de aceptar que Varleys rediseñara el collar contraté a la Agencia de Detectives Ritters para investigarlo. Me entregaron un informe en el que aseguraban que la firma era una antigua empresa familiar con fama de absoluta seguridad e integridad. Fue más tarde, alertado por un comentario fortuito de uno de mis asesores, cuando le di instrucciones a la agencia de que ahondara más en la investigación.

«Varley había sido inteligente y cuidadoso, y tardaron un tiempo en averiguar la verdadera situación. Aun así, no recibí la información hasta hace un par de días».

—No puedo creerlo —musitó ella aturdida—. Debe de haber algún error.

—No hay ninguno.

Pero aunque lo que dijeras fuera verdad, y estoy convencida de que no lo es, ¿qué diferencia hay? Quiero decir, para ti.

—Mi querida Francesca, siempre te he considerado una mujer inteligente.

—No sé a qué te refieres.

—Debo felicitarte —rió con un centelleo de dientes blancos.

—¿Felicitarme? ¿Por qué?

—Por tu capacidad de actuación. ¿Asististe a clases de arte dramático en la universidad?

—Realmente no sé a qué te refieres —afirmó con rigidez.

—A que Varley estaría orgulloso de ti... Y, hablando de Varley, ¿no te parece raro que aún no haya aparecido? Ya llevas aquí un buen rato.

—Dependerá de lo que lo haya demorado.

—Ni siquiera ha telefoneado.

—Quizá no pudiera.

—Veo que también eres muy leal —esbozó una mueca irónica—, y aunque creo que tu lealtad es errónea, te admiro por ello.

—Eres demasiado amable.

—Y tú demasiado insolente —sus palabras contenían una amenaza velada que hizo que ella deseara haberse estado callada.

Próxima a la desesperación, se preguntó dónde diablos estaba Kirk.

Poniéndose de pie, alto, moreno y formidable, Blaze sugirió:

—¿Qué te parece si damos un paseo y estiramos las piernas antes de la cena? —invitó con tono neutral.

Habían sucedido tantas cosas, que anheló disponer de tiempo para evaluar la afirmación de Blaze de que Kirk se hallaba al borde de la bancarrota, de descartar esa conversación absurda del juego y el hampa...

Quería meditar, situar en perspectiva lo que había descubierto sobre su compromiso con Sherrye, reflexionar en lo distinto que podría haber sido su futuro si hubiera resistido en vez de haber huido...

Consciente de que él observaba su cara y esperaba, buscó una razón convincente para no acompañarlo.

—Creo que será mejor que descanse un poco en mi habitación. Cuando me robaron el bolso, me lastimé las rodillas y empiezan a dolerme...

La expresión irónica de Blaze le indicó que sabía reconocer una excusa cuando la oía.

—Deja que les eche un vistazo —se puso en cuclillas junto a su tumbona y antes de que ella pudiera poner objeción alguna, le apartó la falda—. Santo cielo... —musitó, estudiando los arañazos de sus rodillas suaves y bonitas. Luego echó la cabeza atrás y la miró con fingida gravedad—. Sin embargo, no creo que tus heridas sean lo bastante serias como para impedirte

caminar —se irguió demasiado cerca y le ofreció una mano—. De hecho, un poco de ejercicio podría relajarte y ayudarte.

Sin tener otra opción, aceptó la mano y trató de no temblar con el hormigueo que le causó su contacto al ayudarla ponerse de pie.

En silencio, lo siguió por la terraza cuando una joven doncella apareció para recoger el servicio de té.

—Oh, Hannah —Blaze se detuvo—, ¿quiere decirle al cocinero que espere hasta que se lo indique? —la joven realizó una pequeña reverencia. Con expresión inescrutable, Blaze le sonrió a Fran—. Debemos dar tiempo a que la pareja desaparecida llegue aquí, ¿no crees?

Con la mano en su cintura, la escoltó por unos escalones y a través de la entrada de coches. Momentos más tarde, caminaban por la suave hierba de los jardines.

Una brisa cálida jugaba con los extremos del pañuelo de Fran y agitaba el cabello de Blaze, haciendo que pareciera más atractivo.

—¿Vamos hacia el lago? —preguntó él.

—Lo que tú quieras.

—Me encantan las mujeres dóciles —se burló.

A pesar de lo agradable que es —repuso Fran sin detenerse a pensar—, por lo que he visto de ella, yo no intuiría a la señorita Ross en esa categoría.

—Y no te equivocarías —convino con suavidad—. Melinda posee una personalidad acentuada y una idea muy clara de lo que quiere.

—¿Y eso no te parece una desventaja?

—Todo lo contrario —sonrió ante su ironía—. Una esposa demasiado complaciente sería aburrida. Quería una mujer compatible conmigo, y con un carácter básicamente afable aunque con suficiente energía como para hacer interesante la vida.

—Suenas como si hubieras elegido con la cabeza en vez de con el corazón —observó ella.

—Cualquiera que no lo haga así es un tonto.

—Entonces nunca has estado enamorado.

—Oh, sí —repuso con sarcasmo—. Pero no creo que el amor influya necesariamente para un matrimonio feliz. O la falta de amor en un matrimonio desdichado —añadió con determinación.

—¿De modo que serías feliz de casarte sin amor si todos los demás factores estuvieran presentes?

—Tiene más sentido que casarte por amor cuando no lo están.

—¿No estás dispuesto a esperar para ver si encuentras las dos cosas?

—Eso sería lo ideal, desde luego, pero sucede tan pocas veces... —su rostro se tomó sombrío—. Y luego, no siempre funciona. En mi opinión, es mejor dejar el amor fuera de la ecuación.

—¿Y si la pareja que has elegido no piensa igual?

—¿Te refieres a un amor unilateral? Desequilibra una relación y solo puede causar problemas cuando una parte quiere más de lo que la otra puede dar. Si ambos van al matrimonio con unas reglas bien establecidas y sin cargas emocionales —continuó—, es mucho más factible que salga bien. 30

Sus palabras solo confirmaban lo que Melinda ya había dejado claro: que su matrimonio era una fusión bien planificada.

—A mí me parece más un trato de negocios —repuso con un escalofrío.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no voy a planificar mi matrimonio con el mismo cuidado que planifico un trato de negocios? Tengo intención de casarme una vez.

¿Cómo un hombre que sabía que podía ser cálido y romántico era capaz de comportarse de esa

manera?

—Me parece... tan frío.

—Oh, yo no creo que lo sea. Hay suficiente pasión en ambas partes como para garantizar un buen sexo. ¿Qué más podría pedir alguien?

En opinión de ella, mucho más. Siempre había creído que el amor y el sexo iban de la mano, que el sexo sin amor era insatisfactorio y decepcionante como una chimenea apagada en un día nevado.

—Supón, cuando ya sea tarde, que uno de vosotros se enamora de otra persona.

—Sería una complicación —reconoció Blaze—. Pero con suerte no permitiremos que suponga ninguna diferencia. Pareces dubitativa.

—No, estoy segura de que tienes razón.

—¿Detecto un cambio de actitud? —enarcó una ceja—. ¿Te he convertido a mi manera de pensar?

—Sigo sin creer que puedas tratar con las emociones humanas como si fueran números en una hoja de cálculo. Al menos no a largo plazo. Y para mí el matrimonio debería ser un compromiso que dure una vida.

—Bueno, al menos ahí coincidimos.

—¿Entonces no tienes en mente un matrimonio abierto? —preguntó con algo más que curiosidad.

—¿Te refieres a que ambas partes tengan libertad de tener otras relaciones? —Fran asintió—. No. Yo estoy preparado para respetar al máximo los votos que he hecho, y espero que mi esposa haga lo mismo. Aparte de diversión y excitación, quiero un matrimonio estable y un hogar feliz para nuestros hijos.

—¿Perdón? —dijo de forma vaga, consciente de que Blaze parecía aguardar una respuesta a una pregunta que no había oído perdida en sus pensamientos.

—Pregunté si el matrimonio de tus padres fue bueno. ¿Tuviste un hogar feliz? Es algo de lo que jamás has hablado o no fue feliz —admitió—. Mi madre me tuvo soltera. Cuando su amante descubrió que estaba embarazada, en vez de permanecer a su lado, se marchó. Ni siquiera la ayudó económicamente. Ser abandonada para educar a una hija sola la amargó. Temerosa de que yo cometiera el mismo error, me insistió en que no se podía confiar en los hombres...

—Comprendo —musitó Blaze.

—Puede que no lo creas —repuso con un ligero rubor al recordar su primer encuentro y su reacción entregada al hacer el amor.

—Oh, sí lo creo. Y explica algo que siempre me ha desconcertado... ¿Por qué una mujer tan apasionada seguía siendo virgen con veintitrés años? —al ver que se sonrojaba aún más, cambió de tema—. ¿Cuáles son tus planes para tu matrimonio?

—Ninguno todavía. Todo ha sucedido tan deprisa... aunque Kirk ha sugerido que nos casáramos en primavera.

—¿Vivís juntos?

—No... Sí... Bueno, lo haremos —repuso con igual franqueza que había empleado él—. Kirk me pidió que me fuera a vivir a su apartamento y me ayudó a trasladar mis cosas antes de irse al aeropuerto.

—Pero aún no vives allí —aseveró.

—Bueno, no. No quise hacerlo hasta que regresara, de modo que la última noche me quedé en mi apartamento y entregué las llaves al portero esta mañana.

—¿Y ahora anhelas que él vuelva, para que después de este fin de semana podáis estar juntos?

—Sí —repuso, a pesar de que sospechaba que detrás de sus palabras había una burla oculta.

Habían llegado al lago artificial en forma de ocho, en cuya parte más estrecha se alzaba un puente de piedra con tres arcos.

La extensión de agua azul estaba rodeada de un paseo adoquinado bordeado de hierba, con bancos y estatuas en los lados.

—Lo llamamos el «lago» —comentó Blaze al avanzar por el sendero—, aunque en realidad es poco más grande que un estanque.

Al llegar a una arboleda se sentó en un banco y le indicó el espacio a su lado. Ella se sentó sobre el mármol manteniendo la distancia.

Durante un rato permanecieron sin decir nada, contemplando a las libélulas sobrevolar el agua. Blaze rompió el prolongado silencio para preguntar:

—¿Cómo ves tu relación con Varley?

—No sé bien a qué te refieres —vaciló.

—¿La ves como algo salvajemente romántico o como, digamos, una relación más mundana?

—Estoy enamorada de Kirk, si quieres llegar a eso —repuso con rigidez—. De lo contrario, no me casaría con él.

—¿Y qué siente él? ¿Te ama?

A punto de responder «Desde luego», calló. En realidad jamás se lo había dicho., pero debía amarla, si no, ¿por qué iba a pedirle que se casara con él?

—Pareces dudarlo —añadió Blaze con la ceja enarcada.

—En absoluto —negó a toda velocidad—. Estoy convencida de que me ama.

—¿Pensáis tener hijos? —sondeó él.

—Con el tiempo, lo espero.

—¿Y qué piensa Varley de los niños?

—No estoy segura —reconoció.

—No parece que lo conozcas muy bien.

—No hemos tenido la oportunidad de hablarlo.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo juntos?

—No mucho —replicó con ambigüedad.

—¿Cinco meses? ¿Seis meses?

—Unas pocas semanas.

—¿No me has dicho que llevas trabajando para él desde agosto pasado?

—Sí.

—¿Por qué ha tardado tanto?

Consciente de su mirada penetrante, se encogió de hombros y respondió con la verdad.

—Yo solo era otra empleada. No creo que Kirk se fijara realmente en mí hasta que empecé a trabajar en los diseños del collar.

—Comprendo. Pero, ¿tú te habías fijado en él? —ruborizada otra vez, guardó silencio—. Dime, Francesa, ¿cuántos años tiene Varley?

—Cumplió treinta y dos a comienzos de septiembre. Los mismos que tú —se mordió el labio y deseó no haber revelado el hecho de que recordaba su cumpleaños.

—¿Cómo es?

—Inteligente, ingenioso, sociable, divertido, un hombre que hace muchos amigos...

—En su mayor parte mujeres... —observó cómo su generosa boca se tensaba antes de añadir —: O eso me ha dicho la agencia de detectives.

—No me cabe ninguna de duda de que esa agencia se equivocó en muchas cosas...

—Es posible, pero no probable.

—Y, sin importar qué te dijeran —continuó enfadada—, Kirk no es un seductor. Es cariñoso y responsable, respeta a las mujeres...

—Comprendo: Como planeáis casaros, me preguntaba por qué no os habíais acostado juntos todavía.

—Me preguntaste si vivíamos juntos, no si nos acostábamos —repuso airada por su burla.

—Es verdad... ¿Lo hacéis?

—Desde luego. ¿No lo hacen casi todas las parejas hoy en día? —la expresión de él no cambió, pero tuvo la extraña certeza de que la idea de que se acostara con otros hombres lo puso furioso. Durante un instante tuvo ganas de reconocer que era mentira, pero en ese caso solo conseguiría que siguiera mofándose de Kirk.

Un mechón de pelo se había escapado de su moño y la brisa lo empujó contra su acalorada mejilla. Antes de que pudiera quitárselo, Blaze lo tomó entre los dedos índice y pulgar y, mientras ella permanecía paralizada, comenzó a jugar con él.

Con súbita y dolorosa claridad, recordó cómo en el pasado, cuando habían hecho el amor, a él siempre le había gustado jugar con su cabello, diciendo que era como seda.

Satisfecho al parecer con la reacción que había evocado, le colocó el mechón detrás de la oreja y preguntó con frialdad:

—Dejando a un lado el carácter de Varley, ¿cómo es físicamente?

—¿Es que no te lo ha contado tu detective? —demandó con maldad.

—Me gustaría escuchar tu versión.

—Es exactamente opuesto a ti... —¿por eso lo habría elegido? Desterró el pensamiento traidor y continuó con determinación—: No es muy alto, de complexión ligera, con el pelo rubio, ojos azules claros, piel blanca...

—A Melinda le resultó encantador —reconoció Blaze—. Comentó que era como un Robert Redford joven.

—¿Celoso? —inquirió Fran con voz dulce.

—¿Tú qué crees?

Claro que no estaba celoso. Con su aspecto y carisma no tenía que sentir celos de ningún hombre.

—Creo que la mayoría de los hombres lo estaría.

—Pero yo no soy como la mayoría de los hombres, y he aprendido a conservar lo que es mío mientras aún lo deseo —ella no lo dudó—. ¿Qué me dices de ti, Francesca? ¿Estás celosa?

—¿Te refieres a Melinda?

—No pensaba en ella. Me refería a las otras mujeres de Varley.

—Por lo que yo se, no hay otras mujeres.

—¿Y pretendes continuar y casarte con el?

—Sí.

—Entonces, ¿lo que te conté antes no te importa?

Durante un instante pensó que aludía a lo que había descubierto sobre Sherriere Y su anterior compromiso, y el corazón dio la impresión de detenerse. Se repuso y tartamudeó:

—¿Ha... hablas sobre la situación económica de Kirk?

—¿De que otra cosa si no? —repuso lacónico.

—No, no me importa.

—¿Estarás preparada para mantenerte a su lado cuando quiebre?

—Si quiebra, desde luego que estaré a su lado.

—Pero sigues sin creerlo, ¿no?

—¡Desde luego que no lo creo! —aseveró—. Cuando Kirk llegue...

—Si es que llega —cortó con énfasis.

—Por supuesto que vendrá —con ello quiso reafirmarse tanto a sí misma como a Blaze. Se puso de pie e insistió—: Probablemente ya esté en la casa. ¿Y estará la señorita Ross?

Sin señal de prisa, Blaze se incorporó.

—Quizá lo mejor sea que empecemos a regresar. El camino más bonito, y por casualidad el más corto, es por el puente y a través de la rosaleta.

A mitad del puente, como por consentimiento tácito, se detuvieron a contemplar la espectacular puesta de sol. Fran se apoyó en la balaustrada. Mientras contemplaba cómo descendía el sol, Blaze se situó detrás de ella y se acomodó en la barandilla junto a sus codos, aprisionándola.

Ella se irguió y se tensó ante su proximidad.

Él se inclinó más y le rozó la mejilla con la suya para preguntar con suavidad:

—¿Recuerdas aquella noche en París? ¿La puesta de sol?

Había encerrado el pasado entre la desdicha y el dolor, sin permitirse jamás el lujo de recordar. Pero en ese momento, como si sus palabras hubieran abierto una brecha en el dique interior, fue incapaz de detener la avalancha de recuerdos.

Había sido el cumpleaños de él y la velada más maravillosa de su vida. Estirados en una tumbona en su terraza privada, radiante aún después de haber hecho el amor, había contemplado la puesta de sol gloriosa desde el lujo de sus brazos.

Después de cenar en un coqueto restaurante en la orilla izquierda del Sena, habían vuelto a la pequeña casa próxima a la Île de la Cité para hacer otra vez el amor...

Incapaz de soportar el recuerdo, se volvió ciegamente con la intención de escapar, pero se encontró encerrada entre sus brazos.

—Veo que sí —musitó él mirándola a la cara.

Mientras ella permanecía impotente, vulnerable, Blaze inclinó la cabeza y le cubrió la boca con la suya.

Capítulo 3

El beso fue ligero, casi casual, sin insinuación alguna de fuerza o compulsión, pero hubo una arrogancia en él que reclamaba su cuerpo y su alma y declaraba su absoluta propiedad.

Cuando él se apartó, ella trastabilló un poco, aturdida y confusa. Le pareció que tardaba un siglo en poder recuperar la compostura y cierta semblanza de confianza.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió en cuanto fue capaz de hablar.

—Un impulsó... Por los viejos tiempos... Lo que tú prefieras.

Sean cuales fueren sus motivos, deseó que jamás lo hubiera hecho. Le había destrozado la paz mental.

—Preferiría que olvidaras el pasado y reprimieras cualquier posible impulso que sientas —informó con severidad—. En especial porque estoy prometida, y tú te vas a casar dentro de unos días —apartó su brazo y se puso a andar, añadiendo por encima del hombro—. Me gustaría que volviéramos. Seguramente, Kirk nos estará esperando.

—Yo no apostaré por ello —se situó a su lado.

—Pues yo sí —replicó con desafío.

—Entonces establezcamos una pequeña apuesta. ¿Recuerdas el llavero que me compraste en París, el que tenía la Torre Eiffel?

—Sí —había sido un recuerdo barato, comprado en un arrebato del momento cuando él le mencionó que era su cumpleaños.

—Bueno, si Varley está en la casa te lo devolveré —el corazón le dio un vuelco. ¿Era posible que Blaze lo hubiera guardado tanto tiempo?—. Y si no está...

—No puedo apostar —objetó con un meneo de la cabeza—. No tengo nada para darte si pierdo.

—Te diré lo que haremos. Si pierdes, puedes darme un beso.

—¿No! —exclamó asustada—. Yo no...

—Pensé que tenías la certeza de que estaría —provocó él.

—Y así es.

—Entonces, ¿qué te asusta tanto?

—No estoy asustada, pero...

—¿Apostado? —cerró la trampa.

Dándose cuenta de que la había conducido como a un cordero al matadero, Fran se mordió el labio. ¿Por qué? ¿Qué motivos albergaba?

Era bien consciente del efecto que había tenido su beso, de modo que lo más probable era que fuera para desconcertarla. ¿Por qué querría hacerlo? ¿O solo se divertía a su costa, esperando ver qué reacción tenía si perdía?

«Aunque desde luego no voy a perder», se dijo con vigor mientras atravesaban un arco y entraban en la rosaleda.

Esa semana era la más importante para Kirk, y sin duda movería cielo y tierra para no llegar más tarde de lo que fuera absolutamente necesario.

Pero sin importar los esfuerzos que realizaba para tranquilizarse, Fran sabía que, a pesar de las respuestas que pudiera darle Kirk, ya nada volvería a ser lo mismo. En un rincón de su mente

siempre estaría el pesar por lo que había perdido, por lo que podría haber sido...

En el extremo de la rosaleda una puerta en el muro daba a un huerto con árboles frutales.

Más allá de los invernaderos había una especie de patio cubierto en un extremo de la casa, y desde allí una huerta con adornos de metal conducía a lo que Fran pensó que eran los alojamientos de los criados.

Acababan de entrar cuando Mortimer avanzó a su encuentro.

—¿Ha llegado la señorita Ross? —preguntó Blaze.

—No, señor. Sin embargo, un caballero lo espera en su estudio.

Con el corazón desbocado, Fran le lanzó una mirada de triunfo.

—¿Un Adonis rubio de ojos azules que irradia encanto? —inquirió él con sarcasmo.

—No, señor —repuso el mayordomo con expresión impasible—. Es un caballero de aspecto militar. Ha dicho que se llama Bellamy y que había hablado antes con usted, y que usted le pidió que se presentara aquí.

—¿No ha llegado el señor Varley? —preguntó con satisfacción.

—No, señor.

—¿Algún mensaje?

—No, señor, ninguno.

A medida que el corazón de Fran se hundía como una piedra, Blaze dijo:

—Gracias, Mortimer. ¿Quieres decirle al cocinero que la cena será a las ocho y media?

El mayordomo inclinó la cabeza y se retiró en silencio.

Blaze condujo a Fran al vestíbulo principal y abrió la puerta del salón.

—Me gustaría hablar contigo —indicó con tono acerado—. No tardaré mucho con Bellamy, si tienes la paciencia de esperar aquí.

Aunque lo expuso con cortesía, no tuyo ninguna duda de que se trataba de una orden.

—Esperaba darme una ducha y cambiarme antes de cenar —objetó.

—Habrá tiempo más que suficiente para ello después de que hayamos hablado.

—Muy bien —repuso con sequedad.

Sencillo y espacioso, el salón era una combinación armoniosa de cosas antiguas y nuevas. Tenía paneles de madera, el techo con vigas vistas y grandes ventanales, las puertas que daban a la terraza, que aún seguían abiertas, aunque diseñadas con cuidado, habían sido incorporadas mucho después.

Se sentó en un sillón bajo y contempló el enorme jarrón con flores mixtas que llenaba la chimenea. Se preguntó qué podría haber pasado para que Kirk se demorara tanto tiempo.

Resultaba tan extraño que al menos no hubiera llamado por teléfono para explicar su ausencia y disculparse.

¿Y si había tenido un accidente?

Demasiado inquieta para quedarse sentada, se puso de pie y salió a la terraza. Mientras contemplaba el atardecer de finales de septiembre vio que un taxi negro de Londres llegaba con los faros encendidos y, despacio, giraba por la esquina de la casa.

¡Melinda Ross tenía su propio coche, de modo que debía de tratarse de Kirk!

En su ansiedad por bajar a su encuentro, tropezó y se torció el tobillo. Soslayó la punzada de dolor y continuó bajando los escalones.

Al llegar abajo, el taxi ganó velocidad al pasar a su altura y de forma simultánea ella comprendió dos cosas. En vez de llegar, se marchaba, y el ocupante no era Kirk, sino un hombre mucho mayor con el pelo plateado y un bigote bien recortado.

Sin duda era el señor Bellamy que se iba.

Con el ceño fruncido contempló la parte de atrás del vehículo. Aunque solo había visto la cara del pasajero fugazmente, le había resultado familiar.

Tardó un rato en situarla. Y al hacerlo quedó sorprendida. El visitante de Blaze había sido el «coronel» que la había ayudado a levantarse y le había recogido la maleta en el aeropuerto.

¿Pura coincidencia?

Fran seguía analizándolo cuando a su espalda se encendieron unas luces; se volvió y vio a Blaze de pie en la puerta.

Agudizado el dolor en su tobillo, subió los escalones Con cierto cuidado.

—¿Te siguen molestando las rodillas? —preguntó él con simpatía burlona al hacerse a un lado para dejarla pasar.

—No —repuso con sequedad. Luego, reacia a mostrarse brusca, añadió—: Me acabo de torcer el tobillo al resbalar en un escalón.

—Entonces será mejor que te sientes —indicó un sillón. Fran obedeció agradecida. Sentándose frente a ella, inquirió—: ¿Cómo te sucedió?

—Vi el taxi y... —calló de repente.

—¿Pensaste que era Varley? —concluyó Blaze.

—Sí —reconoció.

—¿De verdad esperas que venga?

—Por supuesto que sí.

—O bien eres una tonta o bien piensas que yo lo soy.

—No sé de qué hablas.

—Mira —empezó con cierta impaciencia—, ¿no es hora de dejar a un lado esta farsa y contarme la verdad?

—Si supiera de qué farsa me hablas, quizá lo haría —replicó al borde de la exasperación—. Estoy harta de este... este... misterio..., de esta charla con doble sentido. Me gustaría que fueras claro y expusieras lo que piensas. ¿Qué te hace pensar que Kirk no respetará el acuerdo?

—Muy bien —suspiró—, como finges no saberlo, te lo diré. Varley está a punto de caer en la bancarrota. Sería un milagro salvar...

—Eso es lo que tú dices.

—Tu novio tiene en sus manos —continuó impertérrito— un collar que, con dieciocho rubíes perfectamente iguales, vale el rescate de un rey. Aunque los vendiera por separado, las piedras le proporcionarían dinero suficiente para empezar de nuevo en... —se encogió de hombros—... digamos Sudamérica, y, con cuidado, vivir desahogadamente el resto de su vida.

—¿Debes estar bromeando! —exclamó.

—En su posición cualquiera se sentiría tentado —meneó la cabeza.

—Seguro que no... —volvió a intentarlo—. ¡No puedes hablar en serio!

—Hablo muy en serio.

—¡Oh, esto es absurdo! No puedes pensar que Kirk podría ir de camino a Buenos Aires o a alguna otra parte con los rubíes Balantyne en el bolsillo.

—Es exactamente lo que pienso. También sospecho que te envió aquí como tapadera, para ganar el mayor tiempo posible.

—Y supongo que imaginas que cuando el escándalo se mitigue, iré a reunirme con él, ¿verdad?

—¿Por qué no? Estáis en esto juntos, ¿no?

—Creo que has estado leyendo demasiadas novelas baratas... —rió con incredulidad. Al ver que su expresión se tornaba lóbrega, insistió—: De verdad, tus sospechas son tan descabelladas que caen en lo ridículo.

—Casi podría creer que eres sincera —por primera vez pareció inseguro.

—Soy sincera.

—Entonces, supón que me das algunas respuestas directas a algunas preguntas directas. ¿Por qué Varley no recurrió a Raybum Security, según lo pactado?

—Me dijo algo de que un servicio de seguridad especial costaba mucho dinero.

—¿Cómo iba a representar eso un problema cuando pagaba yo?

—Qui... quizá él no sabía que ibas a pagarlo tú.

—Sabía muy bien que yo me encargaba de todos los gastos de seguridad. Era parte del acuerdo —al verla desconcertada, Blaze continuó para aprovechar su ventaja—. Bien, si no iba a involucrar a ninguna empresa de seguridad ¿cuál era el plan?

—Que al venir hacia Balantyne Hall... —se humedeció los labios.

—Continúa —instó él al verla titubear.

—Deberíamos traerlo nosotros mismos.

—Comprendo —la observó como un gato que mira a un ratón—. Es lo que sospeché desde el principio.

—En cierto sentido tenía lógica —intentó defender la decisión—. Como dijo Kirk, todo se había llevado a cabo con tanto secreto que aparte del orfebre que volvió a engastar las piedras...

—Fue William Bailey, ¿no? —interrumpió.

—Sí... y el señor Bailey lleva en Varleys más de cuarenta años. Aparte de él, no había nadie más que supiera nada sobre el collar, de modo que a Kirk le pareció bastante seguro.

—¿Y a ti qué te pareció?

—Yo... yo no me mostré muy satisfecha con el plan, pero llegué a la conclusión de que quizá tuviera razón. Quiero decir, desde el punto de vista del secreto...

—De manera que lo aceptaste.

—Sí.

—Y ahora se ha ido al garete y, por decirlo de esta manera, eres tú quien carga con las culpas.

—No se ha ido al garete.

—Supongo que desde tu punto de vista, no. Sin embargo, a mí no me agrada la idea de que me roben, y menos una herencia familiar.

—No te han robado. Cuando llegue Kirk...

Con evidente exasperación, Blaze la cortó con voz gélida.

—Aunque seas tan inocente como intentas aparentar, debe resultarte obvio ya que no ha a venir. Tiene el collar y...

—¡Pero él no llevaba...! —desconcertado, la miró fijamente—. Kirk no llevaba el collar.

—¿Quieres decir que lo llevabas tú?

—Sí —reconoció.

—¿Por qué?

—Porque él tenía que hacer un viaje de negocios que no pudo cancelar.

—Varley ha sido mucho más inteligente de lo que supuse —reconoció con renuente admiración en la voz.

—Se tomó muchas molestias para cerciorarse de que el collar estuviera a salvo —comentó a la defensiva.

—Apuesto que sí —sus ojos eran fríos y duros como el granito—. Quizá quieras contarme qué dispositivos de seguridad tomó.

—Antes de marcharse hacia Amsterdam, él mismo guardó el collar en el estuche y lo depositó en la caja fuerte. Luego, al día siguiente, justo antes de que llegara el taxi que me llevaría al

aeropuerto, el señor Bailey abrió la caja y me entregó el paquete. Kirk había comprobado que mi vuelo aterrizaría unos veinte minutos antes que el suyo, de modo que me pidió que lo esperara en la recepción principal del aeropuerto...

—Y estabas ahí cuando recibiste el mensaje que te informó que venía con demora y que continuaras tú sola?

—Sí.

—¿Qué hiciste entonces?

—Fui a buscar un taxi.

—¿Y ahí es cuando te arrebataron el bolso?

—Sí.

—Mi querida Francesca —rió con aspereza—, ¿de verdad esperas que me crea esa historia?

—Da la casualidad de que es verdad.

—Oh, sí. Sé que te arrebataron el bolso, pero, ¿todo el asunto no fue un montaje para justificar la pérdida del collar? De ese modo, de lo más que alguien podía acusarte sería de negligencia.

—No, no fue...

—¡Vamos! Sabes tan bien como yo que en ningún momento tuviste el collar. Cubrías las espaldas de Varley.

—Hay es donde te equivocas...

—Pero me temo, cariño, que has cometido dos errores graves. En primer lugar, te tomaste toda la situación con demasiada calma. Ni siquiera informaste del robo, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no?

—No quería que me retuvieran durante siglos. Verás, yo...

—Habría sido mucho más convincente si hubieras tenido un ataque de histeria y hubieras llamado a la seguridad del aeropuerto, como se supone que haría cualquiera a quien le hubieran robado un collar valioso. En segundo lugar, no me dijiste nada. Cuando te pregunté sobre el collar, intentaste fingir que todo estaría bien cuando llegara Varley. Si de verdad te lo hubieran robado...

—Pero no lo han hecho —gritó—. Dije que yo llevaba el collar, pero jamás comenté que me lo robaran. Si pararas un momento y me escucharas...

—De acuerdo, te escucho —entrecerró los ojos y los clavó en ella—. Y créeme que más vale que sea una buena explicación.

—Aunque Kirk me había asegurado que no habría ningún riesgo, me sentía terriblemente nerviosa por tener que llevar algo tan valioso en un bolso de mano. No dejé de preguntarme si no habría un método más seguro... Cuando llegué al aeropuerto, ya había tomado una decisión. Fui al servicio de señoras, lo saqué de su estuche y me lo puse bajo el vestido, que por suerte se abotona hasta el cuello. El pañuelo ayudó a ocultar cualquier rastro...

—¡Que me aspen! —exclamó admirado. De inmediato inquirió—: ¿Dónde está ahora? ¿Qué hiciste con él?

—No sabía muy bien qué hacer —reconoció—. No quería dejarlo en mi habitación, de modo que deje que siguiera donde estaba hasta que llegara Kirk.

—¿Quieres decir que aún lo llevas puesto?

—Sí. Es... Espero que no te importe —se quitó el pañuelo, se desabrochó los dos botones superiores del vestido y alzó los brazos para abrir el broche del collar.

Mientras se afanaba con él. Blaze dijo:

—Permite... No, no te levantes...

De pronto lo tuvo de pie ante ella, demasiado cerca para su gusto. Al soltar el broche sus

dedos le rozaron la nuca, produciéndole un temblor.

Al retirar el refulgente collar, lo sostuvo entre sus largas y bien formadas manos mientras estudiaba el nuevo diseño.

El engaste era ligero, casi delicado, pero Fran había agrupado los rubíes en tercetos, dándoles el máximo de impacto y haciendo que parecieran flores exóticas.

—¿Te gusta? —preguntó nerviosa al tiempo que con manos trémulas se abrochaba los botones del vestido.

—Es exquisito —repuso despacio—. Posees un verdadero talento.

—Gracias —se sintió absurdamente complacida por la alabanza.

—Dime una cosa —clavó los ojos brillantes en ella—. ¿Por qué no me lo entregaste antes?

—Como dueño de la firma —expuso lo obvio—, pensé que era Kirk quien debía entregártelo y concluir el acuerdo.

—¿No hubo otro motivo?

—¿Otro motivo?

—¿No estabas... digamos que poco inclinada a revelar que lo habías llevado puesto?

—Sí —reconoció a regañadientes; no era seguro pensar con él en la misma habitación—. Como me habían robado el bolso...

—Sí, no era una gran recomendación para el plan de Varley. Entonces, ¿el robo fue de verdad?

—Sí —solo pudo agradecer el impulso que la llevó a decidir no guardar el collar en el bolso, tal como había sugerido Kirk.

—No pareciste demasiado inquieta, lo cual me hizo dudar.

—Que me robaran la cartera, las tarjetas de crédito, la chequera y el carné de conducir no es mi idea de diversión, pero su pérdida pareció insignificante comparada con el collar...

—Hablando de ello, será mejor que lo ponga a resguardo.

—Lamento no tener el estuche.

—Un problema menor —se dirigió a la chimenea y apretó un botón oculto. A la derecha de la repisa se deslizó una sección de panel para revelar una pequeña caja fuerte en la pared.

Sacó una bolsa de piel gris e introdujo el collar en ella. Un momento más tarde, cerró la puerta de la caja fuerte y el panel regresó a su sitio.

Al volverse, el reloj del vestíbulo comenzó a señalar las ocho. Blaze frunció el ceño.

—Si los otros dos no llegan pronto, parece que tendremos que cenar solos —ella rezó con gran fervor para que la pareja ausente apareciera sin mayor demora—. Mencionaste que querías ducharte y cambiarte —le recordó él.

—Sí —se puso de pie con sumo cuidado.

—¿Cómo está tu tobillo? ¿Podrás llegar a tu habitación? ¿O quieres que te lleve?

La sola idea de estar en sus brazos le encendió el cuerpo.

—¡No! —luego, con más moderación—. No, gracias, podré llegar bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—En ese caso, ¿te bastan veinte minutos? —al verla asentir, sugirió—. ¿Quieres reunirme conmigo para tomar una copa en la terraza antes de cenar?

Cuando él se acercó a la campanilla para hacerla sonar, se volvió para escapar, por temor a que cambiara de parecer e insistiera en llevarla.

Sin prestar atención a las punzadas de dolor, cojeó por el vestíbulo y comenzó a subir las escaleras. Para sumarse a sus problemas el lado derecho empezaba a ponerse rígido y los inevitables moretones comenzaban a hacerse sentir. Cuando llegó a su habitación estaba bañada en

un sudor frío.

Tratando de no apoyar el pie, se quitó la ropa y se duchó, notando la mancha oscura en su cadera y brazo derechos.

Después de secarse y perfumarse, se puso ropa interior limpia y un vestido de cóctel con tirantes. Habría preferido ocultar los golpes en el brazo, pero los dos vestidos de noche que había llevado carecían de mangas.

Rara vez se maquillaba, pero en esa ocasión, ante el espejo, lo hizo con cuidado, en parte para ocultar su palidez y en parte para subirse la moral antes de empezar a recogerse eh pelo en su moño habitual.

De nuevo la acosó la idea de que quizá hubiera tenido un accidente. Eso explicaría por qué no había llamado...

¡No! No debía ponerse a imaginar lo peor.

Pero, si se encontraba bien, ¿por qué no había llamado para cerciorarse de que el collar había llegado a salvo y explicar su propia ausencia?

Resultaba extraño y perturbador.

Y otra cosa era igual de extraña y perturbadora. Si Kirk había estado al corriente de que Blaze correría con todos los gastos de seguridad, ¿por qué no había empleado el servicio de Rayburn para no correr ningún riesgo?

Si hubiera dejado el collar en el bolso...

Pero gracias a Dios no lo había hecho.

Era un alivio haberlo entregado al fin y saber que ya no era su responsabilidad. Al menos de esa manera había logrado escapar de las descabelladas sospechas de Blaze.

Haciendo una mueca con cada escalón que bajaba, se apoyó todo lo que pudo en la barandilla de madera.

Tan concentrada se hallaba en descender que casi llegó al vestíbulo antes de darse cuenta de que Blaze la esperaba al pie de la escalera.

Lucía un esmoquin a medida; estaba atractivo, carismático y claramente enfadado.

—Veo que prefieres sufrir antes que solicitar ayuda.

—Gracias, pero no necesito ayuda.

—Bueno, al menos acepta mi brazo. —le lanzó una mirada de exasperación.

Ella obedeció a regañadientes y se alegró de disponer de su apoyo hasta que pudo llegar a la terraza y sentarse en una de las tumbonas.

En lo alto, el cielo se veía azul oscuro y las estrellas comenzaban a titilar.

—¿Ha llegado alguno de los dos? —inquirió con una ansiedad que no le permitía disfrutar plenamente de la belleza de la noche.

—No, me temo que estás atrapada conmigo —repuso con sarcasmo—. Sin embargo, me esforzaré para que no te aburras.

A oídos de Fran, las palabras sonaron más como una amenaza que como una promesa.

Desempeñando el papel de cortés anfitrión, se dirigió al carrito de las bebidas y le preguntó qué deseaba beber.

—Un jerez seco, por favor.

—Si no recuerdo mal, solías preferir un cóctel exótico...

—Desde entonces mis gustos han cambiado —repuso con sequedad—. Desde luego, si no tienes jerez seco...

—No te preocupes, estoy convencido de que podré proporcionarte cualquier cosa que desees.

—Supongo que no ha habido ningún mensaje, ¿no? —preguntó, soslayando su último

comentario.

Mientras servía dos copas de jerez y le entregaba una, respondió:

—Ninguno. Lo cual es extraño en Melinda. Aunque rara vez llega puntual, por lo general logra mantenerse en contacto. Si por algún motivo ha cambiado de idea y decidido regresar mañana, me sorprende que no me lo haya comunicado.

—¿No puedes llamarla? —preguntó ella.

—Antes de subir a darme una ducha, intenté llamarla a su hotel, pero no se hallaba en su habitación. El recepcionista me dijo que había salido después de recibir la llamada de un hombre. Si no supiera lo que le gusta la buena vida —añadió con ironía—, podría sentirme preocupado.

—¿No lo estás?

—El dinero puede comprarlo casi todo —meneó la cabeza—. Incluida una esposa fiel —sonrió—. Ahora tú dirás que el dinero no puede comprar el amor, pero no olvides que he dicho casi todo. No albergo la ilusión de que Melinda me ama. Y no quiero que lo haga. Como te he explicado antes, lo que busco es una amante hermosa y apasionada, de buen carácter, una compañía estimulante y una madre para mis hijos. Ella está dispuesta a ser todo eso a cambio de una vida de lujo —entrecerró los ojos al leer la expresión transparente de Fran—. ¿Tienes algún recelo?

Ella se mordió el labio y contuvo el impulso de decirle que Melinda le había comunicado que no deseaba hijos.

—En realidad no es asunto mío. Lo único que me concierne es que la señorita Ross y tú estéis satisfechos con mi trabajo.

—No me cabe ninguna duda de que ella lo estará...

En ese momento apareció la joven doncella para anunciar que la cena estaba servida.

—Iremos en seguida —Blaze asintió—. Ah, Hannah, por favor, ocúpese de que las puertas del salón y del comedor queden abiertas.

Inclinó la cabeza y se marchó.

Blaze se volvió hacia Fran, le quitó la copa de la mano y, antes de que ella pudiera discutir, se inclinó y la alzó en vilo sin esfuerzo.

—Sé que podrías ir a pie, pero no queremos que la sopa se enfríe, ¿verdad?

El corazón pareció detenerse y quedó sin aliento ante la fuerza de sus brazos y el contacto de su cuerpo musculoso; no intentó contestar.

Mientras la llevaba por el pasillo, apareció Mortimer. Durante un fugaz instante, el rostro del mayordomo reflejó sorpresa.

—La señorita Holt se ha torcido un tobillo —explicó Blaze.

El rápido vistazo que le echó a su torturador convenció a Fran de que se estaba divirtiendo. Acalorada y enfadada, apretó los dientes.

—¿De verdad, señor? Lo siento —Mortimer meneó la cabeza con gesto serio.

Después de llevarla al comedor con hermosos paneles de roble, iluminado solo por velas, Blaze la dejó de pie con sumo cuidado, sosteniéndola con un brazo mientras le apartaba la silla.

—Gracias —dijo ella con sequedad.

—Ha sido un placer —le sonrió, y a pesar de su expresión burlona, irradiaba un encanto irresistible.

Distraída, ella se sentó, sin prestar atención a su lesión y esbozó una mueca. El enarcó una ceja.

—La cadera amoratada —reconoció Fran.

—Veo que también tienes el brazo amoratado. ¿Resultado del incidente con el bolso?

—Sí.

Cuando ella quedó sentada cómodamente, él ocupó su sitio a la cabecera de la larga mesa. Estaba puesta con porcelana exquisita, fino cristal, flores frescas y candelabros y habría acomodado con holgura a veinte comensales.

La comida fue excelente, pero, a pesar de que solo había comido un sándwich en el almuerzo, a Fran le costó disfrutarla con tantas cosas que le ocupaban la mente. No obstante, no logró engañar a su acompañante.

—¿Por qué no dejas de preocuparte de Varley?

—¿Cómo puedo evitarlo cuando no sé qué le ha pasado? —preguntó con desafío.

—El no parece preocupado por ti. A pesar del hecho de que le estabas haciendo su trabajo sucio... —Fran dejó el tenedor con ruido sobre el plato. Blaze se encogió de hombros—. De acuerdo, lo expondré de otra manera. Aunque tú asumiste toda la responsabilidad, él ni siquiera se ha dignado llamar para cerciorarse de que habías llegado a salvo.

—Es uno de los motivos que me hace pensar que puede haber tenido un accidente. Podría hallarse muy malherido, inconsciente en algún hospital.

—Podría, pero lo considero improbable. De hecho, apuesto que eres tú quien ha salido peor parada después de ser atacada de esa manera.

Desde que Vio los moretones de su brazo parecía tomarse toda la situación mucho más en serio.

—Mi principal preocupación fue siempre el collar —manifestó ella con sinceridad.

El mayordomo se acercó y carraspeó con discreción.

—¿Sí, de qué se trata, Mortimer? —Blaze alzó la vista.

—Una llamada de teléfono, señor. No habría interrumpido la cena, pero el caballero, que no me dio su nombre, insistió en que era algo urgente.

A juzgar por la expresión indignada del mayordomo, Blaze supo que no dar su nombre era un eufemismo para negarse a hacerlo.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie.

—Discúlpame, por favor —le dijo a Fran.

El corazón de ella latía a toda velocidad con una mezcla de alarma, esperanza y excitación al verlo seguir al mayordomo fuera del comedor.

Capítulo 4

Pasados quizá unos minutos, Blaze regresó y volvió a sentarse con el rostro inescrutable. En respuesta a la mirada ansiosa de ella, sacudió la cabeza.

—No eran ni Melinda ni Varley. Solo una cuestión de negocios.

—Oh —la decepción se reflejó en sus ojos verdes.

Él le llenó otra vez la copa y volvió al punto en el que habían dejado la conversación.

—Aunque el collar se encuentre a salvo, el hecho de que te atacaran debió suponer un shock para ti.

—Afectó mi sentido de la seguridad —admitió—. Por eso no quise denunciar el incidente y correr el riesgo de que me retuvieran unas horas. Aunque el hombre que me ayudó a levantarme...

—en ese instante recordó al «coronel» y calló bruscamente—. ¿O debería decir el señor Bellamy?

—¿Así que lo reconociste? Me lo pregunté al descubrir que habías visto el taxi.

—¿Entonces no fue una coincidencia que viniera a Balantyne Hall?

—No, no lo fue.

—Vino en el mismo vuelo de Manchester a Londres que yo.

—Trabaja para Ritters. Lo contraté para que te vigilara —reconoció él con frialdad.

¡Un detective privado! Se le heló la sangre. La idea de que la siguieran y espieran resultaba, como mínimo, desagradable.

—Le preocupaba el ataque que sufriste —continuó Blaze—. Consideraba que, sabiendo lo que sabía, tendría que haber sido capaz de impedirlo... Pero aunque es un hombre con experiencia, un ex oficial de policía, reconoce que lo sorprendió por inesperado.

—Has dicho sabiendo lo que sabía... ¿Qué es lo que sabe?

—Que no era la única persona que te seguía —ella lo miró sorprendido—. Describió al otro hombre como delgado, de aspecto indefinido, con el pelo rubio y rostro anguloso...

—Tenía el traje arrugado y llevaba una gabardina sobre el brazo —añadió ella como en un sueño—. También él venía en el avión...

—¿Notaste su presencia?

—Mientras esperaba en la recepción del aeropuerto alcé la vista y me dio la impresión de que me vigilaba... Pero entonces se alejó... ¿Estás seguro de que me seguía a mí? No tiene sentido...

—Lo tiene si sabía que llevabas el collar.

—Nadie podría haberlo sabido.

—Pues alguien lo sabía.

—¿Te refieres al robo de mi bolso? Sin duda ese fue un robo típico de los que se producen a diario.

—Según Bellamy, la mayoría de los delincuentes que se dedica a eso son oportunistas. A la vista de los hechos, ese hombre te siguió desde Manchester para cometerlo.

—¿Qué te hace pensar que fue él?

—Parece lógico... ¿No pudo haber sido él?

—Supongo que sí —aceptó con dudas—. Aunque no podría jurarlo. Todo sucedió tan deprisa que las imágenes son borrosas... ¿El señor Bellamy no llegó a ver quién era?

—Por desgracia, no. Estaba concentrado viendo si aparecía otro taxi...

—¿Para poder seguirme?

—Es irónico, ¿verdad?

—Pero si era ese hombre, ¿por qué molestarse en seguirme a Londres? ¿Por qué no realizó el trabajo en el aeropuerto de Manchester?

—Quizá estaba demasiado cerca de casa... O sencillamente para despistarnos y hacernos creer que se trataba de un robo de carterista.

—Parece tan descabellado... —Fran meneó la cabeza.

—Ya conoces el viejo dicho de que la verdad es más extraña que la ficción...

Reinó una pausa en la conversación mientras retiraban los platos. Cuando Fran declinó el postre, Blaze hizo un gesto con la mano para despedir al criado y sugirió:

—¿Tomamos café en la terraza? —se incorporó y se plantó junto a la silla de ella.

—No necesito ayuda —dijo al recordar el calor que la invadió cuando la llevó en brazos—. Puedo caminar a la perfección.

—No seas tonta. Solo te arriesgas a empeorar la lesión.

—No quiero que me lleves —insistió con una nota de pánico en la voz.

Mortimer, que había aparecido como por arte de magia, carraspeó y se dirigió a Blaze.

—¿Si me permite sugerir una solución, señor?

—Llevarás tú a la señorita Holt? —preguntó con humor.

—No era lo que tenía en mente, señor —repuso con un leve rastro de digna reprobación.

—Entonces, ¿qué tenía en mente, Mortimer?

—Se me ha ocurrido, señor, que la silla de ruedas del difunto señor podría volver a entrar en servicio. Al final de su vida a sir Edward le resultaba mucho más adecuada que una silla corriente.

El mayordomo le hizo una señal a uno de los criados, quien apareció con una silla de ruedas de piel con reposabrazos.

—¿Y bien? —le preguntó Blaze a Fran—. ¿Qué prefieres?

—La silla será perfecta, gracias.

—Entonces, permítame, señorita —el mayordomo le ofreció un brazo enfundado de negro y, cuando ella cambió de asiento, se encargó personalmente de empujarla hasta la terraza.

—Gracias, Mortimer —dijo con sinceridad.

Con expresión satisfecha, el mayordomo inclinó la cabeza y se retiró.

—¿Por qué me da la impresión de que Mortimer, un misógino confeso, está de tu parte? —inquirió Blaze con ironía.

—No me lo imagino.

Él le lanzó una mirada penetrante, pero no insistió.

En la atmósfera flotaba un aroma exótico de flores, limón y especias, y la noche se había tomado tan calurosa que bien podrían haber estado en los trópicos en vez de en la campiña inglesa.

La doncella apareció con una bandeja con un servicio de café que depositó con cuidado sobre la mesa.

—¿Lo sirvo, señor?

—No, gracias, Hannah, lo haremos nosotros —cuando la joven se marchó, Blaze le ofreció una mano a Fran—. Si te trasladas a una de las tumbonas, podrás alzar los pies.

—Gracias —rechazó la mano—, pero me encuentro bastante cómoda donde estoy.

—¿Quieres brandy o licor? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—No, gracias, solo café.

—Con un poco de leche, sin azúcar —lo sirvió y le entregó la taza.

—Gracias —sintió un placer secreto de que después de tres años aún recordara cómo le gustaba beber el café.

Después de servirse una taza para él, que siempre tomaba solo y sin azúcar, preguntó:

—No pareces especialmente cómoda. ¿Seguro que no quieres pasar a la tumbona?

—No creo que valga la pena —rechazó con frialdad—. Me gustaría irme a la cama en cuanto termine el café.

—¿Detecto una cierta atmósfera gélida en el aire? —enarcó una ceja.

—¿No esperarás que me guste el hecho de que me hayas hecho espiar como si fuera una criminal? —manifestó indignada.

—No —reconoció él—. Pero hice lo que consideré necesario.

—¿Cuánto tiempo llevas vigilándome?

—Desde que recibí noticias de los problemas financieros de Varleys y comencé a olerme una trampa.

—De modo que por eso sabías que no vivía en el apartamento de Kirk... —se le ocurrió otro pensamiento desagradable—. Supongo que también lo habrás hecho seguir a él, ¿verdad? No, espera... Eso no tiene sentido. En ese caso sabrías dónde estaba y qué hacía.

—Debería haberlo sabido —sonrió con gesto implacable—. Pero no sé si por casualidad o intencionadamente... verás, estoy preparado para concederle el beneficio de la duda, tu novio logró despistar al hombre que lo seguía.

—¿Antes o después de llegar a Amsterdam?

—No fue a Amsterdam.

—Claro que sí. Yo misma lo despedí en el aeropuerto.

—Puede que lo despedieras en el control de pasaportes de Salidas Internacionales y le dieras un beso... de hecho, sé que lo hiciste. Pero no subió a ese avión. En cuanto desapareciste entre la multitud, él salió. Se marchó del aeropuerto, momento en que despistó a mi detective.

—¿No decías que le concedías el beneficio de la duda? —observó con sarcasmo.

—Muy bien. Salía del aeropuerto cuando mi detective lo perdió. ¿Tienes alguna idea de por qué cambió de parecer?

—No creo que lo hiciera —negó con rotundidad—. La agencia que tú contrastaste no parece especialmente competente. ¿Estás seguro de que tú así llamado detective seguía al hombre adecuado?

—Seguía al hombre del que tú te acababas de despedir. Un hombre al que describió de mediana estatura, complexión delgada, rubio y atractivo, de poco más de treinta años. Encaja perfectamente con la descripción que me diste tú.

—Sí, pero... —meneó la cabeza como si quisiera despejarla—. Debe de haber algún error. El viaje a Amsterdam era muy importante. Kirk jamás habría cambiado de parecer en el último minuto... Y si lo hubiera hecho, ¿por qué no regresó a la joyería?

—Resulta bastante obvio. Porque no quería que supieras que no había ido. Quería que tú te ciñeras al plan. Lo que hiciste...

—Bueno, como lo hice y como ya tienes el collar a salvo en tus manos, lo que Kirk pudiera hacer o no, y en ningún momento creo la historia absurda de tu detective, no es asunto tuyo. Has atacado tanto su reputación como su integridad, lo has acusado de jugar y de planear el robo de tus preciados rubíes, y ahora pienso que tú... —sin aliento, se vio obligada a parar.

—¿Le debo una disculpa? —sugirió Blaze.

—Sí.

—Entonces cuando venga aquí se la daré. ¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí?

—¿No crees que también te debo una disculpa?

—¿Por pensar que estaba dispuesta a largarme a Sudamérica para reunirme con un ladrón de joyas? Fue demasiado gracioso como para tomármelo en serio.

—Me alegro de que te divirtiera. Pero aún creo que debería compensarte. Después de todo, una vez fuimos... —la pausa fue infinitesimal—... buenos amigos.

El modo en que le miraba la boca le erizó los pelillos de la nuca.

—Re... realmente no hay necesidad de disculparse... —tartamudeó. Entonces, en un intento por desviar la intención que casi era palpable, se puso de pie y añadió—: Si no te importa, me gustaría irme a la cama ahora. Ha sido un día agotador... Si Kirk llega después de haber subido...

—Sin duda Mortimer lo dejará pasar.

—Entonces, buenas noches.

—Te acompañaré hasta arriba. Yo tampoco pienso quedarme hasta muy tarde. Me parece que mañana será un día ajetreteado —agregó con tono extraño.

Para consternación de Fran, se inclinó y, con un brazo detrás de sus rodillas y el otro a la espalda, la levantó como si fuera una pluma.

Tragando saliva, ella intentó parecer despreocupada, pero cada nervio en su cuerpo se le había tensado y tenía el pulso desbocado.

La miró con los ojos brillantes.

—Facilitaría las cosas que me rodearas el cuello con los brazos —sugirió.

Maldita sea, la atormentaba adrede. Pero las circunstancias le habían dado ventaja y no tenía sentido enzarzarse en una batalla verbal. Se mordió el labio y le rodeó el cuello. Al rozarle la nuca el corazón le dio un vuelco.

—Eso está mejor —musitó él—. Siempre me ha gustado un poco de cooperación.

—Mencionaste que mañana sería un día ajetreteado —comentó, decidida a cambiar de tema—. ¿Esperas a muchos invitados? Me refiero para el fin de semana.

Atravesó el salón y se dirigió hacia las escaleras.

—Unas cuarenta personas en total. Uno o dos viejos amigos de mi padre, los demás vecinos o conocidos de negocios con sus esposas, ninguno de los cuales se quedará a pasar la noche.

—¿Oh? —se mostró sorprendida—. Pensé que iba a ser una fiesta de fin de semana para amigos íntimos y familiares.

—La única familia que me queda está en los Estados Unidos. Igual que casi todos mis amigos. Lo mismo le sucede a Melinda... —subía las escaleras sin señal alguna de fatiga mientras hablaba—. Yo habría preferido mantener la discreción hasta casarnos, pero Melinda quería una celebración de compromiso formal. Estaba impaciente por conocer a algunos de mis vecinos aristócratas y exhibir el collar y a su diseñadora...

Fran se había preguntado, al tener él bien claro quién era, por qué la había invitado. La respuesta parecía ser que Melinda lo había deseado.

—Luego —continuó Blaze—, terminadas la boda y la luna de miel, el plan era celebrar una gran fiesta en el New York Plaza.

De pronto Fran pensó que empleaba el pasado, como si la ausencia de Melinda de algún modo hubiera alterado las cosas.

De repente, estuvieron ante la puerta de su habitación. Pero en vez de depositarla de pie en el suelo, tal como ella había esperado, aconsejó:

—Aguanta —e inclinó un poco para girar el pomo, entró en el dormitorio y cerró con el

hombro.

Se sintió asustada, no de él, sino de las reacciones que le provocaba.

—,Qué haces? —preguntó con voz aguda y alta.

—,Qué parece que estoy haciendo? —enarcó las cejas ante el tono empleado por ella.

—Preferiría que no entraras en mi habitación.

—Se me ocurrió que quizá necesitaras algo de ayuda.

—No la necesito. Me las puedo arreglar muy bien... —aún la sostenía, como si disfrutara de la sensación de su cuerpo esbelto contra el suyo—. De modo que si me bajas... —añadió con voz gélida.

—Desde luego —atravesó la estancia, la depositó en la cama, se sentó en el borde y la atrapó allí. Quiquiera que hubiera corrido las cortinas y apartado el edredón había dejado encendida la lámpara de la mesilla, razón por la que el rostro de él quedaba sumido en sombras—. ¿Más contenta?

Cualquier cosa menos eso.

Apretó los dientes e intentó sentarse para compensar la desventaja de su posición. Él se lo impidió empujándole los codos.

Cayendo hacia atrás con un jadeo, lo miró con los ojos muy abiertos. El rostro de él parecía decidido y sombrío.

—Por favor, Blaze —murmuró, descartando la fachada de furia—, deja que me incorpore.

—Eso está mejor —comentó con satisfacción—. Me gusta que una mujer tenga espíritu, pero también me gustan los buenos modales.

—Lo... lo siento... estaba...

—¿Asustada? —su silencio fue respuesta suficiente—. No tenías por qué estarlo.

—Gracias al cielo por eso —exclamó con fervor. El rió y quebró la tensión reinante. Se relajó un poco y preguntó con cautela—: Por favor, ¿quieres dejar que me incorpore?

—Cuando esté preparado —al verla palidecer, agregó—: No te preocupes, prometo no tomarte sin que tu novio lo sepa.

—Entonces —parpadeó—, ¿qué planeas?

—Solo cobrar la apuesta que gané.

—Por favor, no me beses —se encontró suplicando.

—No iba a hacerlo —repuso con frialdad—. La apuesta era que si Varley no regresaba tú me besarías a mí.

—Realizar esa apuesta fue un acto infantil —musitó.

—Es extraño, pero jamás te consideré cobarde.

—De acuerdo —cedió al ver que no pensaba dejarlo—. Pero primero me gustaría sentarme.

—¿Te sientes más segura de ese modo?

Sin prestar atención a la provocación, comenzó a incorporarse, y en esa ocasión la dejó.

Cuando quedaron cara a cara Fran vaciló, con la esperanza que fuera él quien realizara el primer movimiento, pero Blaze esperó con paciencia.

Al observar sus labios sensuales experimentó un hormigueo en el estómago. Siempre le había provocado esa reacción. Sin embargo, no hacía falta que le besara la boca.

Apartó la vista y lo besó. Su intención había sido rozarle la mejilla, pero inconscientemente sus labios encontraron los de Blaze y se demoraron en ellos, incapaces de separarse.

Durante uno o dos segundos él permaneció quieto, luego separó los labios y ahondó el beso, añadiendo fuego, excitación y una embriagadora dulzura.

Fran cerró los ojos y le rodeó el cuello.

Una de las manos le sujetó la nuca mientras la otra encontraba la curva de su pecho y con cariño le daba vida a su pezón antes de descender hasta la estrecha cintura, la cadera y el muslo.

Cuando le bajó las finas tiras del vestido por los hombros y deslizó la parte superior del vestido por su torso, ella no trató de impedirselo.

De ser necesario, lo habría ayudado. En ese momento estaba tumbada, con los ojos cerrados, temblando mientras los labios de él exploraban la plenitud de sus pechos.

No había nada en el mundo salvo ese hombre y el modo en que la hacía sentir. Aguardó en una agonía de necesidad hasta que su boca se cerró en torno a una cumbre palpitante, provocándole descargas de éxtasis, un deleite tan puro que casi era dolor.

Al mismo tiempo con la mano le acariciaba la textura sedosa de la parte interior del muslo, lenta pero imparablemente subiendo y haciendo que por sus venas corriera el fuego líquido del deseo.

Amante pausado, en el pasado la había hecho esperar, provocándole unas sensaciones tan exquisitas que ella había creído que ya no podía sentir más. Para averiguar en el acto definitivo del amor que aquello solo había sido un preludio...

Cuando esos dedos exploradores encontraron el suave satén de sus braguitas, ella emitió un murmullo, una especie de gemido y suspiro.

Blaze se detuvo y se retiró.

Durante un momento interminable Fran esperó, luego sintió que el colchón recuperaba su forma cuando él se levantó. En una nebulosa pensó que iba a quitarse la ropa para unirse a ella.

Tardó un rato más en comprender que no había sonido ni movimiento, únicamente una quietud absoluta.

Aturdida e incrédula, abrió los ojos para ver que seguía vestido, de pie, sin moverse y mirándola, el rostro aún en sombras.

—Creo que es momento de parar... —su voz sonó controlada, casi indiferente, pero su respiración acelerada sugería que no estaba tan impasible como quería aparentar—. De lo contrario, terminaría por hacer lo que prometí no llevar a cabo...

Sus palabras fueron como un jarro de agua helada. Sintióse mareada, se sentó y se subió el vestido con manos inseguras.

Él se dirigió a la puerta y con la mano en el picaporte se volvió.

—Si Varley llega en la próxima media hora, ¿le digo que suba? —Fran se mordió el labio hasta que sintió sangre—. Lo siento —se disculpó Blaze de inmediato—. Fue una crueldad innecesaria.

Un segundo después, la puerta se cerraba detrás de él.

Con el cuerpo temblándole, llena de emociones encontradas, la principal de las cuales era la vergüenza, se levantó y fue al cuarto de baño.

Mientras se cepillaba los dientes y se preparaba para dormir, mentalmente se flageló.

¿Cómo había podido comportarse de esa manera?

¿Cómo había podido olvidar que estaba comprometida con otro hombre y que iba a casarse con él?

Pero lo había hecho. A pesar de los anillos y las promesas, de los agravios y disculpas, el resto del mundo había dejado de existir. Lo único que le había importado había sido él... sentir su boca, el contacto de sus manos en su cuerpo ansioso...

No, era imposible echarle la culpa a Blaze. Si solo lo hubiera besado con fría imposición, él lo habría dejado... Pero lo había besado con un anhelo que debió ser obvio. Ella había sido la instigadora, y de no haberse retirado cuando lo hizo, habría sido culpable de acostarse con el

novio de otra mujer. En esa ocasión no habría podido decir que no lo sabía.

También habría sido culpable de haber engañado a su propio novio...

Amando a Kirk, ¿cómo pudo desear tanto a Blaze? Con amargura se preguntó si estaba tan necesitada de sexo, hasta que una voz en su interior le recordó que lo que en el pasado había anhelado de Blaze no había sido solo el sexo. Lo había amado.

Y en ese momento amaba a Kirk.

¿O no era así? Si de verdad lo amara, ¿cómo era que Blaze aún tenía tanto poder sobre ella?

Como si abriera por primera vez los ojos, vio que si había creído estar enamorada había sido del propio amor, no de Kirk.

Desde Blaze, él era el primer hombre que la atraía, y prácticamente se había obligado a amarlo.

Estaba a punto de cumplir los veintisiete años. Quizá parte de la culpa la tuviera su reloj biológico, que la instaba a casarse con el primer hombre atractivo que apareciera, con el fin de permitirle tener la familia que siempre había querido.

Kirk era guapo e inteligente, considerado y encantador, todo lo que una mujer podía pedir en un marido. Pero con súbita claridad supo que si al día siguiente la dejara no le rompería el corazón, tal como había hecho Blaze.

Blaze había sido su primer amor. Su único amor. Las implicaciones de esa simple verdad hicieron que se sintiera vacía al cerrar la puerta del cuarto de baño a su espalda y meterse en la cama.

Sin duda él seguiría adelante y se casaría con Melinda Ross, pero, consciente de sus propios sentimientos, era imposible que ella se casara con Kirk.

Alzó la mano y contempló el anillo que le había deslizado en el dedo. El anillo del que Blaze se había mofado. El que tanta satisfacción le había dado tener.

Sabiendo que ya no podía llevarlo, se lo quitó con un único aguijonazo de pesar y lo dejó en la mesita de noche.

Cuando terminara ese fin de semana, en vez de irse con él, debería encontrar un lugar para vivir y, con toda probabilidad, otro trabajo. No podía imaginar que quisiera tenerla cerca después de que rompiera su compromiso.

El destino era extraño. Si Blaze no los hubiera invitado a Balantyne Hall y, si Kirk no hubiera insistido en aceptar, nada de eso habría pasado.

Ella habría continuado creyendo estar enamorada y feliz a la espera de un futuro seguro y asentado.

Pero, de repente, toda su vida se había vuelto del revés.

Por segunda vez en tres años.

Y por la misma causa.

No obstante, era una superviviente. Ya había reconstruido su vida una vez. Podría volver a hacerlo.

Apagó la luz y se preguntó cuánto afectaría a Kirk la ruptura de su compromiso.

No mucho, si tenían algo de verdad las historias de las otras mujeres que había en su vida...

No, no era verdad. No podía creerlo. Por algunas de las cosas que el mismo Blaze había reconocido, la agencia de detectives había demostrado su incapacidad. Seguro que habían investigado al hombre equivocado.

¿Y seguido al hombre equivocado? ¿Habrían podido hacer tan mal el trabajo? La descripción había encajado a la perfección...

Pero si había sido Kirk, ¿por qué había cambiado de parecer sobre ir a Amsterdam? Y, en ese

caso, ¿por qué no se lo había comunicado a ella? ¿Por qué había dejado que lo esperara en el aeropuerto? Y ¿por qué le había dejado ese mensaje?

Había tantas preguntas que tendrían que quedar sin respuesta al menos hasta que llegara Kirk.

Lo cual planteaba una nueva serie de preguntas. ¿Adónde podría haber ido? ¿Qué lo retenía? ¿Por qué no la había llamado?

Habían sucedido cosas muy extrañas, incluido el robo de su bolso. ¿Podría haber sido algo cuidadosamente planeado, como había sugerido Blaze...?

Desterró todo de su mente y cerró los ojos para tratar de dormir. Pero, aunque estaba agotada, su cerebro se negaba a desconectar.

Amaneció antes de que lograra sumirse en un duermevela inquieto, y su último pensamiento desdichado lo dedicó a Blaze. Iba a casarse con una mujer a la que no amaba y que tampoco lo amaba, una mujer que había dejado bien claro que no albergaba intención de tener hijos...

Una llamada a la puerta la despertó. Aún medio dormida, preguntó:

—¿Quién es?

—Hannah, señorita.

—Pase —se esforzó por despejarse y se sentó cuando la joven doncella entró con una bandeja con té.

La dejó sobre la mesita de noche y se dirigió a descorrer las cortinas.

El aire que entraba por las ventanas abiertas era caliente y húmedo como siempre. Bajas en el horizonte unas nubes oscuras presagiaban una tormenta inminente.

Miró el reloj y vio que indicaba las doce y cuarto.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿De verdad es esta hora? ¿Por qué no me despertó antes?

—El señor dio instrucciones de que, si aún dormía, no había que molestarla hasta el mediodía, señorita.

—¿Sabe si ya ha llegado el señor Varley?

—No, señorita, no ha llegado nadie.

—¿Y qué me dice de la señorita Ross? ¿Ha llegado?

—No, señorita.

—¿Ha habido algún mensaje? —inquirió con creciente sentido de impotencia.

—No que yo sepa, señorita.

Casi con desesperación, pensó que nada había cambiado.

—Pero debería preguntarle eso al señor Mortimer... ¿Desea algo más, señorita?

—No, gracias, Hannah.

A solas otra vez, se sirvió una taza de té y bebió agradecida.

A pesar de haber dormido hasta tarde, le dolía un poco la cabeza y se sentía cansada, reacia a enfrentarse a más esperas.

Había un teléfono en la mesita; alzó el auricular, marcó el número del apartamento de Kirk y saltó el contestador automático.

¿Qué otra cosa había esperado? En ningún momento había imaginado que lo encontraría sentado en casa. Pero había querido cerciorarse.

Su siguiente y única esperanza era William Bailey. Desde la muerte del padre de Kirk, vivía en el pequeño apartamento que había sobre la joyería. De haberse producido algún tipo de accidente, lo más probable era que fuera él quien lo supiera.

—William Bailey... —respondió a la tercera llamada con la voz seca y precisa que ella

conocía tan bien.

—William, soy Francesca Holt.

—¿Qué puedo hacer por ti, Francesca?

—¿Por casualidad has sabido algo de Kirk?

—Recibí una llamada de él a primera hora de la mañana.

—¿Sabes dónde está? —inquirió ansiosa.

—Pensé que estaba en Balantyne Hall contigo —respondió William desconcertado.

—No, se... se vio retenido y aún no ha llegado. Me preguntaba si habría podido tener un accidente.

—Me pareció que estaba bien cuando hablé con él.

—¿Qué te dijo?

—Solo que iba a permanecer ausente más tiempo del que había calculado y que quería que yo me hiciera cargo de todo hasta tener de nuevo noticias tuyas. ¿Sucede algo? —añadió con súbita preocupación—. ¿Tú estás en Balantyne Hall?

—Sí.

—¿Y has entregado el paquete a salvo?

—Sí.

—¿Y Kirk no te ha llamado? —suspiró antes de formularle esa pregunta.

Recordó lo que había indicado la doncella de que era Mortimer quien estaba al corriente de los mensajes.

—No pasa nada, seguro que me ha dejado un mensaje. Lamento haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia, querida. Que pases un agradable fin de semana.

Capítulo 5

Frank se levantó de la cama y, al descubrir que tenía el tobillo mucho mejor, se dirigió al cuarto de baño. Si Kirk le había informado a William que podría permanecer ausente más tiempo del esperado, debía de haber surgido algo inesperado e importante.

Pero, ¿qué podía ser más importante que la entrega del collar en Balantyne Hall? A pesar de que se sentía aliviada de que no se hallara en algún hospital, comenzaba a sentirse molesta y resentida por que no le hubiera comunicado qué pasaba.

A menos que hubiera un mensaje.

O quizá ya había hablado con Blaze.

Se dio una ducha rápida y se puso un vestido ligero de algodón y unas sandalias de tacón bajo; se dejó el pelo suelto sobre los hombros y bajó las escaleras.

Al llegar al vestíbulo apareció el mayordomo.

—Espero que su tobillo hoy esté mejor, señorita —comentó con su habitual tono serio.

—Mucho mejor, gracias, Mortimer —sonrió.

—Me alegra oírlo, señorita.

—Hay algún mensaje para mí del señor Varley?

—No, señorita.

—Pero, ¿llamó?

—No que yo sepa, señorita. A menos que lo atendiera el señor.

—Gracias, Mortimer. Se lo preguntaré.

—De momento eso no será posible, señorita. El señor salió poco después de desayunar.

—¿Sabe adónde ha ido? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tengo entendido que se dirigía a la ciudad, señorita.

Sin duda para averiguar qué había retrasado a Melinda Ross.

—¿Dijo cuándo volvería?

—No, señorita. Sin embargo, comentó que, si no regresaba a la una, no lo esperara para comer —en ese preciso momento, el reloj anunció la una—. Como parece que va a almorzar sola —continuó el mayordomo con tono mesurado—, si prefiere comer en la terraza mejor que en el comedor...

Ninguna alternativa la satisfacía.

Convencida ya de que por algún motivo Kirk no iba a aparecer, e incapaz de soportar la idea de esperar que Blaze llegara con su novia, de pronto tuvo ganas de marcharse.

Tomando una pronta decisión, anunció:

—Gracias, Mortimer, pero no me quedaré a almorzar. Mientras subo a guardar mis cosas, ¿sería tan amable de...?

Al recordar el robo de su bolso, calló de golpe. Oh, cielos, ¿qué iba a hacer? Carecía de dinero y de tarjetas de crédito.

Tenía dinero en el banco, desde luego, pero era sábado; los bancos estarían cerrados. Y para empeorar sus problemas, como había esperado regresar a Manchester con Kirk, solo había comprado un billete de ida, de modo que carecía de transporte.

Y ningún hogar cuando llegara a Manchester. Si pudiera ir a Londres y alojarse en un hotel,

siempre podría explicarle la situación a William Bailey y solicitar su ayuda.

—Lo siento —le dijo al mayordomo, quien aguardaba con paciencia—. Iba a pedirle que me llamara un taxi, pero de camino aquí me robaron el bolso.

—El señor lo mencionó —informó Mortimer—. Debió de ser una situación angustiada, señorita.

—Está demostrando ser muy problemática —aseveró y decidió no andarse con rodeos—. Mortimer, ¿podría usted prestarme dinero para tomar un taxi hasta Londres?

Por primera vez, el mayordomo pareció incómodo.

—Habría sido un placer, señorita —aseguró, carraspeando—, si el señor no hubiera dado órdenes de lo contrario —mientras ella lo miraba boquiabierto, agregó—: Tengo entendido que es deseo del señor que usted permanezca aquí hasta su retomo.

—Comprendo —se mordió el labio—. Gracias, Mortimer.

—En cuanto al almuerzo, señorita... —insistió, aliviado de que se hubiera tomado la situación con tanta tranquilidad.

—Gracias, pero no comeré.

No habría sido capaz de probar bocado. Y si Blaze pensaba que podía retenerla ahí cuando deseaba irse, se encontraría con una sorpresa.

Si no podía tomar un taxi, no había nada que le impidiera irse a pie.

—Cuando el señor vuelva, ¿será tan amable de decirle que me encuentre en mi habitación? —pidió, reacia a involucrar al personal.

—Desde luego, señorita —el mayordomo inclinó la cabeza.

Con la espalda rígida, Fran subió otra vez las escaleras.

Habría casi dos kilómetros hasta la entrada principal, donde había un guardia. Recordó que de camino a la mansión vio un hotel de campo llamado The Mulberries. Sin duda podría pasar la noche allí.

En cuanto cerró la puerta de la habitación, recogió sus cosas y las guardó en la maleta.

Estaba a punto de salir con sigilo cuando recordó que el anillo de Kirk aún estaba en la mesilla. Se lo puso de nuevo en el dedo.

Luego, con la maleta en la mano, bajó las escaleras, rezando para no encontrarse con nadie. La suerte se alió con ella y logró abrir la pesada puerta delantera y salir sin ver a un alma.

El calor era opresivo y antes de haber recorrido medio kilómetro se hallaba bañada en sudor. La maleta, que había considerado ligera, le daba la impresión de pesar una tonelada, y el tobillo, que protestaba por semejante trato, había empezado a dolerle otra vez.

Apretó los dientes y continuó la marcha.

La caseta de la cancela apareció a la vista cuando empezaron a caer las primeras gotas. Aceleré el paso. Se hallaba a varios cientos de metros de las puertas cuando vio el destello centelleante de un relámpago y oyó un trueno. Aún le repicaban los oídos cuando los cielos se abrieron y empezó a llover a cántaros.

Empapada al instante, bajó la cabeza y continuó avanzando a duras penas. Medio ciega por los relámpagos y el diluvio, y ensordecida por los truenos, no logró ver ni oír el coche que subía por el camino en dirección a la mansión hasta que se situó a su lado.

A través de la ventanilla captó un vistazo del conductor justo cuando este se inclinaba y abría la puerta del lado del pasajero.

—Sube —ordenó Blaze.

« ¡Y un cuerno! », pensó con rebeldía, y continuó caminando.

Al siguiente instante él dio marcha atrás y bajó del vehículo. Le quitó la maleta con facilidad y

la arrojó al asiento de atrás. Luego la rodeó con un brazo musculoso y la introdujo en el coche sin ceremonia alguna. Cerró de un portazo.

—¿Cómo te atreves a forzarme? —soltó cuando se sentó a su lado.

—Ponte el cinturón de seguridad —instruyó él con sequedad. Al ver que no obedecía, se inclinó para ponérselo con el rostro enfadado.

—No quiero volver —espetó ella—. Quiero marcharme.

Sin prestarle atención, pisó el acelerador y continuó el trayecto hasta la casa. Aunque Blaze apenas había salido unos instantes, estaba empapado, con el pelo pegado a la cabeza.

Al llegar a la mansión, giró por la rotonda y se detuvo bajo un arco para entrar en los viejos establos que cumplían la función de garaje.

Cuando el Mercedes quedó a resguardo, recogió la maleta de Fran y le abrió la puerta del coche.

Con silencio amotinado, ella bajó.

Blaze le rodeó los hombros con su chaqueta y avanzaron a toda velocidad fuera del refugio que brindaban los aleros. Al llegar a una puerta de roble que daba a un pasadizo cubierto en cuyo extremo había unos escalones de piedra, le dijo con brusquedad:

—Será más rápido ir por aquí y subir por atrás.

Subieron los escalones hasta llegar a un rellano con dos arcos. Blaze la condujo por el más cercano y salieron a una galería que recorría la extensión de la casa.

—Ya hemos llegado —abrió la puerta de la izquierda y la introdujo a un pequeño salón de paredes blancas.

Tenía unos muebles sencillos: un escritorio, varias estanterías y un equipo estéreo. Dos sillones y una mesita de centro delante de una gran chimenea de piedra.

El aire era húmedo y fresco y ella comenzó a temblar al observar el salón. Parecía formar parte de una suite independiente de la casa, con un dormitorio en cada extremo. ¿Por qué Blaze iba a necesitar un lugar así?

Como si leyera sus pensamientos, dejó la maleta en el suelo, le quitó la chaqueta mojada y explicó:

—Me gusta disfrutar de cierta intimidad.

—Habría pensado que sería imposible gozar de intimidad con una casa llena de criados —comentó con irritación.

—Los criados solo vienen aquí cuando yo lo indico.

Ni siquiera suben a limpiar a menos que yo se lo pida —mientras hablaba, miró con insolencia con la cabeza ladeada.

El pelo le colgaba alrededor del rostro pálido y el fino vestido de algodón, casi transparente por la lluvia, lo tenía pegado al cuerpo.

—Pareces tener frío —comentó con voz sedosa, sin quitarle la vista de los pechos; sonrió cuando ella se ruborizó. Fue a cerrar las ventanas y luego le aconsejó con voz seca—: Hay dos cuartos de baño, así que te sugiero que uses el de Melinda y te des un baño caliente antes de que te resfríes.

Sin gustarle la idea de irrumpir en el territorio de su novia, pero anhelando escapar de su mirada, se dirigió hacia la puerta que le indicaba.

Antes de entrar, él le preguntó:

—A propósito, ¿has comido?

—No —respondió sin volverse.

—Yo tampoco. Le pediré a Hannah que traiga una tetera y algunos sándwiches para cuando

hayamos terminado de secarnos.

A pesar del caos que reinaba en la habitación, con la ropa dejada en todas partes, encontró toallas limpias en un anaquel. Se inclinó para tapar la bañera y abrió el grifo.

Acababa de quitarse el vestido y la ropa interior empapados cuando la puerta se abrió y entró Blaze, todavía vestido.

Sorprendida, tardó en aferrar la toalla y cubrir su desnudez.

—No hace falta que te muestres tan indignada —comentó él con sarcasmo.

—Podrías haber llamado —protestó airada.

—Lo hice. Probablemente no me oíste por el grifo abierto... No te preocupes —continuó con desdeñosa indiferencia—, que no es gran cosa. Después de todo, ya te he visto desnuda antes. De hecho, si no lo has olvidado, en una ocasión compartimos una ducha —recordándolo a la perfección se puso roja como un tomate—. Y en aquel entonces te mostraste más que entusiasmada... —continuó, derribando sus defensas.

—¿Qué quieres? —demandó con voz rígida al tiempo que con ambas manos sostenía la toalla en su sitio.

—Pensé que quizá necesitaras esto.

Por primera vez notó que llevaba su maleta.

—Oh... gracias... ¿Quieres dejarla en el suelo?

—Desde luego —al mirar el desorden a su alrededor hizo una mueca y al hablar sonó un poco más humano—: Me temo que Melinda no es la mujer más ordenada del mundo. Es uno de los motivos por los que acepté tener cuartos separados. En realidad, en parte es culpa mía, ya que olvidé decirle a una de las doncellas que viniera a recoger. Si prefieres utilizar mi cuarto de baño...

—No, no —al ver que faltaba poco para que la bañera se llenara, sujetó con fuerza la toalla y se agachó para cerrar los grifos—. Creo que ya tengo todo lo que necesito, gracias.

—Entonces iré a ducharme... —sonrió con ironía. Ante la puerta se volvió—. A menos que quieras que me quede y te frote la espalda.

—No, no quiero que te quedes ni que me frotes la espalda —espetó, perdiendo la compostura—. Quiero que te vayas de aquí y que no vuelvas a entrar.

Al cerrar la puerta y alejarse oyó su risa suave y burlona.

Decidida a no correr más riesgos, echó el pestillo, se quitó la toalla y se metió en el agua caliente.

Unos veinte minutos más tarde, vestida con un traje de dos piezas de color café, regresó al salón.

Aunque en el exterior aún rugía la tormenta, dentro hacía calor y se estaba a gusto.

Blaze, que llevaba unos pantalones informales y una camisa de algodón verde oliva, se hallaba sentado en uno de los sillones delante de un leño encendido en la chimenea.

Con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en el respaldo, parecía medio dormido.

Al notar el titubeo de ella, invitó con voz fría:

—Ven a sentarte a mi lado.

Determinada a aparentar calma y control, se sentó en el sillón opuesto al suyo mientras él la estudiaba con los párpados entornados.

Con el pelo recién lavado y un poco mojado todavía sabía que debía de estar horrible.

Pero él pensaba que parecía fresca, adorable y extrañamente vulnerable.

En la mesita había una bandeja con una selección de sándwiches, una tarta de frutas casera y una tetera.

Blaze se irguió y le pasó un plato y una servilleta.

—¿Quieres...?

—Me gustaría saber por que insististe en que volviera a la mansión.

—Ninguno de los dos ha almorzado —repuso con voz dura como el granito— y, según Hannah, tú tampoco desayunaste, de modo que creo que deberíamos comer primero y habla luego. ¿Con qué prefieres empezar, con uno de jamón o uno de pepino?

—Pepino, por favor —cedió, dándose cuenta de que era inútil intentar discutir.

Los sándwiches eran deliciosos y, hambrienta de repente, comenzó a comer con gusto.

No hablaron hasta que los platos quedaron vacíos y terminaron su segunda taza de té. Entonces fue Blaze quien rompió el silencio.

—¿Qué te hizo decidir marcharte de manera tan solita?

—No vi ningún sentido en quedarme.

—¿De modo que ya no esperas que aparezca Varley?

—No —reconoció.

—¿Significa que has hablado con él?

—Pensé que lo habías hecho tú —meneó la cabeza—, hasta que Mortimer me dijo que te habías marchado.

—Blaze enarcó una ceja. Un poco incómoda, ella explicó—: Sabías lo ansiosa que había estado; no pensé que te marcharas sin haberme tranquilizado...

—No se me conoce por ser amable con mis adversarios.

—¿Es así como me consideras? —inquirió perpleja.

—¿De qué otro modo podría hacerlo?

—Pe... Pero no entiendo por qué —tartamudeó—. He intentado respetar los acuerdos alcanzados.

—Estoy seguro de que lo has hecho —convino con ironía—. ¡Apuesto que Varley está orgulloso de ti! —al recibir una mirada desconcertada, añadió—: ¿No me digas que no te felicité por un trabajo bien hecho?

—Te he dicho que no he hablado con él... Si tú lo has hecho...

—No —negó lacónicamente—. Ni esperaba hacerlo. Pero al descubrir, que estabas tan ansiosa por irte supe que debía haberse puesto en contacto contigo. ¿Por qué no me cuentas la verdad? ¿Dónde planeabas reunirte con él?

—Te equivocas. No me ha llamado y no planeaba reunirme con él.

—Mientes de manera convincente.

—No miento. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Entonces, ¿qué te impulsó a marcharte? —espetó.

—Cuando Hannah me dijo que Kirk aún no había llegado y que no había mensajes, intenté llamar a su apartamento. Pero saltó el contestador... —al ver que Blaze hacía una mueca, sacudió la cabeza—. No esperaba que estuviera allí; únicamente quería eliminar todas las posibilidades.

—¿Y qué fue lo siguiente que intentaste?

—Llamé a William Bailey por si sabía algo. Vive encima de la joyería, dé manera que pensé que si se había producido un accidente o algo por el estilo...

—¿Y qué te dijo Bailey?

—Que había hablado con Kirk a primera hora de la mañana, pero que no sabía... Por lo que dijo, supe que había surgido algo totalmente inesperado. Algo lo bastante importante como para ocupar a Kirk y...

—¿Y hacer que mantuviera todo en secreto... no solo de su mano derecha sino de su propia

novia?

—Eso es lo que no puedo entender —reconoció ella.

—Sin saber nada más, ¿qué te hizo decidir que no iba a aparecer?

—Instintivamente sentí que...

—Mi querida Francesca, tendrás que mejorar bastante.

—Da la casualidad de que es la verdad —insistió con un suspiro—. En cualquier caso, estaba harta de toda la espera y empecé a sentirme enfadada y molesta por que no me hubiera llamado.

—¿Y por eso tomaste la decisión de marcharte? —preguntó él tras una pausa.

—Sí.

—¿Para huir durante mi ausencia?

—¿Por qué no? —se defendió al captar la censura en su voz—. Ya había cumplido mi parte.

—¿Habías olvidado que se te invitó a pasar el fin de semana?

—Como todo se había estropeado —se humedeció los labios—, no quería quedarme aquí sola.

—Y me da la impresión de que ni siquiera querías venir en primer lugar, ¿verdad?

—Sí —se negó a mentir.

—¿Por qué? No podía ser porque supieras que yo era Edward Balantyne —cuando ella guardó silencio, preguntó—: ¿Te dijo algo Melinda que te echara para atrás?

—No —en esa ocasión se vio obligada a mentir y a juzgar por la expresión de él, lo había notado.

—Cuando tomaste la decisión de irte, ¿qué planes tenías? —inquirió, sin insistir en lo anterior—. Si no ibas a reunirte con Varley...

—Te he dicho que no pensaba hacerlo.

—Entonces, ¿qué pretendías?

—Pensaba ir a Londres y pasar la noche en un hotel...

—Si no tenías dinero para el taxi.

—Sabes muy bien que no.

—Así que se lo pediste a Mortimer —sonó irónicamente divertido—. Me imagino la cara que habrá puesto.

—Adelante, ríete.

—Pero aun así decidiste seguir adelante. ¿Pensabas ir a Londres a pie?

—No. Hay un hotel de campo a unos kilómetros de aquí. Esperaba alojarme allí.

—¿Y luego qué?

—William Bailey me habría ayudado.

—Si no habías tenido noticias de Varley, ¿por qué estabas tan desesperada por marcharte de inmediato? —al ver el rubor que la traicionó, agregó con voz suave—: Comprendo. De modo que este súbito deseo de huir lo provocó lo sucedido anoche.

Se hallaba muy próximo a la verdad.

Arrinconada, Fran alzó el mentón y mintió:

—Lamento eso. Echaba de menos a Kirk y deseaba que estuviera aquí —tuvo la satisfacción de ver cómo Blaze tensaba la mandíbula con furia. Aprovechando su inesperada ventaja, continuó con indiferencia—: Menos mal que tú decidiste no... no seguir. Supongo que también echabas de menos a tu novia, y si ambos hubiéramos perdido la cabeza, podría haber causado problemas.

—Ciertamente —convino—. Aunque Melinda es abierta, no creo que le hubiera gustado mucho. En particular a la vista de nuestra pasada relación...

—Por eso pensé que sería mejor irme antes de que ella llegara.

—No consigo ver qué diferencia establece eso —expuso con una insensibilidad ajena a su

naturaleza—. A menos que tuvieras la intención de contarle todo.

—No pensaba decirle nada —negó con vehemencia—. Pero en esas circunstancias, no me sentía cómoda ante la perspectiva de quedarme, y aún creo que lo mejor sería que me marchara antes de que viniera.

—¿Es la inminente llegada de mi novia el único motivo por el que deseas irte? —inquirió con voz sedosa.

—¿Es inminente?

—Como no he hablado con ella, no lo sé con certeza —se encogió de hombros—, aunque empiezo a dudar.

—Pero cuando Mortimer me comentó que te habías ido a Londres, pensé que la verías.

—Llamé a su hotel, pero había pagado la cuenta y su coche ya no estaba en el garaje.

—Entonces lo más probable es que esté de camino hacia aquí.

—En ese caso, debe de haber ido por Escocia. Se marchó del hotel anoche. Más o menos una hora después de llamarla.

—Supongo... —calló y se mordió el labio.

—Consideré la posibilidad —repuso, leyéndole con facilidad el pensamiento—, de modo que me puse en contacto con la policía y les proporcioné los detalles necesarios. No ha habido ningún informe de un accidente de tráfico con una conductora de esa descripción —se adelantó e incorporó otro leño a la chimenea—. Cualquiera sabe adónde ha ido.

—Puede que haya un mensaje.

—Ninguno. Hablé con Mortimer antes de meterme en la ducha —con el ceño fruncido agregó—: Y a falta de una hora antes de la fiesta, habría esperado que ya hubiera llegado, si es que piensa venir.

La mención de la fiesta hizo entrar en acción a Fran. No tenía sentido discutir sobre la ausencia de su novia. Sin duda aparecería en cualquier instante y todo continuaría según lo planeado.

Pero con un poco de suerte sin ella.

—Estoy convencida de que la señorita Ross no se perderá su propia fiesta... Pero, en cualquier caso, yo no pienso asistir a ella —cuando Blaze no dijo nada, anunció con más convicción de la que sentía—: De hecho, insisto en marcharme —algo en el rostro de él, en su continuado silencio, la aterró—. No puedes mantenerme aquí contra mi voluntad —gritó.

—Qué melodramática —se mofó.

—Pero no puedes.

—No apuestes por ello —sonrió—. Hace un momento pregunté si la llegada de mi novia era el único motivo por el que querías irte, y aún no me has contestado.

—Es el principal —replicó con sinceridad.

—¿Qué otras causas hay? ¿O es que no se te ocurre ninguna otra?

—Kirk no querría que estuviera aquí si supiera que... —comenzó desesperada.

—¿Que habíamos sido amantes? ¿Y que estuvimos a punto de serlo otra vez?

—Se pondría furioso.

—Si ha sido capaz de abandonarte aquí, como parece que ha hecho, dudo de que le importe —aseveró con frialdad.

—¿Es que no te basta el hecho de que quiera irme? —suplicó, olvidando todo pretexto.

—Me temo que no. Es lo que yo quiero lo que cuenta.

—No entiendo por qué deseas mi presencia —comentó impotente.

—Quizá lamente lo sucedido anoche... no haberme aprovechado de tu... ¿diríamos buena disposición?

—Te puedo garantizar que no tengo intención de comportarme de manera tan estúpida una segunda vez —repuso con el corazón hundido, a pesar de saber que él la provocaba—. Y como tu novia estará aquí...

—Empiezo a dudar muy en serio de ello.

—Bueno, venga o no...

—Me temo que hay demasiadas preguntas sin respuesta aún para que permita que te vayas... —meneó la cabeza.

En ese momento sonó el teléfono, haciendo que Fran se sobresaltara.

—Ah —murmuró Blaze—. Con un poco de suerte, esta llamada ayudará a responder algunas de esas preguntas.

Capítulo 6

—¿Si me disculpas? —se levantó a contestar—. Balantyne. Bien... Sí... Comprendo... ¿Cuándo...? —Fran contuvo el aliento mientras escuchaba, pero ni sus palabras ni su expresión revelaron nada—. Sí... Sí, hágalo... Gracias por comunicármelo.

Colgó y se quedó con la vista clavada al frente.

Ella esperó sin dejar de mirarlo. Al pasar un minuto y él seguir en silencio, ya no fue capaz de soportar la tensión.

La observó con expresión fría y velada.

—No, no era Melinda. Sin embargo, la llamada me proporcionó una pista sobre su paradero —se sentó y continuó con voz desapasionada—: Faltando los dos, comencé a preguntarme si Varley y ella no se habrían fugado juntos...

—Lo dudo —afirmó Fran con sequedad.

—O estás muy segura de él o no crees que Melinda sea el tipo de mujer capaz de sacrificar un marido rico para tener una aventura con un hombre, sin importar lo atractivo y encantador que sea, al borde de la bancarrota... ¿Cuál de las dos cosas? No, no te molestes en contestarme. Lo veo en tu cara. Varley no te inspira ninguna seguridad...

—Mientras que tú estás muy seguro de la señorita Ross —en cuanto soltó las palabras, se arrepintió—. Lo siento. No tenía derecho a decir eso. Por favor, continúa.

—La llamada era de la agencia de detectives —al ver la expresión de ella, meneó la cabeza—. No hace falta que te muestres tan horrorizada. No pensarás en serio que hice vigilar a Melinda, ¿verdad?

—Contigo ya no descartaría nada.

Él se crispó y, pasado un momento, ganada la batalla consigo mismo, se relajó.

—Quizá me lo haya buscado. Pero las otras precauciones que tomé demostraron ser necesarias.

—No veo cómo —Fran mostró su desacuerdo—. No era necesario que nos vigilaras a Kirk o a mí. Sé que las cosas no han ido de acuerdo con lo trazado, pero en el fondo todo ha salido bien...

—Antes de que prosigas —cortó él con frialdad—, quizá sea mejor que esperes a oír lo que tengo que decir.

Con súbita aprensión, ella cerró la boca y esperó.

—Después de despistar al hombre que lo seguía, Varley desapareció sin dejar rastro. Aunque dos hombres de la agencia intentaron volver a localizarlo, no lo consiguieron. Pero al parecer él se tomó demasiado confiado y cometió el error de volver a su apartamento, que aún estaba siendo vigilado. Tal vez sus planes habían cambiado, o tal vez fue para recoger algo importante que había olvidado... Sea lo que fuere, solo se quedó un rato. Lo desconcertante de verdad es esto: No iba solo... —a medida que asimilaba las implicaciones, Fran abrió mucho los ojos—. La mujer que lo acompañaba fue descrita como una rubia atractiva, aproximadamente de un metro sesenta y cinco de altura y de complexión esbelta que conducía un Porsche blanco.

—No tiene sentido —murmuró Fran aturdida.

—Es lo que pensé al principio —acordó Blaze—. Pero empiezo a cambiar de idea. Si es verdad una cosa de la que sospecho, tendría mucho sentido. Pero hasta no disponer de

confirmación... —una llamada a la puerta cortó sus palabras—. Adelante.

Entró el mayordomo.

—Lamento molestarlo, señor, pero dejó instrucciones de que se le notificara de inmediato en cuanto llegara el señor Henderson.

—¿Se encuentra aquí?

—Sí, señor. Hannah acaba de conducirlo al salón principal.

—Gracias, Mortimer. Por favor, dile al señor Henderson que iré de inmediato —cuando la puerta se cerró detrás de la figura con librea, Blaze se volvió hacia Fran y con un brillo indescifrable en los ojos sugirió—: ¿Quieres acompañarme? Puede que te resulte interesante.

Algo en la invitación y en el modo en que la observaba le puso los nervios de punta.

—Muy bien —respiró hondo y se afaná por parecer serena, aunque las piernas le temblaban; lo acompañó escaleras abajo con una mano apoyada en la barandilla.

—Oh, una cosa —él se detuvo en el vestíbulo principal, que ya había sido engalanado para la fiesta—. Preferiría que no llevaras esto —antes de que ella pudiera adivinar su intención, le quitó el anillo de Kirk y se lo guardó en el bolsillo.

Al llegar al salón, un hombre robusto próximo a los sesenta años, con el pelo cano y brillantes ojos castaños, se puso de pie. Llevaba puesto un excelente traje de etiqueta.

—Edward. Hace mucho que no te veo. Recibí tu mensaje —extendió la mano.

—Richard —los dos hombres se saludaron con cordialidad—. ¿Espero que mi petición de que te presentaras antes no te produjera ningún inconveniente?

—En absoluto. Desde que falleció Edna, solo he tenido que pensar en mí mismo. Y como sabes, siempre es un placer ser de utilidad.

Blaze pasó un brazo por la cintura de Fran y la hizo avanzar un paso.

—Querida, permite que te presente a Richard Henderson, un viejo amigo de la familia. Richard, me gustaría que conocieras a Francesca Holt.

—¿Có... cómo está, señor Henderson? —tartamudeó, desconcertada por el querida.

—Richard, por favor, y espero que no te moleste que te llame Francesca.

—Por supuesto —un rostro amable y abierto y una ligera separación entre sus dos dientes delanteros le daban un aire juvenil; le cayó bien en el acto y le devolvió la cálida sonrisa.

Estrechó su mano con un apretón ligero pero firme.

—Es un placer conocerte. Quedé encantado cuando Edward mencionó que iba a ser una fiesta de compromiso. En mi humilde opinión, lleva soltero demasiado tiempo.

—Oh, pero yo no...

—Richard es un abogado muy respetado —interrumpió Blaze con suavidad—, pero su otro gran interés, en el que es un experto reconocido, son las joyas y las piedras preciosas —se volvió hacia el hombre mayor—. Como todos los demás, has venido a disfrutar, pero antes de que lleguen los otros invitados esperaba que pudieras echarle un vistazo al collar de Francesca y me dieras tu opinión.

—Ya comprendo por qué me sugeriste que trajera la lupa —comentó Richard encantado—. Bueno, estoy más que dispuesto a ganarme la cena.

Desde que se mencionaron las palabras joyas y piedras preciosas, Blaze había estado observando a Fran para ver si captaba algún rastro de incomodidad en su rostro, pero lo único que notó fue una mirada de perplejidad.

—¿Por qué no te sientas? —la condujo a un sillón.

En vez de acercarse a la caja fuerte, tal como ella había esperado, Blaze sacó la bolsa de piel del bolsillo y se la entregó al otro. Sorprendida, se preguntó por qué había llevado algo tan

valioso encima.

Richard abrió el cordón y deslizó el refulgente contenido sobre su mano.

—Recuerdo que la última vez que vi estos rubíes fue en la boda de tus padres... —entonces sonó desconcertado—. El número de piedras es el mismo, pero el aspecto es por completo distinto.

—Les hemos puesto un nuevo engaste.

—Una gran mejora, si se me permite decirlo. El nuevo diseño resalta mejor las piedras.

—Yo también pensé eso —convino él.

Ante el gesto del anfitrión, Richard se acomodó la lupa de joyero en un ojo y examinó con atención el collar. Luego lo introdujo en la bolsa, se lo devolvió a Blaze y guardó la lupa en el bolsillo.

—Bueno, debo felicitarte. El trabajo es muy fino, y aunque las joyas no soportarían el escrutinio de un experto, se trata de una copia excelente. Con los avances tecnológicos que hay hoy en día, a todos los efectos engañaría a la mayoría de la gente. Me parece lógico que tu futura esposa luzca este collar y guarde el original en una caja de seguridad del banco.

—Gracias. Es más o menos lo que esperaba que me dijeras —le di una palmada en el hombro y añadió—: Y ahora, si no te importa, es hora de que Francesca y yo nos preparemos para la fiesta... No hace falta que te diga que solicites cualquier cosa que te apetezca y que te sientas como en tu casa —se volvió hacia ella, que permanecía sentada con aturdido silencio, y la ayudó a levantarse—. Ven, querida, debemos ir a cambiarnos.

Sin resistirse, como alguien en un estado de trance, dejó que la escoltara fuera de la estancia.

Cuando llegaron al salón privado de Blaze, arrojó la bolsa de piel con descuido sobre la mesita, y un trozo de collar quedó expuesto.

—No puede ser falso —comentó ella al final con voz ronca—. ¡No puede ser! Debe de haber algún error.

—Oh, claro que ha habido un error —convino Blaze con tono lúgubre—. Y lo cometió Varley. Pero ahora no tenemos tiempo para hablar de ello. Los demás invita dos no tardarán en llegar.

—¿Piensas continuar con la fiesta? —inquirió boquiabierta.

—Es demasiado tarde para cancelarla.

—Pero, ¿cómo vas a...?

—¿A explicar la ausencia de Melinda? No lo haré. No tengo la intención de parecer un completo idiota reconociendo que otro hombre no solo ha robado los rubíes Balantyne, sino a mi novia con ellos.

—Pe... pero pensé que todo esto era para presentar a la señorita Ross a...

—El objetivo de la fiesta era presentar a mi novia... Es una suerte que ninguna de las personas que asistirá esta noche conozca a Melinda... ni siquiera cómo se llama... —tras una pausa significativa, continuó—: De modo que resultará fácil encontrar una novia sustituta...

—¿Pretendes que yo sea...?

—Exacto. Es la única solución. Ya lo había decidido antes de que bajáramos.

—Por eso me llamaste querida —musitó con voz ahogada—. Por eso te comportaste de esa manera. Querías que el señor Henderson creyera...

—Que eras mi prometida —concluyó con sequedad—. Y lo hizo. Richard es uno de los hombres más astutos que conozco, y en ningún momento lo dudó, de modo que no tendremos problemas para convencer a los demás.

Si Blaze no hubiera significado nada para ella, quizá habría sido capaz de seguir adelante. Pero con lo que sentía por él no podía soportar la idea de fingir y recibir los buenos deseos

dirigidos a otra mujer. Le partiría el corazón.

—No —protestó con voz entrecortada—. No lo haré.

—Mi querida Francesca, no tienes otra opción. Estás metida en esto hasta tu hermoso cuello.

—¡No es verdad!. No tenía ni la más mínima idea de que había algo entre Kirk y Melinda. Y si el collar es falso juro que no lo sabía.

—Solo dispongo de tu palabra para eso. Fuiste tú quien lo entregó... De manera que si no quieres terminar en prisión, junto con tu ex amigo, harás exactamente lo que yo diga.

—No —gritó asustada—. No permitiré que me coacciones. No he hecho nada malo...

—Suponiendo que eso fuera verdad, te costará demostrarlo.

—¡Es verdad!

—Poco importa —se encogió de hombros—. Cuando Varleys cierre, como sucederá, necesitarás otro puesto. En cuanto salga en los periódicos que su diseñadora se había visto involucrada en algo como esto... —al ver la expresión de desesperación de ella, añadió—: Exacto. Aunque tu actuación haya sido impecable, algunas cosas no se olvidan. Estarás acabada en el negocio de las joyas.

—Encontraré otra profesión —insistió en resistir—. Ya lo he hecho antes.

—Pero no lo repetirás. De eso me encargaré yo.

—Entonces trabajaré como dependienta o camarera.

—Si te niegas a hacer lo que pido, me ocuparé de que no consigas ningún trabajo. Y si logaras obtener uno, aunque sea en un supermercado, me encargaré de que te despidan.

—¡No puedes hostigarme de esta manera! —susurró consternada.

—¡Te aseguro que sí! —rió—. Cuando quiero, puedo ejercer mucho poder, directa o indirectamente.

—Me sorprende que me consideres merecedora del esfuerzo —comentó con amargura.

—Mi lema siempre ha sido, no te enfurezcas, véngate. No permito que nadie me tome el pelo y no pague las consecuencias.

—Pero yo no he tenido nada que ver en el asunto.

—Estoy seguro de que así es, pero has desempeñado tu parte. Aunque fuera sin saberlo, viniste aquí y me demoraste el tiempo suficiente para que Varley tuviera la oportunidad de aprovechar su ventaja. Me lo debes, Francesca, y harás lo que quiero que hagas. Desde luego, depende de ti el grado de convicción que transmitas. Pero a menos que quieras responder ante mí luego, te sugiero que intentes que sea creíble. Al menos mientras haya otras personas presentes... Y hablando de eso, nuestros invitados llegarán en unos tres cuartos de hora, ¿qué te parece si empiezas a prepararte?

—No tengo nada elegante que ponerme. Solo he traído un vestido sencillo de cóctel.

—Póntelo —ordenó. Luego frunció el ceño—. ¿De qué color es?

—Negro —recordó con maliciosa satisfacción que ese color no le gustaba.

—Servirá —repuso.

—Me temo que cuando decidí marcharme, guardé las cosas deprisa, de modo que estará arrugado.

—Entonces ponte algo de Melinda. Tenéis aproximadamente la misma talla, y al menos tiene buen gusto. Hay un guardarropa lleno de vestidos, la mayoría de los cuales jamás se ha puesto.

—¡Jamás soñaría con ponerme la ropa de otra mujer! —exclamó con la barbilla alzada.

Con los labios apretados, él se adelantó y le tomó el mentón entre los dedos.

—Si no estás lista en treinta minutos —advirtió con voz suave—, vendré a vestirme yo mismo —la soltó con brusquedad y se marchó.

Con un esfuerzo, mantuvo la serenidad. Los segundos volaban y, si no estaba lista a tiempo, sabía que Blaze era capaz de cumplir su amenaza.

Se mordió el labio, entró en el dormitorio de Melinda y abrió la maleta que había dejado allí.

Tal como había conjeturado, el vestido negro era imposible de lucir. Se dirigió al guardarropa y contempló la hilera de vestidos de noche y zapatos haciendo juego.

Notó que entre ellos no había ninguno negro. La mayoría era de colores fuertes, vibrantes... azul, verde, rojo... Una inspección más detenida le mostró que muchos tenían grandes escotes, y varios eran semitransparentes.

Quizá debido a su educación y a su desagrado a llamar la atención no era capaz de verse con una de esas creaciones atrevidas.

Justo al final de todo, como si Melinda hubiera lamentado haberlo elegido, había un vestido hasta los tobillos de un color gris humo.

Relativamente recatado, parecía ser de su talla. La etiqueta que aún colgaba de él confirmaba que jamás había sido usado.

Notó que los zapatos a juego eran un número más grande. Pero sus propios zapatos grises de noche irían a la perfección con él. Decidida, lo sacó, le quitó el envoltorio y lo depositó sobre la cama.

Esperó que Blaze aprobara su elección.

En los últimos minutos, su resentimiento se había evaporado. Una honestidad profundamente arraigada en su interior reconocía que la furia de él estaba justificada.

Si el collar era una copia, y costaba creer que Richard Henderson se hubiera equivocado, a Blaze le habían robado una valiosa herencia familiar, junto con la mujer con la que pensaba casarse.

Todos sus planes cuidadosos se habían arruinado y había quedado en el tipo de situación que podía hacer que un hombre pareciera tonto.

Pero ya era tarde para que ella pudiera hacer algo al respecto. Lo único que cabía esperar era compensárselo de algún modo. De forma que si se veía obligada a representar esa dolorosa charada por el bien de los dos, se esforzaría al máximo para desempeñarla de la mejor manera que pudiera.

Después de darse una ducha rápida, se puso la ropa interior más bonita que tenía y sus mejores medias de seda, antes de recogerse el pelo con cuidado y pintarse con delicadeza.

Cuando estuvo lista, se puso el vestido y se subió la cremallera oculta. De inmediato dos cosas quedaron claras. El vestido le encajaba a la perfección y bajo ningún concepto era tan recatado como había creído en un principio.

Se situó delante del espejo y quedó boquiabierta ante la visión que obtuvo. Nunca en su vida había tenido un aspecto semejante.

La sección del busto tenía un diseño para revelar con astucia la tentadora curva de sus pechos y el valle que había entre ellos, y al moverse las capas tenues de tela se separaron para mostrar que a la izquierda el vestido exhibía una raja hasta el muslo.

Aún seguía perpleja cuando se oyó una llamada imperativa y la puerta se abrió.

El reflejo de Blaze apareció detrás de ella en el espejo. Recién afeitado y bien peinado, estaba extremadamente atractivo e inmaculado con su esmoquin.

Durante largo rato se quedó inmóvil. Luego le hizo dar la vuelta y la contempló fijamente con una expresión que la hizo tartamudear.

—¿Ser... servirá? —preguntó de forma superflua.

—Estás arrebatadora —musitó—. El color es perfecto para esto —al hablar sacó el collar.

Ella lo observó con súbito desagrado.

—Todo el mundo que conozca la historia de la familia Balantyne esperará que lo luzcas —explicó al leer su expresión—. Seamos sinceros, ya lo has llevado, de modo que no veo cuál es el problema... A menos que te moleste lucir algo que ha resultado ser una copia.

—No es eso... Es... Es que me siento... —incapaz de exponer con palabras lo que sentía, realizó un gesto de sumisión y alargó la mano hacia el collar.

—Quédate quieta; yo te lo pondré —lo pasó en tomo al esbelto cuello y aseguró el broche—. Es una pena que no tengamos el verdadero para que lo luzcas —añadió—, aunque sospecho que los rubíes no son tus piedras preciosas. Necesitas las gemas más sutiles, como los ópalos y las adularias... Hablando de las cuales... —extrajo un pequeño estuche de piel del bolsillo y sacó un raro y hermoso anillo de adularias—. Una fiesta de compromiso requiere un anillo de compromiso. Este perteneció a mi abuela paterna. Creo que es de tu talla.

Era uno de los anillos más hermosos que jamás había visto Fran, y próxima a las lágrimas, pensó: «Si tan solo fuera algo real».

—¿No te gusta? —preguntó él, observándola.

—Sí —contradijo con voz ronca—. Es precioso.

—Entonces, ¿por qué pareces tan desdichada? —antes de que ella pudiera pensar en una respuesta, agregó enfadado—: Lo siento. Soy un insensible estúpido. Claro que eres desdichada. Es posible que Varley haya huido con mi novia, pero Melinda ha huido con el tuyo. Y en este momento seguro que consideras tu pérdida mayor que la mía. Yo solo me estaba comprando una esposa adecuada, mientras que tú amabas a Varley.

—¿No deberíamos bajar? —fue lo primero que se le ocurrió comentar—. Me... me refiero a que tus invitados llegarán en cualquier momento.

—Nuestros invitados —corrigió—. Y por supuesto tienes razón... Pero creo que deberíamos sacar tiempo para una cosa más —la atrapó entre sus brazos y dijo con tono burlón a medias—. Menos mal que no llevas carmín —y la besó.

Incapaz de evitarlo, los labios de ella se separaron ante la seductora demanda de los suyos, y sin pensar en la charada ni en el fingimiento, se fundió contra él mientras la besaba como si fuera la única mujer a la que siempre había deseado.

Tras un prolongado momento, Blaze alzó la cabeza y le sonrió.

—Eso está mucho mejor —manifestó con abierta satisfacción—. Ahora se te ve acalorada y radiante, como una novia que acaba de recibir el beso de su vida.

Ella se preguntó si la había besado por eso, para que no pareciera triste delante de sus amigos y colegas.

Le pasó un dedo por la mejilla y le preguntó:

—¿Lista?

Fran asintió.

Blaze le pasó el brazo por la cintura y bajaron las escaleras en el momento en que Richard Henderson aparecía en el vestíbulo.

Se les acercó y al ver los moretones que tenía ella en el brazo, preguntó con humor:

—¿Es que Edward ya ha empezado a pegarte?

—Un leve accidente que tuve de camino hacia acá —meneó la cabeza, con una ligera sonrisa—. De haber sido posible, tendría que haberme puesto un vestido de manga larga.

—Hablando por mí, me alegro de que no lo fuera —mirando con aprecio el vestido, añadió—: Con solo verte vuelvo a sentirme joven.

—¿No te parece demasiado atrevido?

—Desde luego que no. ¡Estás hermosa! Pero será mejor que no os retenga... Veo que ya llegan más invitados.

Entre los primeros figuraba lady Melford, una viuda de ojos penetrantes que se describió a sí misma como «Casi una vecina, y una de las amigas más antiguas de la familia».

Una vez realizada la presentación, la dama le preguntó a Fran:

—¿Hace cuánto que os conocéis Edward y tú, querida?

Sin saber qué responder, miró a Blaze en busca de guía.

—Aproximadamente tres años —repuso él con suavidad y absoluta sinceridad.

—Entonces, ¿por qué lo has guardado en secreto todo este tiempo?

—Francesca ha... hmm... cedido a mis demandas hace muy poco.

—Muy sensata, querida —lady Melford se dirigió a Fran—. Desapruebo con firmeza a esas mujeres jóvenes que están dispuestas a saltar a la cama de un hombre a las pocas horas de conocerlo.

—Francesca jamás habría hecho algo así —miró a Fran con ojos irónicos—, ¿verdad, querida?

Al notar el rubor de la joven, lady Melford dijo:

—Perdóname, querida, si con mis palabras directas te he abochornado.

—Desde luego que no —meneó la cabeza y sonrió con leve inseguridad.

—Has elegido bien, Edward —lady Melford pronunció su veredicto—. Tantos hombres jóvenes terminan en la actualidad con esposas tan duras como clavos. Es refrescante ver a una novia obviamente enamorada y aún capaz de ruborizarse... Estoy segura de que ambos seréis muy felices. Ah, veo que Richard ya ha llegado. He de ir a saludarlo mientras vosotros recibís a más invitados...

Fran suspiró aliviada cuando la imponente viuda de pelo cano los dejó para dirigirse hacia Richard Henderson.

—Has pasado con notable —susurró Blaze a su oído—. No es fácil ganarse la aprobación de lady Melford... Ah, aquí está sir Humphrey Waldon, y su esposa Judith... Creo que te caerán bien...

—Estoy segura —afirmó.

A lo largo de la velada, mientras se servía un excelente bufé y el champán corría libremente, circularon entre grupos de personas que era evidente que se divertían y disfrutaban de la fiesta.

Aparte de uno o dos momentos en que tuvo que cruzar el salón para hablar con Mortimer, que vigilaba la correcta marcha de todo, Blaze jamás la dejó.

Dio la buena impresión de ser un anfitrión relajado despreocupado, cuya única preocupación, aparte de presentar a su novia, era velar por la comodidad de sus invitados.

Por su parte, haciendo posiblemente el mayor esfuerzo de su vida, Fran conversó y sonrió y recibió todos los buenos deseos con gracia y encanto.

De vez en cuando, en su papel de novio, Blaze le sonreía y le apretaba la mano.

Al dar las doce de la noche se sentía agotada, y para sumarse a su incomodidad, el tobillo había empezado a protestar debido a los tacones altos que llevaba.

Pero con una sonrisa clavada en el rostro, permaneció al lado de Blaze hasta que la última pareja estuvo dispuesta a despedirse. En cuanto se quedaron solos, se apoyó sobre su tobillo palpitante e hizo una mueca.

—¿Te duele el tobillo?

—Un poco —confesó.

Mortimer y un par de criados aparecieron para ocuparse del resto de la fiesta.

Blaze los despidió con un gesto de la mano.

—Por el amor del cielo, puede esperar hasta mañana. Todos habéis tenido un día muy largo. Os sugiero que os vayáis a dormir.

—Gracias, señor —el mayordomo carraspeó, y entonces, continuó—: Con su permiso, en mi nombre y en el del resto del personal, desearía felicitarlos con todo respeto y desearle la máxima felicidad futura a usted y a su novia.

—Gracias, Mortimer.

—La chimenea de su salón ha sido encendida —añadió el mayordomo con una inclinación de cabeza—, y hay un termo con chocolate caliente. ¿Deseará algo más, señor?

—No, nada, gracias. Buenas noches, Mortimer.

—Buenas noches, señor —hizo otra inclinación—. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Mortimer.

En todo momento, el rostro del mayordomo había permanecido impassible, pero por primera vez a Fran se le ocurrió preguntarse qué pensarían los demás criados y él del súbito cambio de novia.

Cuando la figura ataviada de negro se alejaba, Blaze comentó en voz baja, leyéndole otra vez la mente:

—Dudo que algo pueda sorprender a Mortimer... Y si lo hiciera, jamás lo dejaría entrever —entonces se inclinó, la alzó en brazos y se dirigió hacia las escaleras—. Será mejor que salvemos ese tobillo. Mañana querrás ser capaz de apoyarte en él.

Capítulo 7

Recordando con absoluta claridad lo sucedido la noche anterior, Fran sintió que se le tensaban todos los nervios del cuerpo y comenzaba a temblar.

—¿Tienes frío? —preguntó él al sentir el movimiento involuntario.

—No —hasta la voz le temblaba.

—¿Qué es lo que te molesta? —la miró—. No, no me lo digas, permite que lo adivine. ¿Temes una repetición de la noche anterior? —su silencio fue suficiente respuesta—. Bueno, no es necesario que te preocupes —aseguró—. No tengo intención de permitir que vuelva a repetirse lo mismo.

Si se refería a que la iba a depositar ante la puerta de su dormitorio y a irse, no había nada de qué preocuparse.

Sin embargo, al llegar a lo alto de las escaleras, él se dirigió hacia la larga galería.

—¿Adónde me llevas?

—De vuelta a mi suite.

—¿Por qué? —inquirió alarmada.

—¿No has oído a Mortimer decir que había chocolate caliente y un estupendo fuego ardiendo en la chimenea?

De pronto ella comprendió que todo eso había sido planeado.

—¿Diste órdenes de...? —acusó.

—Primero —no intentó negarlo—, esta noche apenas has comido. Segundo, he pensado que a los dos nos vendría bien relajarnos unos minutos antes de irnos a la cama.

—Oh, pero yo...

—Además, si lo recuerdas, dejaste tu maleta allí.

Todo sonaba muy lógico, pero un sexto sentido le indicaba que había peligro. Si la besaba una vez, si la tocaba, como había hecho la noche anterior...

La suite estaba muy acogedora; con su luz difusa y el fuego en la chimenea.

Cerró la puerta con el hombro y la depositó en el sofá con la espalda apoyada sobre unos cojines, luego le quitó los zapatos.

—¿Lista para tomar un poco de chocolate?

—Por favor.

Destapó el termo y vertió el líquido cremoso en dos tazas. Le pasó una y le advirtió:

—Ten cuidado, está caliente.

Sosteniéndola con ambas manos, Fran bebió un sorbo. Estaba delicioso.

—Hmm... qué rico —murmuró.

Blaze se sentó en el sofá junto a sus piernas. En respuesta al movimiento involuntario que hizo ella para dejarle sitio, él comentó:

—Espero no incomodarte.

Perturbado por el movimiento, el material de la falda del vestido se separó.

Antes de que Fran pudiera alargar el brazo para cerrarlo, Blaze se volvió a medias y, después de admirar la extensión de muslo enfundado en las medias de seda, con la mano libre le colocó con cuidado el vestido.

—Gracias —musitó ella con voz estrangulada.

—Siempre dispuesto a servirte —se mofó. Ella no pudo evitar esbozar una leve sonrisa—. Eso está mejor. Temía que hubieras perdido tu sentido del humor.

—Últimamente he tenido poco por que reír.

—Es cierto, los últimos días no han sido muy divertidos.

El destino le había asestado tantos golpes que empezaba a sentirse verdaderamente apaleada...

Sin saber si por falta de concentración o por simple agotamiento, la taza que sostenía se ladeó y vertió el resto del chocolate en la parte frontal del vestido y en su regazo.

Soltó un grito de horror.

—¿Te has quemado? —inquirió Blaze, incorporándose de un salto.

—No. No. ¡Pero el vestido...!

Al quitarle la taza vacía de las manos y dejarla en la bandeja junto a la suya, ella se levantó y se dirigió hacia el cuarto de Melinda.

—No te preocupes por el vestido.

Bajó la cremallera y se lo quitó lo más rápidamente posible. Luego fue al cuarto de baño y comenzó a limpiar con cuidado la peor parte de las manchas.

Cuando lo limpió lo mejor que pudo, lo colgó de la percha y pensó qué hacer a continuación.

Decidió que, ya que su maleta se hallaba ahí, lo más sensato sería darse una ducha, cepillarse los dientes y ponerse el camión. De ese modo, en cuanto llegara a su dormitorio, podría meterse en la cama.

Un vistazo al espejo le reveló que aún llevaba el collar. Se lo quitó y lo dejó con el anillo de Blaze con cuidado en la cómoda antes de regresar al cuarto de baño para quitarse la ropa interior y meterse bajo la ducha.

Unos cinco minutos más tarde, con el pelo suelto sobre los hombros y aún un poco húmedo, se puso un camión de satén de color marfil y una bata, que sujetó bien con el cinturón. Luego guardó todo en la maleta. La cerró y con ella en una mano y el collar y el anillo en la otra, regresó al salón.

Blaze, que se hallaba con la espalda hacia el fuego, se le acercó.

—Has salido justo a tiempo. Treinta segundos más y habría ido a buscarte —observó la maleta y preguntó—: ¿Vas a alguna parte?

—He hecho lo que he podido con el vestido... —soslayó su comentario y le entregó el collar y el anillo.

El guardó el anillo en el bolsillo, arrojó el collar con descuido sobre el escritorio y, quitándole la maleta, la dejó junto a la pared antes de llevarla otra vez junto a la chimenea.

Sin saber cómo había llegado hasta allí, Fran se encontró otra vez tendida en el sofá con Blaze sentado su lado.

—Solo espero que no se haya estropeado —añadió con ansiedad.

—El vestido carece de importancia —afirmó—, aparte del hecho de que estabas sensacional con él —cuando ella se ruborizó de placer, él continuó con más seriedad—: Esta noche me sentí orgulloso de ti. Desempeñaste tu papel de novia a la perfección... Lo cual me recuerda... —sacó el anillo del bolsillo, volvió a ponérselo en el dedo y se lo llevó a los labios—. Las adularias, como los ópalos, deben llevarse en todo momento, incluso en la cama. ¿Ves cómo brillan estas? Se apagan si se quitan y las luce la persona equivocada —las palabras románticas y su gesto le derritieron el corazón, a pesar de que un sentido de autoconservación le advirtió de que eso era peligroso. Observando su rostro, Blaze murmuró—: Y hablando de la cama, es hora de que te acuestes. Ha sido una velada agotadora y pareces extenuada.

—Anoche no dormí muy bien —confesó ella.

—Tampoco yo —con ese comentario la sorprendió—. Pero con algo de suerte esta noche podremos remediarlo —enarcó una ceja—. ¿No pareces muy optimista?

No lo era. A pesar de hallarse agotada, tenía tantas cosas en la cabeza que no veía cómo podría dormir bien.

—Hay tantas cosas sin resolver... —indicó con impotencia—, tantas cosas para las que no ha habido tiempo de pensar, menos aún de hablar. ¿Supón que nos equivocamos al suponer que Melinda y Kirk han huido juntos? Quizá exista otra explicación.

—Lo dudo mucho.

—Y si el collar es de verdad una falsificación...

—De momento no hay nada que podamos hacer —interrumpió con decisión—. De modo que no le veo sentido a permanecer despiertos y preocuparnos por ello.

—Creo que no puedo evitarlo.

—Bueno, estoy seguro de que yo puedo distraer tus pensamientos —se inclinó sobre ella sin apartar la vista de su boca.

—¡No! —demasiado tarde comprendió el peligro—. Por favor, Blaze, no...

Pero las manos de él le enmarcaron la cara, la alzó y con su boca reclamó la suya.

El beso fue leve, casi experimental, buscando una reacción que, con los labios apretados, ella luchó por negarle. Con la punta de la lengua le rozó los labios, instándolos a abrirse para encontrar la piel suave y sensible del interior al tiempo que le provocaba un escalofrío.

Una mano se posó en su nuca mientras la otra le acariciaba la curva de su pecho.

El cuerpo anhelante de Fran ya ansiaba su contacto y en unos momentos su necesidad ahogaría su sentido común y entonces estaría perdida...

De algún modo, logró liberar la boca y respirar con un jadeo.

—Dijiste que no tenías intención de besarme.

—Dije que no tenía intención de dejar que esta noche sucediera lo mismo de anoche.

—Pero esto es lo que pasó anoche.

—No. Ayer ambos dormimos solos... o, más bien, no dormimos. Una ducha fría tuvo poco efecto en mí. Y no pienso darme otra. Esta noche pretendo darme una ducha caliente e irme a la cama con mi novia.

—¡No! —exclamó con pánico—. Hasta ahora he hecho lo que me has pedido. He ocupado el puesto de Melinda en la fiesta. Pero no tengo intención de ocupar su puesto en tu cama. No seré una sustituta...

—¿Quién ha hablado de una sustituta? —cortó con frialdad—. En cualquier caso, tú serás cualquier cosa que yo quiero que seas. Como señalé antes de la fiesta, estás en deuda...

—No me obligues a dormir contigo —suplicó.

—Sabes tan bien como yo que no habrá necesidad de forzarte. Sexualmente entre nosotros siempre han saltado chispas. Anoche, cuando ambos nos hallábamos comprometidos, habrías dejado que sucediera. Querías que sucediera. Esta noche ambos estamos libres, entonces, ¿cuál es el problema?

El problema era que, al amarlo como lo amaba, no podía soportar la idea de sentirse utilizada... Como mínimo quería que él la deseara...

Pero no podía decírselo.

—Jamás me he entregado a aventuras de una noche...

—Lo hiciste una vez —recordó él con crueldad.

—Y con un error me basta.

—¿De manera que lo consideras un error? —su rostro se puso sombrío.

—¿De qué otra forma podría verlo?

—Comprendo. Y no quieres cometer el mismo error dos veces, ¿verdad? Bueno, es una pena... —se levantó y con un movimiento veloz la alzó en vilo—. Tendré que ocuparme de que sea un error del que disfrutes...

El dormitorio de él tenía paredes blancas y suelo de madera de roble. Exhibía un mobiliario sencillo, aparte de una magnífica cama con dosel.

La depositó sobre ella y fue a cerrar la puerta con llave.

—¿Qué haces? —jadeó Fran.

—Cerciorarme de que no huyas mientras me ducho.

—Odio la idea de verme encerrada —protestó.

—En ese caso dispones de dos elecciones. O vienes al cuarto de baño conmigo...

—Bajo ningún concepto.

—O me das tu palabra de que te quedarás donde estás —al ver que se mordía los labios y guardaba silencio, agregó—: Lo que pensaba —se guardó la llave en el bolsillo y prometió—: No te mantendré esperando mucho tiempo.

Fran observó cómo se cerraba la puerta del cuarto de baño con emociones encontradas... miedo y anhelo, ira y expectación...

No podía negar que lo deseaba. Pero así como sabía que hacer el amor aquella noche sería más dulce que el vino, al día siguiente el conocimiento de que solo había sido una sustituta de Melinda sería muy amargo.

Sin embargo, si él estaba decidido a tomarla, tendría poca elección en la cuestión. No intentaría forzarla, de eso estaba segura, Pero como él mismo había señalado, no le haría falta...

Su cuerpo era más de Blaze que suyo propio, y aunque su mente y su voluntad ofrecerían una resistencia simbólica, no tardarían en rendirse.

Se sobresaltó al ver que la puerta del cuarto de baño se abría.

Cuando Blaze salió, sintió que el corazón le daba un vuelco. Ya lo había visto desnudo antes, pero casi había olvidado lo hermoso que era.

Poseía fuerza y armonía, hombros anchos, cintura estrecha y piernas largas y rectas.

Aunque era un hombre alto y poderoso, se movía con una gracia casi felina; contuvo el aliento al contemplarlo atravesar la habitación.

Se sentó en el borde de la cama.

—Preferiría que no dieras la impresión de que me temes —dijo bruscamente—. Sé que deseas esto tanto como yo.

—Una parte de mí, sí —reconoció—. Pero odio la idea de ser un reemplazo de Melinda.

—Te puedo asegurar que no eres y que nunca serás un reemplazo de nadie. Da la casualidad de que a quien deseo es a ti.

—¿No se debe a que soy la única mujer que hay aquí? —preguntó con tono desafiante.

—No —negó con sequedad a la vez que se levantaba—. Si no me crees, puedes marcharte ahora mismo. Descubrirás que la puerta no está cerrada. Fue un simulacro.

Ella se dirigió hacia la puerta e hizo girar el picaporte. Abrió sin problemas, lo cual confirmó la veracidad de su afirmación. No había nada que le impidiera irse, pero, ¿quería hacerlo?

El sentido común se desvaneció. Una noche de felicidad con el único hombre al que había amado solo haría que su futuro pareciera más gris y vacío.

Pero, de todos modos, sería gris y vacío, entonces, ¿por qué no tener algo maravilloso que recordar? No dudaba de que sería maravilloso...

—¿Has decidido quedarte? —murmuró él.

—Te ofreciste a quitarme los problemas de la cabeza, y esa parece una opción mejor que estar despierta toda la noche preocupándome.

—Eso me sitúa en la misma categoría que ver la televisión toda la noche o leer un libro —hizo una mueca—. Ven aquí... —ella obedeció y él le alzó la cara—. Lo menos que puedes hacer es darme un beso para mitigar mis sentimientos heridos.

—Bueno, si únicamente quieres un beso... —dijo con la máxima insolencia que pudo, mientras el corazón quería salirse del pecho.

—Querré mucho más que eso, pero para empezar bastará...

Mientras la besaba, sus lenguas se encontraron y ella experimentó descargas de deseo por el cuerpo.

La mano libre de Blaze se introdujo bajo su bata y los dedos cálidos acariciaron las suaves curvas hasta que sintió la respuesta de ella a través del fino satén del camisón. Le desabrochó el cinturón.

Besando y mordisqueando su mandíbula y su cuello, le bajó las tiras del camisón por los hombros. Un segundo más tarde se deslizó por su cuerpo hasta caer alrededor de sus pies.

La sensación exquisita que le provocaba la mareó, como si todo el mundo oscilara y, con un murmullo incoherente, se aferró a él.

La alzó en brazos y la llevó a la cama para continuar allí su acometida sensual.

El súbito pensamiento de que Melinda había compartido esa cama irrumpió en la felicidad de Fran, haciendo que se sintiera poco cómoda.

Tendido a su lado bajo el ligero edredón, con los cuerpos desnudos rozándose, Blaze exploraba la curva seductora de su pecho cuando algo en su inmovilidad hizo que se detuviera.

Estudió su rostro atribulado y preguntó con su habitual percepción:

—¿Qué te molesta?

—Nada —musitó.

—No me mientas. Sé que te molesta algo. Siento la tensión. ¿Dime de qué se trata? —al verla titubear, dijo—: No te preocupes, creo que lo sé. ¿Te estás preguntando si Melinda ha dormido alguna vez en esta cama?

—Sí —admitió.

—Bueno, si hace que te sientas mejor, no lo hizo. Era yo quien siempre iba a su habitación. Y como no me gusta hacerle el amor a una mujer cuya mente está en otras cosas, si me prestas tu plena atención...

—Me encantará.

—En ese caso, creo que puedo prometerte que disfrutarás. Como llevas tres años sin estar en mi cama, y necesito compensar ese tiempo, pretendo... —le susurró sus intenciones al oído.

Mientras Fran escuchaba, un núcleo líquido de calor se formó en la boca de su estómago y los pezones la traicionaron al ponerse firmes.

Cuando la boca de él encontró la prueba de su excitación, emitió un breve susurro de satisfacción y procedió a provocarle temblores de éxtasis por todo el cuerpo.

Un amanecer en parte gris se filtraba en la habitación cuando Fran abrió los ojos. Blaze yacía a su lado, con una mano sobre la cabeza en una actitud de abandono.

Con la mente embotada por el sueño y el placer, recordó que su promesa de gozo había sido más que satisfecha, y se le contrajo el estómago al pensar en su acto de amor apasionado e

inventivo. Después, absolutamente saciada y demasiado exhausta como para pensar en algo, había dormido como un bebé en sus brazos.

Se apoyó en un codo y lo contempló, empapándose de la visión de su querido rostro, memorizando ese momento para cuando se hubiera marchado y no le quedaran más que recuerdos para darse calor.

Como si su escrutinio hubiera perturbado su sueño, Blaze se movió. Sin abrir los ojos tanteó en busca de ella y, situándola sobre él, murmuró:

—¿Hmm?

—Hmm—fue la respuesta de Fran.

Abrió los ojos y le sonrió, Luego, con un movimiento súbito para el que ella no estaba preparada, invirtió sus posiciones, inclinó la cabeza y la besó.

—Es estupendo, porque planeo repetirlo.

Cuando despertó por segunda vez, se encontraba sola en la enorme cama y no se oía ni un sonido. Un vistazo al reloj le mostró que era la una y media.

Pensó que empezaba a ser un hábito quedarse dormida por la mañana.

No importaba lo que Blaze la había dicho sobre que la deseaba, a la fría luz del día quedó convencida de que casi cualquier mujer habría servido para ocupar el lugar de Melinda.

Si le importara algo...

Debía marcharse de Balantyne Hall en cuanto fuera posible...

Alargó la mano hacia la bata, que junto con el camisón se hallaban sobre una silla, y se la puso; al ver que el cuarto de baño se encontraba vacío, se dirigió al salón.

También estaba vacío, pero habían descorrido las cortinas y un fuego ardía en la chimenea para combatir el frío de la tormenta de ese día de septiembre.

Sobre la mesa, donde Blaze había dejado el collar, había una nota con su caligrafía: *Me he tenido que ir a la ciudad. Espero volver a tiempo para comer*, y al final, una advertencia: *Ni se te ocurra la idea de irte*.

La maleta seguía donde la había dejado; la recogió y la llevó al cuarto de baño.

Después de cepillarse los dientes y quitarse la bata, se sacó el anillo de Blaze del dedo y lo depositó con cuidado en uno de los tocadores antes de entrar en la ducha.

Después de secarse y vestirse, volvió a ponerse el anillo, como si fuera lo más natural del mundo.

Mientras se peinaba, a su cabeza regresaron todas las preocupaciones.

¿Cómo podía ser una falsificación el collar? ¿De verdad Melinda y Kirk habían huido juntos?

Parecía increíble...

Se estaba recogiendo el pelo en un moño cuando oyó que la puerta del dormitorio se abría, y la voz de Blaze.

—¿Francesca?

Se estaba colocando los últimos alfileres cuando la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y Blaze apareció en el umbral, con aspecto enfadado y alarmado.

Durante una fracción de segundo, su rostro registro alivio al verla allí, pero en el acto volvió a ocultar su expresión. Luego, con voz impersonal y fría, le informó:

—He pedido que nos subieran el almuerzo, de modo que en cuanto estés lista...

—Saldré en un minuto.

Al aparecer en el salón lo vio sentado ante la chimenea. En la mesita había una bandeja con comida.

Al sentarse en el sillón de enfrente, él comentó:

—Debes de tener hambre, de modo que te sugiero que comas mientras aún está caliente. ¿Quieres empezar con un poco de sopa?

Meneó la cabeza y, después de aceptar un poco de quiche y de ensalada, recogió el tenedor y el cuchillo. Al alzar la vista, vio que él tenía los ojos clavados en el anillo.

—Me complace ver que todavía lo llevas —respondió a su incertidumbre.

En cuanto terminaron de beber el café, se volvió hacia Blaze y preguntó con ansiedad:

—¿Hay alguna noticia?

—Más que noticia se trata de una confirmación. Y para ti no es buena.

—Entonces será mejor que me cuentes lo peor.

El se reclinó en el sillón y extendió las piernas.

—Aunque estaba convencido de que Richard no podía haberse equivocado con el collar, lo primero que hice al llegar esta mañana a la ciudad fue realizar una visita a Al Cockburn, mi asesor de seguros.

—¿Y se trata de una falsificación?

—Sin ninguna duda.

A pesar del hecho de que no había albergado muchas esperanzas, Fran sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago.

—No lo sabía —musitó—. De verdad que no lo sabía.

—Te creo. Observaba tu cara mientras Richard lo inspeccionaba. No había rastro de culpa en ella, y sé que la habrías reflejado de haberlo sabido.

—Aún me cuesta aceptarlo —respiró hondo—. Quiero decir... no me parece posible. William Bailey es el hombre más honesto que jamás he conocido. El jamás habría participado en ello.

—¿Y si lo desconocía?

Aunque lo último que deseaba era implicar a William, la honestidad hizo que Fran sacudiera la cabeza.

—Es un orfebre que lleva cuarenta años tratando con piedras preciosas, tendría que haberse dado cuenta si le hubieran dado rubíes falsos para engastar —calló y luego expresó un pensamiento que se le había ocurrido la noche anterior—. Tú debiste adivinar que era una falsificación, de lo contrario no le habrías pedido a Richard Henderson su opinión.

—Aunque desconfié de todo desde el principio, Varley podía haber dispuesto de algo más de tiempo si yo no hubiera recibido una pista directa. ¿Recuerdas la llamada de teléfono durante la cena del viernes por la noche? Bueno, el informador anónimo sugirió que las piedras habían sido falsificadas. Cuando le pregunté por qué se tomaba la molestia de advertírmelo, repuso:

«Porque le debo una a ese bas... a Varley. Me robó a mi esposa». Ayer por la mañana fui a la ciudad con la intención de que analizaran el collar... Pero Cockburn no estaba y no quise perder tiempo. En ese momento, pensé en Richard. El resto siguió un desarrollo lógico. En cuanto supe que había una alta probabilidad de que el collar fuera falso, y al ver que ni Melinda ni Varley habían aparecido por aquí, comencé a encajar las piezas.

»Desde el principio me di cuenta de que a Melinda no le agradaban algunas de las cláusulas de nuestro contrato matrimonial, pero antes de perder la oportunidad de ser la esposa de un hombre rico, las aceptó... Tú dijiste que permanecerías junto a Varley aunque no tuviera un centavo, pero Melinda no es así. Le importa el dinero. Siempre supe que, si lo perdía todo, probablemente también ella se iría. Sin embargo, en este momento soy lo bastante rico como para proporcionarle todo lo que quiere, de modo que no podía entender que abandonara todo eso por estar con un hombre al que, sin importar cuánto pudiera desear, se hallaba al borde de la bancarrota.

«Pero un hombre en posesión de rubíes que valen millones era una propuesta diferente».

—¿Entonces crees que Melinda estaba al corriente de que eran falsos? —susurró ella.

—Desde luego.

—¿Crees que lo planearon juntos?

—Exacto. A su propia manera, Melinda es tan poco escrupulosa como Varley...

«Sí, eso me lo puedo creer», pensó Fran.

—Y como a ninguno le agradaba la idea de ser pobres —continuó Blaze—, decidieron hacer algo al respecto.

—Entonces, ¿estás absolutamente seguro de que se han ido juntos? —preguntó con voz insegura.

—Me temo que sí.

Dominada por una súbita alegría, Fran sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Al menos en ese momento él dispondría de la oportunidad de encontrar a otra mujer que le diera los hijos que deseaba... Al notar los ojos de Blaze clavados en ella, apartó la vista, tratando de no parpadear. A pesar de todos sus esfuerzos, las lágrimas le cayeron por las mejillas, dejando un rastro de brillante humedad.

—¡Maldito Varley! —exclamó Blaze con asperea. Se puso de pie, la abrazó y murmuró—: No llores... No llores...

La preocupación que él mostró la desarmó y ya no pudo contenerse más.

Apoyando la cabeza de ella contra su pecho, la sostuvo hasta que los sollozos se apagaron.

Recuperado el control y avergonzada por su muestra de debilidad, alzó la cabeza dispuesta a dejar la comodidad de sus brazos.

Él le secó las lágrimas con los dedos pulgares antes de dejar que volviera a sentarse en el sillón.

—Sé que piensas que lo amas, pero, créeme, no merece la pena que llores por él. Tarde o temprano tendrás que enfrentarte al hecho de que no es una buena persona. Desde el principio supe que tramaba algo y durante un tiempo pensé que tú podrías ser su cómplice. Ahora me complace saber que Varley solo te usaba, y de forma despiadada —cuando ella abrió la boca para protestar, agregó con firmeza—: No, no se trata de una conjetura. Lo sé en con total seguridad.

Capítulo 8

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Empieza desde el principio y analízalo tú misma —extendió las manos—. Viste a Melinda y a Varley juntos. ¿Cómo se llevaron?

—Muy bien —reconoció—. Kirk se mostró encantador, y ella le respondió, pero supuse...

—¿Qué se trataba de una buena relación de negocios?

—Sí.

—Es evidente que era mucho más. Mi conjetura es que desde el principio se produjo una atracción instantánea y poderosa entre ambos. Yo me encontraba en los Estados Unidos, de modo que empezaron a verse... lo cual explicaría por qué ella se quedó tanto tiempo en Manchester. Yo mismo me lo pregunté...

«Entonces uno u otro debió tener la brillante idea de robar los rubíes, y comenzaron a planear el mejor modo de hacerlo sin que lo averiguaran. Lo primero habría sido fabricar un juego falso de piedras. Y como tú misma señalaste, William Bailey, a quien considero un hombre honesto, sería el único en detectarlo. Para superar ese problema decidieron fabricar dos engastes para las piedras».

—¿Dos?

—Era lo único que tenía sentido. Llamé a William Bailey esta mañana y me confirmó que había creado dos engastes idénticos de oro. En cuanto le dieron el diseño y las dimensiones, fabricó uno de muestra, por decirlo de una manera, que le fue entregado a Melinda para que lo aprobara. Se le informó que la señorita Ross se había mostrado muy contenta con él, pero que quería quedárselo para enseñármelo a mí. Por lo tanto, siguiendo instrucciones de Varley, fabricó un segundo, en el que engastó los rubíes de verdad.

»Mientras tanto, las piedras falsas se engastaron en el primer diseño, probablemente un trabajo realizado por uno de los dudosos amigos de Varley, de manera que lo único que quedaba era realizar el cambio de último minuto. Tú misma me contaste que antes de que Varley se «fuera a Amsterdam» había guardado en persona el collar en la caja fuerte. Al día siguiente, justo antes de que llegara tu taxi para llevarte al aeropuerto, William Bailey abrió la caja de seguridad y te entregó el estuche. En esa fase ninguno de vosotros tenía motivos para dudar de que contenía el collar de verdad.

»Melinda y Varley son inteligentes», prosiguió Blaze con un dejo de admiración, «y todo el asunto fue planeado con el máximo cuidado. Ella se cercioró de que Varley y tú fuerais invitados a la mansión y él se cercioró de que tú llevaras el collar. Tu absoluta inocencia iba a ser su as en la manga».

—No...

—Tú reconociste que Varley no mostró interés en ti hasta que recibiste el visto bueno para rediseñar el collar, ¿no? —Fran asintió—. Pero se trata de un hombre cosmopolita. ¿No crees que debió notar el interés que tenías tú por él?

—Supongo que sí —se ruborizó incómoda.

—¿Cuándo se te declaró?

—Cuando perfilaba el plan para entregar el collar y por primera vez sugirió que debería

llevarlo yo. Me pareció una responsabilidad excesiva para alguien que solo era una empleada, y así se lo dije... Me contestó algo como «Querida, debes saber que no te considero únicamente una empleada. De hecho, estaba a punto de pedirte que entraras a formar parte de la firma... Sí, tengo la intención de casarme contigo...»

—Todo dependía de que tú llevaras el collar —Blaze asintió con gesto lúgubre—, de modo que te habría prometido la luna si lo hubiera considerado necesario y para darle más peso a su proposición, y desterrar cualquier duda que tú pudieras albergar, te pidió que te fueras a vivir con él.

»Mientras tanto, preparó ese viaje a Amsterdam e hizo los preparativos para que te reunieras con él en el aeropuerto a su regreso. Arreglado eso, convino con uno de sus conocidos del hampa que te siguiera hasta Londres antes de llevar el resto de su plan a la práctica.

«El mensaje que te dejó de que se había visto demorado era una parte esencial de la estrategia. Necesitaba que estuvieras sola, pero en algún lugar normal y público, como una cola para taxis en el aeropuerto, cuando te robaran el bolso. De esa manera tendría una excelente coartada para sí mismo, y de lo único de lo que podrían haber acusado a la firma era de cierto grado de negligencia.

«Sus planes debieron dar la impresión de funcionar a la perfección hasta que, a punto de subir a bordo del avión a Amsterdam, o bien descubrió o bien sospechó que lo estaban siguiendo. Aunque no podría haber estado seguro de quién lo seguía, o por qué, temió que las cosas salieran mal, decidió cambiar de idea sobre irse a Amsterdam y decidió despistar a su sombra...

«Como ya sabes, lo logró y una vez más los planes dieron la impresión de marchar bien. Tú recibiste el collar, subiste el avión que te trasladaría a Londres, lo esperaste según lo pactado y luego, cuando él se vio «Demorado», te subiste a un taxi y continuaste hasta Balantyne Hall.

«El plan era brillante y sin duda habría funcionado si tú no hubieras decidido ponerte el collar en vez de llevarlo en el estuche. Esa decisión inesperada cambió la situación».

—Pero si se tomó tantas molestias para fabricar uno falso —comentó ella desconcertada—, ¿por qué era necesario robarlo?

—Ahí radicaba todo el objetivo. No podía permitirse el lujo de intentar colarme uno falso. Sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que alguien lo detectara, y luego todo saldría a la luz.

—Sigo sin entender... Si todo el objetivo era robarlo, ¿por qué no dejar un estuche con cualquier cosa dentro?

—Demasiado arriesgado. Quizá William Bailey hubiera realizado una comprobación de último minuto. En ese caso, sin un examen minucioso, el falso habría bastado para pasar la prueba.

—Comprendo —musitó ella.

—Entonces, en cuanto lo robaran, nadie habría sabido que se trataba de una falsificación, Tanto William Bailey como tú habríais estado convencidos de que era el verdadero. Y en el improbable caso de que alguna vez se recuperara, ¿quién habría podido decir que el delincuente que lo hurtó no había realizado el cambio?

«Lo único que Varley y Melinda necesitaban hacer era quedarse quietos y esperar. Si las cosas hubieran salido según lo planeado, Melinda sin duda habría venido a la mansión. Pero en algún momento durante el fin de semana, y sin duda antes de la boda, habría encontrado algún pretexto para retractarse del acuerdo y poner fin a nuestro compromiso. Entonces, con toda la preocupación y el estrés provocados por el robo del collar, para Varley habría sido fácil pelearse contigo y acabar con vuestra la relación. Cuando los dos llegaran a reunirse, aunque alguien sospechara algo, no se podría culpar de nada a dos personas por el simple hecho de enamorarse.

«Sin duda fue una sorpresa desagradable descubrir que el collar no se hallaba en tu bolso y

que todo el plan se había ido al traste... De hecho, sospecho que al principio sintieron pánico... »

—¿Crees que por eso cometieron el error de ir al apartamento de Kirk?

—Estoy convencido de que debieron tener un motivo acuciante para regresar allí. Posiblemente fue para recoger el pasaporte de él, o tal vez el verdadero collar... Sea lo que fuere, existen todos los indicios de que tienen pensado largarse.

»Desde luego, desconocen de qué tiempo disponen antes de que alguien sume dos más dos y se descubra la falsificación... Aunque aún es pronto; de manera que con un poco de suerte aún se sentirán relativamente a salvo».

—¿No crees que ya se han dado cuenta de que han vuelto a localizarlos?

—Aunque sin duda se han mostrado extremadamente cautos, lo dudo. Después de su primera y pobre actuación, Ritters ha puesto a un equipo de hombres y mujeres de primer orden para seguirlos.

—Entonces, ¿sabes dónde están?

—Lo último que sabía era que parecían dirigirse a Londres.

—¿Y qué intentan hacer?

—De momento, nada. Estoy esperando ver cuál será su siguiente movimiento. Si van a intentar dejar el país, entonces casi con toda seguridad tendrán el collar con ellos. Es un gran riesgo, desde luego, pero uno que deberán correr... Por otro lado, si pretenden quedarse quietos y no hacer nada, y Londres es un buen sitio para desaparecer, es posible que hayan guardado el collar en alguna parte. Lo cual haría que recuperarlo sea mucho más difícil.

—¿Y si no lo recuperas? —Fran se humedeció los labios—. ¿Espero que lo tengas asegurado?

—Lo está en todo su valor, pero en estas circunstancias, no creo que ninguna compañía de seguros pagara. Sin duda argüirán que hubo negligencia.

—Lo siento —murmuró.

—Económicamente, puedo aguantar la pérdida. Pero no quiero perder una herencia de familia, y me desagrada que me tomen por tonto.

—¿Y a quién no?

—En tu caso —comentó al notar la amargura en su voz—, no tuvieron éxito. Fue tu ingenio lo que les estropeó los planes.

—Ahora que estás convencido de que no he tenido nada que ver en esta trama, me gustaría marcharme lo antes posible.

—¿Por qué?

—Bueno, yo... —la pregunta la sorprendió.

—¿Qué prisa tienes? No te espera ningún novio, ni trabajo y ni siquiera un apartamento.

—Bueno, lo que pasa... Necesito rehacer mi vida. En cuanto encuentre otro apartamento y un trabajo...

—En estas circunstancias quizá no resulte fácil.

Con la esperanza de que sus palabras no contuvieran ninguna amenaza velada, indicó:

—Empezar de nuevo no está tan mal. Ya lo hice una vez.

—Puede que a ti la idea de empezar de cero te resulte razonable —afirmó con vehemencia—.

A mí no.

—Pero ninguno de los dos dispone de muchas opciones —señaló ella con voz trémula.

—No estoy seguro. En casi todas las situaciones suele haber más de un camino abierto. Por ejemplo, con respecto al robo de los rubíes Balantyne, tengo la elección de ocuparme yo mismo de él o de recurrir a la policía.

—¿La policía? —palideció.

—El hurto, o el intento de hurto, va contra la ley —explicó él.

—Pero si consigues recuperar el collar, sin duda no hará falta involucrar a la policía.

—¿Puedes darme una buena razón para que no lo haga? —preguntó con frialdad.

—No... no me gustaría que Melinda o Kirk terminaran en la cárcel por mi culpa.

—No sería por tu culpa.

—Quizá no, pero detesto la idea de...

—¿Acaso piensas que cuando los atrape debo darles una palmadita en la cabeza y decirles lo inteligentes que han sido y la pena que siento por que no lo hayan conseguido?

—No, claro que no —se ruborizó—. Pero yo...

—¿Aún amas a Varley y no soportas la idea de que vaya a la cárcel? —sonó tan enfadado que Fran se mordió el labio y deseó haberse callado—. Personalmente, creo que debería estar entre rejas.

—¿Y qué me dices de Melinda?

—Estaban juntos en esto.

—Entonces, ¿pretendes llamar a la policía? —tuvo un escalofrío.

—Puede que no presente cargos —se encogió de hombros—. ¿Todo depende?

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí? No... no entiendo. ¿Cómo puede depender de mí?

—De cuánto cooperes. Como te dije anoche, creo que estás en deuda conmigo.

—Si hice lo que me pediste... Todo lo que solicitaste... Y acabas de dejar claro que no me culpas por lo sucedido.

—No te culpo a ti, pero sigue siendo verdad que tú formaste parte del asunto, y eres la única disponible que pueda compensarlo.

—Sin embargo, existe una gran posibilidad de que recuperes el collar.

—No es el collar lo que me preocupa... Mañana tengo una boda, y no me gusta la idea de que mis planes se estropeen.

—¿No estarás diciendo...?

—Eso mismo exactamente.

—No, no lo haré... No puedo... —gritó—. No nos conocemos...

—Tú amabas a Varley —soltó con brutalidad—, ¿y adónde te ha llevado eso? Además, pensé que había dejado bien claro que no considero que el amor sea un ingrediente necesario para un matrimonio bueno y estable. Como ya te he dicho, quiero una pareja que sea compatible y de temperamento básicamente bueno; alguien cálida y apasionada, con suficiente espíritu para hacer que la vida sea interesante. ¿No buscas tú todas esas cosas? —sí que las buscaba. Pero también quería amor. Sin quitarle la vista de encima, continuó—: Tú posees todas las cualidades que he estado buscando.

—No soy hermosa, como Melinda.

—A tu manera eres aún más hermosa. Tienes una dulzura y un brillo interior de los que ella carece.

—No soy sexy, como ella.

—Deja que sea yo quien juzgue eso.

—Puede que me encuentres aburrida comparada con ella.

—Aunque Melinda tenía nota alta en los campos de la diversión y la excitación, y era más... aventurera, ni se me pasa por la cabeza que me resultes aburrida. Estoy seguro de que serás una compañía inteligente y estimulante, así como una esposa que mantendrá sus votos matrimoniales y

ayudará a proporcionar un hogar feliz a nuestros hijos. De hecho, en ese sentido, no me cabe ninguna duda de que eres más adecuada que Melinda. A cambio, me esforzaré al máximo para ser un buen marido. Puedo darte cualquier cosa material que desees...

—Me importan un bledo las cosas materiales —cortó ella con aspereza.

—Tendrás la posibilidad de viajar y hacer lo que siempre has deseado —continuó como si no lo hubiera interrumpido—. Y sexualmente, como mínimo, nos compenetramos bien, de modo que estoy seguro de que podré hacerte feliz en la cama.

«Piensa en ello. ¿No es mejor que estar sola? ¿Mejor que intentar encontrar otro apartamento barato y un trabajo? ¿Mejor que tratar de empezar de nuevo, sabiendo que el hombre que amas está en la cárcel y que tú has ayudado a llevarlo allí...?»

—Pero acabas de indicar que no sería por mí.

—En ese sentido, no. Pero el hecho de que podrías haber evitado que fueras juzgado...

—¿Casándome con un hombre Al que desprecio? —la agitación hizo que se pusiera de pie. Vio que él apretaba la mandíbula y también se levantó.

—Desde luego —comentó con abrasador desdén—, si el sacrificio es demasiado grande, siempre podrías esperar a que Varley saliera de la cárcel y suplicarle que te aceptara otra vez. Melinda no querrá a un presidiario sin un centavo, así que es posible que tengas suerte...

Como por propia voluntad, la mano de Fran se alzó y abofeteó ese rostro burlón.

Nunca antes en su vida había abofeteado a nadie, jamás se había considerado una persona violenta, pero el golpe había sido lo bastante fuerte como para que girara la cara y hacerlo parpadear.

Él se quedó quieto, mientras Fran, horrorizada por lo que había hecho, contempló la marca roja que había aparecido en su mejilla bronceada.

—Vaya, vaya, vaya —musitó Blaze—. No te creía capaz de eso —levantó la mano para tantearse la cara y añadió con ironía—: Para alguien de aspecto tan inofensivo, pegas bien.

—Lo siento —susurró.

—No hace falta que te disculpes. Sufriste una gran provocación.

—Pero aun así no tendría que haberlo hecho —musitó muy avergonzada; incapaz de contenerse, comenzó a temblar con fuerza.

Blaze la tomó en brazos, la pegó a su pecho, y con una mano le acarició la espalda.

—Está bien... Yo me lo busqué. No te pongas así.

Alzó la cara y lo miró a los ojos, se puso de puntillas y posó los labios en su mejilla enrojecida.

—Prometo no repetirlo —prometió.

—Puede que tengas que hacerlo de vez en cuando para mantenerme en mi sitio. Siempre y cuando no me conviertas en un marido maltratado —añadió con humor.

Ella emitió un sonido a medias entre una risa y un sollozo.

—Y tú siempre que me besas consigues que me sienta mejor...

—Vamos —cerró las manos en torno a sus brazos y adquirió un tono serio—. Sugiero que vayamos a la ciudad de inmediato y pasemos la noche en el Empire Park. De esa manera tendremos tiempo de hacer algunas compras antes de la boda, que está programada para las cuatro...

Ella se hallaba emocionalmente vacía.

No tenía nada que ver con Melinda y Kirk. No podía creer que Blaze fuera a meterlos en la cárcel. Pero, de repente, ya no deseaba empezar otra vez, sola; no quería perder al hombre al que amaba por segunda vez.

Casarse con él, cuando no sentía nada por ella, era asumir un riesgo enorme. Pero si mantenía su amor en secreto, y mientras él pensara que todavía amaba a Kirk resultaría fácil, ¿no podrían hacer que el matrimonio funcionara?

Aunque el dolor fuera de la mano con el placer, y la desesperación a veces ahogara el gozo, vivir con él sería infinitamente mejor que vivir sin él.

Consciente de que Blaze aún aguardaba una respuesta, reconoció su derrota preguntando:

—¿No habrá dificultades? Me refiero con la boda —oyó que él soltaba un breve suspiro de alivio.

—Como solicité y me concedieron una licencia especial, lo único necesario es alterar el nombre de la novia. Ya lo hice ayer, mientras tú te preparabas para la fiesta.

—¿Entonces tenías planeado todo esto? Debías de estar convencido de que aceptaría —afirmó con un deje de amargura.

—En absoluto —repuso con sequedad—. Pero ya conoces el dicho, un corazón débil no conquistará a una dama hermosa...

—Conquistar no parece la palabra más apropiada.

—¿Te parece más idónea obligar?

—¿A ti no?

—Aunque sé que odiarías ver a Varley languidecer en la cárcel, no creo que fuera eso lo que inclinó la balanza.

—¿Oh?

—Creo que en alguna parte de tu subconsciente quieres casarte conmigo.

¿Habría adivinado la verdad? Sinténdose vacía por dentro, Fran preguntó:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Primero, no te quitaste el anillo... Y segundo, existe un poderoso vínculo sexual entre nosotros, y desde la primera vez que nos vimos —le alzó el rostro y la miró a los ojos—. Puede que me desprecies, pero todavía me deseas.

—No te desprecio —susurró.

—Entonces aún quedan esperanzas para nosotros —sonrió.

Después de pasar algún tiempo abajo, en su estudio, al parecer haciendo y recibiendo llamadas, Blaze introdujo el poco equipaje de los dos en el coche y partieron hacia Londres.

Tras un trayecto sin incidentes, llegaron a Mayfair a última hora de la tarde y se dirigieron a Abercrombie Square.

Giró por Abercrombie Street, entró en la plaza y se detuvo ante la imponente entrada del Empire Park.

Le entregó las llaves del vehículo a un aparcacoches uniformado, un momento más tarde el director, un hombre de cincuenta y pocos años de aspecto agradable, salió a saludarlos por su nombre y personalmente los escoltó hasta la suite del ático, seguidos de dos botones, uno con el equipaje y el otro con una botella de champán en una cubitera y dos copas de cristal.

La suite era palaciega, con un salón elegante y dos grandes dormitorios separados por un vestidor. Desde el salón unos ventanales daban a una terraza protegida por una celosía.

Cuando el director y los botones se marcharon, Blaze contempló las dos maletas que habían depositado en el dormitorio principal.

—¿Te parece bien este arreglo? —preguntó con un brillo burlón en los ojos. Antes de que ella pudiera contestar, prosiguió—: ¿O preferirías mantener el decoro hasta que estemos casados?

—¿Te refieres a cuartos separados?

—Como me gustaría que compartiéramos un dormitorio cuando nos casemos, ésta podría ser tu

última oportunidad de dormir sola —al verla titubear, añadió—: La elección es tuya —aunque era evidente que él no albergaba dudas sobre la respuesta.

Sintiendo un deseo súbito de desinflar su ego, repuso con voz muy dulce:

—En ese caso, aprovecharé la oportunidad de estar sola.

—Muy bien —si se sentía decepcionado, no lo mostró. Recogió su maleta y la llevó al otro dormitorio. Entonces miró el reloj y sugirió—: Disponemos de suficiente tiempo antes de la cena, ¿qué te parece un toque de decadencia?

—Depende de a qué te refieras con decadencia —inquirió ella con cautela.

—Nada terrible. Solo una copa de champán en el jacuzzi.

—¿Tenemos un jacuzzi?

—Hay uno en la terraza.

—No he traído traje de baño.

—No lo necesitarás. Está protegido de los Curiosos y es bastante íntimo —al ver que estaba a punto de negarse, agregó—: ¿Es demasiado atrevido para ti?

—En absoluto —repuso, al recordar su comentario de que Melinda era más aventurera—. Dame un par de minutos.

Se quitó la ropa y se envolvió con un albornoz blanco antes de aventurarse a la terraza.

A la izquierda, unos escalones de mármol conducían a una zona hundida con unos mosaicos que le recordaron a una casa de baños romana. En el centro se hallaba un jacuzzi, desde el cual se elevaba vapor.

Había esperado ser la primera en llegar, pero Blaze ya estaba sentado en el banco que recorría la circunferencia del jacuzzi, con el agua que le borboteaba hasta el pecho.

Sin haber perdido todavía la timidez, vio con alivio que él tenía la cabeza echada hacia atrás y los párpados cerrados. Descalza y en silencio, se quitó el albornoz y lo dejó cerca del de Blaze antes de volverse para bajar los escalones.

Con sorpresa, vio que los ojos de él estaban abiertos y que estudiaba su cuerpo y sus piernas con abierto interés y admiración.

Ruborizada, mantuvo la cabeza alta y descendió despacio por los escalones de mármol hasta entrar en el agua caliente.

Él extendió una mano, y cuando ella la tomó la sentó a su lado.

—Bravo —alabó en voz baja—. Es evidente que no careces de espíritu... y tu figura es incluso mejor de lo que recordaba —colorada como un tomate, ella no contestó—. ¿Champán? —se volvió hacia donde se hallaba la botella, la descorchó y llenó las dos copas—. Por nosotros —brindó después de entregarle una.

—Por nosotros —repitió ella.

Bebieron en silencio. Cuando vaciaron las copas, Blaze las depositó otra vez en la bandeja. Al hacerlo, con el brazo le rozó ligeramente el pecho y ella contuvo el aliento.

Fran inclinó la cabeza sobre el respaldo acolchado, cerró los ojos e intentó relajarse mientras los chorros de agua le masajaban el torso y las extremidades. Blaze permaneció en silencio, sin realizar esfuerzo alguno por hablar. Pero, muy consciente de su cuerpo extraordinario y desnudo a su lado, Fran tardó varios minutos hasta que la tensión la abandonó.

Lo miró de reojo y lo vio relajado y con los ojos cerrados. Justo cuando llegó a la conclusión de que estaba dormido, él se movió un poco y su muslo le rozó el suyo.

Poniéndose rígida, cuando iba a apartarse un instinto le indicó que solo fingía hallarse dormido y que su intención era provocarla.

Decidida a no caer en su trampa, permaneció donde estaba, con todos los nervios a flor de

piel.

Pasados unos treinta segundos, con un sonido entre risa y gemido, él reconoció:

—De acuerdo, tú ganas —le tomó la mano y la apoyó en su carne firme.

—Te lo tienes merecido —repuso ella con maliciosa satisfacción.

—Eso me parece cruel —con los ojos clavados en sus pechos, agregó—: Sin embargo, me arriesgaría a apostar que tú no estás tan indiferente como aparentas —incapaz de negarlo, permaneció en silencio—. Si quieres, tenemos tiempo de hacer algo al respecto antes de cenar.

—Preferiría respetar el decoro hasta que nos casemos —meneó la cabeza—, tal como acordamos.

Con un suspiro él la soltó.

Absurdamente decepcionada de que la hubiera creído, dijo: —Mencionaste media hora, y ya debe de haber pasado. Me siento hambrienta. Si no te importa, creo que empezaré a prepararme.

—Por supuesto —aceptó con cortesía.

Se puso de pie y, consciente de que la observaba, se retiró con la máxima dignidad que pudo. Se puso el albornoz y después de sujetarlo con el cinturón preguntó:

—¿Vamos a comer en el hotel?

Él la siguió, chorreando agua, se enfundó el albornoz y meneó la cabeza.

—Pensaba llevarte al Medici.

Fran sabía que el Medici, muy cerca de Park Lane, estaba considerado como uno de los mejores restaurantes de Londres; se le hundió el corazón.

—¿Ya has hecho reserva? —preguntó con ansiedad.

—No.

—¿Podrás conseguir una mesa tan tarde?

—Creo que sí.

Aunque había respondido con indiferencia, ella supo que estaba convencido de ello.

—Lo que basa es que no tengo nada que ponerme —admitió ella.

—¿Y qué me dices del vestido de cóctel que te pusiste el viernes? Te sentaba muy bien.

—No es muy elegante —recordó el guardarropa de Melinda—. No... no quiero que te avergüences de mí.

—No me avergonzaré de ti.

Obligada a mostrarse satisfecha con su afirmación, fue al dormitorio, abrió la maleta y sacó el vestido.

Era normal y barato, pero al menos de un tejido que no se arrugaba, y llevaba una estola que serviría para abrirla un poco. Después de vestirse y maquillarse con cuidado, se estudió en el espejo y decidió que aunque no era rival para Melinda, pasaría la prueba.

Con la estola al brazo, regresó al salón. Blaze, vestido con un traje impecable, estaba de pie ante la ventana.

Como si tuviera un sexto sentido, se volvió cuando ella se acercó en silencio. La recorrió lentamente con la vista y asintió en silenciosa aprobación.

Luego, le quitó la estola, se situó detrás de ella y se la pasó por los hombros, al tiempo que se inclinaba para posar los labios en ese punto sensible en el que su cuello y hombro se unían.

La caricia le provocó un leve escalofrío y potenció la tensión sexual que aún había entre ellos.

Con una mano le rodeó la cintura y la pegó contra su cuerpo mientras con la otra le alzaba la barbilla y le giraba la cabeza. Tenía la boca a unos centímetros de la suya cuando su teléfono móvil empezó a sonar.

—¡Maldita sea! —musitó, irguiéndose y sacándolo del bolsillo. Se apartó de ella y respondió

con sequedad—. Balantyne... Sí... Sí, comprendo... ¿Dónde...? ¿Está seguro...? Excelente... Sí, allí estaré... En Veinte minutos... Como mucho en media hora... —guardó el teléfono otra vez en el bolsillo y manifestó—: Espero que no te moleste, pero nuestros planes para cenar han cambiado.

—No, no me importa en absoluto —afirmó y aguardó que le dijera adónde iban a ir y a qué se debía el cambio de planes.

Pero sin ofrecer más explicaciones, la sacó a toda velocidad del ático, atravesaron el lujoso vestíbulo y entraron en el ascensor.

Capítulo 9

Salían del hotel cuando un taxi se detuvo en la puerta para dejar a unos clientes.

—Justo lo que necesitamos —comentó Blaze con satisfacción. Le hizo una seña al conductor, le dio una dirección que Fran no captó y subió a su lado. Mientras ponían rumbo al oeste, dijo—: Será más cómodo que llevar el coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Al Royal George. Es un hotel pequeño no muy lejos de Kensington High Street.

No ofreció más información. El Royal George se hallaba en Nelands Street, un callejón tranquilo. Otrora una atractiva casa privada, en ese momento era un hotel con un pórtico por entrada.

A primera vista a Fran no le pareció el tipo de lugar que Blaze frecuentaría, pero era obvio que se equivocaba.

Después de ayudarla a bajar, mantuvo una conversación en voz baja con el conductor del taxi antes de escoltarla por los escalones y por la alfombra de color vino que conducía hasta el Georgian Room, el restaurante del hotel.

Su decoración era de comienzos del siglo diecinueve y poco atractiva, con paredes oscuras y lámparas pesadas mientras la atmósfera era asfixiante en su respetabilidad.

No se quedó sorprendida al ver que solo había dos mesas ocupadas.

Una se hallaba cerca de la puerta, la otra en el extremo de la sala, en un rincón oscuro oculto en parte por unas plantas.

Sujetándola por el codo, Blaze la condujo hasta la mesa apartada, donde otra pareja comía en silencio.

Fran observaba a la pareja con aturrida incredulidad cuando Blaze saludó con tono afable.

—Buenas noches, ¿espero que no os importe que nos unamos a vosotros? —la pareja levantó la vista sobresaltada, y él añadió—: Jamás habría pensado que este sitio fuera de vuestro estilo.

—Ni del tuyo, Edward, querido —Melinda fue la primera en recobrarse.

—Parece que todos teníamos un motivo especial para venir aquí —sonrió con gesto lúgubre.

Inmóvil, con los hombros encorvados, Kirk daba la impresión de haber recibido un golpe en el plexo solar.

Melinda miró a uno y a otro y dijo con frialdad:

—No creo que os conozcáis. Kirk, te presento a Edward Balantyne... Edward, Kirk Varley...

—Perdona si no te estrecho la mano —comentó Blaze con un deje de desprecio.

Apartó una silla para que se sentara Fran y ocupó la adyacente. Entonces apareció un camarero y les presentó a cada uno un menú. Blaze alzó la vista.

—¿Nos recomienda algo en especial?

Complacido de ser consultado, el camarero sugirió:

—En este momento tenemos un chef francés cuya especialidad son las *coquilles Saint-Jacques*...

—¿Francesca? —Blaze enarcó una ceja. Sin voz, ella asintió—. Eso entonces, con una botella de Pouilly-Fuisse.

—¿Cómo supiste que estábamos aquí? —preguntó Melinda cuando el camarero se marchó,

decidida a tratar el asunto con ligereza.

—¿Cómo crees tú?

—¡Oh, cielos! Y pensar que quedamos convencidos de que habíamos perdido a aquel hombrecito odioso cuando nos detuvimos en una gasolinera. Supongo que debía de haber más de uno.

—La agencia aprendió de errores pasados.

—¿Por qué nos hiciste seguir?

—Estoy seguro de que no hace falta que te lo diga.

—Imagino que ya tienes el collar, ¿no? —preguntó ella con cautela.

—Sí, fue entregado a salvo.

—¿Qué te parece?

—El diseño es hermoso. Es una pena que las piedras sean falsas.

—Kirk dijo que no tardarías mucho en descubrirlo —suspiró. Luego, mirando a Fran por primera vez, preguntó—: Solo por curiosidad, ¿cómo lograste entregarlo a salvo?

—No me complacía la idea de llevarlo —repuso, para su propia sorpresa, con voz casi normal—. Así que decidí ponérmelo.

—¡Estúpida zorra! —rugió Kirk poniéndose de pie—. Si hubieras hecho lo que se te había dicho, nada de esto habría sucedido. ¿Por qué diablos no podías...?

—¡Ya es suficiente! —aunque con tono normal, la voz de Blaze restalló como un látigo—. Te aconsejo que te sientes —cuando el otro se hundió en la silla, prosiguió con frialdad—: Y en el futuro cuida tu lenguaje. Si vuelves a hablarle a Francesca de ese modo, te partiré el cuello.

—No hace falta que te enfades, querido —reprendió Melinda—. No puedes culpar a Kirk por irritare. Todos sus planes han salido mal y, con franqueza, la situación se ha convertido en una pesadilla en la que preferiría no verme involucrada...

—No me cabe la menor duda de que planeasteis todo juntos —la miró a los ojos—. Es un poco tarde para intentar aparentar inocencia.

—Querido, qué poco galante eres —hizo un bonito mohín—. De hecho, fue... —la interrumpió el camarero que llegó con una botella fría de Pouilly-Fuissé.

Tan pronto como Blaze lo probó, asintió su aprobación e indicó que se sirvieran cuatro copas, llegaron las coquilles.

—¿Os apetece continuar con vuestra cena? —sugirió a los otros dos. Al parecer ninguno tenía apetito.

—Me gustaría irme de aquí —por primera vez Melinda sonó nerviosa—. Me pone la piel de gallina. Nos registramos en este hotel porque Kirk pensó que estaríamos más seguros que esperando en el aeropuerto... Más seguros. ¡Qué gracia! —añadió con amargura.

—¿Cuándo pensabais marcharos? —inquirió Blaze.

Kirk le lanzó a Melinda una mirada de advertencia.

—Oh, ¿qué sentido tiene intentar engañarnos? —demandó con irritación—. Sabes tan bien como yo que el juego ha terminado —alzó la copa en dirección a Blaze y bebió un sorbo, luego recuperó casi su insolencia anterior—. Pensábamos irnos a primera hora de la mañana en busca de prados nuevos.

—¿Cómo cuáles?

—¿No lo adivinas?

—¿Sudamérica?

—Brasil. Río de Janeiro, para ser precisa. Siempre he querido vivir y amar en Río.

—¿Cómo conseguiste comprar los billetes?

—Me temo que tuve que desprenderme de tu regalo de compromiso —hizo una mueca pesarosa—. No me dieron el valor real del Porsche, pero habría bastado hasta que...

—¿Hasta que hubierais podido vender los rubíes?

—Jamás le vi sentido a tener unas piedras preciosas que permanecen todo el tiempo en una caja de seguridad de un banco —encogió sus esbeltos hombros.

—Posiblemente no, pero debo señalarte que no son tuyas para que las vendas. Forman parte de la tradición familiar de los Balantyne...

—Querido, tú mismo me dijiste que habías vivido casi siempre en los Estados Unidos. Dudo que te importe la tradición de la familia Balantyne.

—Ahí es donde te equivocas. Al ocuparme del patrimonio de los Balantyne, creo que lo mínimo que puedo hacer es continuar como le habría gustado a mi padre.

—Qué pomposo —desdeñó ella—. No pretenderás seguir todo al pie de la letra, ¿verdad?

—Sí.

—¿Vas a dejar que tu novia luzca los rubíes y, cuando haya terminado la boda, guardarlos otros veinte años hasta que la siguiente generación quiera casarse? —abrió mucho los ojos.

—Es exactamente lo que voy a hacer —afirmó con tono gélido.

—Bueno, si tanto te importa, lamento no haber estado en la fiesta para lucirlos según lo planeado... —al ver que él no hacía comentario alguno, continuó—: Supongo que al no poder presentar una novia ni los rubíes tuviste que cancelarlo. ¿no?

—En absoluto. Todo se desarrolló según lo previsto.

—¿Cómo explicaste mi ausencia? —sus ojos mostraron un destello de sorpresa.

—No lo hice. Como nadie te conocía, sencillamente encontré otra novia.

Reinó un breve silencio; luego, mostrando su rapidez mental, Melinda miró a Fran.

—No pretendo parecer descortés, pero no pareces el tipo de mujer que pueda...

—Vuelves a equivocarte —cortó Blaze—. Francesca se comportó magníficamente.

—E imagino que lució los rubíes falsos.

—Eran lo bastante buenos como para pasar la prueba.

—De modo que nadie sabe que... —dejó la pregunta sin concluir.

—Todavía no he informado a la policía, si te refieres a eso.

Al oír la palabra policía, la seguridad de Melinda se resquebrajó un poco.

—Espero que no sea necesario.

—Depende.

—¿De qué?

—Para empezar, de la rapidez con la que recupere los rubíes.

El rostro hermoso de Melinda adquirió una expresión calculadora.

—¿Son los rubíes lo único que deseas recuperar?

—No —Blaze miró el rostro de todos los allí presentes—, no lo son.

Kirk palideció. Fran, con el corazón en un puño, clavó la vista en su plato intacto, Melinda soltó un suspiro audible de alivio.

—Entonces, ¿doy por hecho que no has cancelado la boda? —inquirió con astucia.

—Así es.

—De modo que, si recuperas los rubíes en el acto, todo continuará según lo acordado...

—Podría —convino él—. Pero a la vista de lo que ha sucedido, no estoy...

—Comprendo cómo te sientes —se apresuró a intervenir ella—, y realmente no te culpo por estar enfadado.

—Eres muy amable —el sarcasmo fue devastador.

—Pero como intentaba decirte antes —insistió—, todo fue idea de Kirk...

Kirk amagó con protestar, luego calló, el rostro atractivo vencido.

Mirando al despojo del que una vez había creído estar enamorada, Fran solo pudo sentir pena por él.

—Si tuviera algo de sentido común, jamás habría aceptado participar en ello —prosiguió Melinda—. Pero fue una de esas atracciones súbitas y poderosas y me temo que perdí la cabeza... ahora lamento haberme comportado de forma tan estúpida...

—Apuesto que sí.

Sin prestar atención a la interrupción, continuó con la seguridad de una mujer consciente de su propia belleza.

—Pero no es demasiado tarde. Después de todo, no se ha provocado ningún daño, ¿verdad? De modo que si quisieras continuar como si nada hubiera sucedido...

Antes de que Blaze pudiera hablar, intervino Kirk con expresión desagradable en la cara.

—Solo una palabra de advertencia. Antes de que decidas aceptarla de nuevo, hay algo que debes saber, intenta preguntarle...

—¿Por qué no te mantienes al margen de esto? —espetó Melinda, perdiendo la serenidad.

—No regreses con él, Mel... —de repente Kirk se puso a suplicar—. Dijiste que me amabas... Hacemos mejor pareja y tú lo sabes... —le tomó la mano—. Todo lo que intenté hacer fue por nosotros...

—Debes de estar loco si piensas que tengo la más mínima intención de quedarme con alguien en la bancarrota que bien podría terminar en la cárcel —espetó, soltándose la mano.

—Si termino en la cárcel, me encargaré de no ir solo...

—En vez de amenazar —interrumpió Blaze—, ¿por qué no me explicas qué debería preguntarle a Melinda?

—Pregúntale si alguna vez tuvo la intención de tener hijos.

—¿Y bien? —Blaze clavó los ojos entornados en el rostro hermoso de Melinda.

—Desde luego que sí, cariño —afirmó—. Sabes muy bien que formaba parte de nuestro contrato y lo habría respetado...

—Miente —saltó Kirk. Luego, con algo parecido a la desesperación—. Díselo tú, Fran. Tú estabas presente cuando reconoció que jamás tenía intención de quedarse embarazada.

Blaze se volvió para contemplar a Fran.

Sintiéndose enferma, meneó la cabeza sin hablar. No quería tomar parte en nada de eso. Si estaba dispuesto a aceptar de vuelta a Melinda después de lo que había pasado, debía desearla mucho.

Melinda clavó los ojos en Blaze con expresión triunfal.

—¿Lo ves, querido? Kirk esta celoso... Solo intentaba separarnos —alargó la mano y apoyó una mano en su brazo con gesto posesivo—. Si eres capaz de olvidar estos últimos días, estoy preparada para seguir adelante y casarme contigo según lo planeado.

La sonrisa que esbozó él fue tan reluciente y peligrosa como la hoja de un cuchillo.

—¿Qué noble eres! Es una pena que ya haya encontrado otra novia.

—¿Otra novia? —toda chispa se desvaneció de su cara, haciendo que de pronto pareciera mayor y fea—. ¿Quién?

—Pienso casarme con Francesca, bajo la premisa de que un intercambio justo no es un robo —las dos mujeres quedaron sorprendidas—. Aunque en este caso me satisface decir que me llevo la mejor parte del trato.

—No me lo creo —exclamó Melinda—. Te burlas de mí —al recibir una mirada acerada,

protestó—: Si solo hace tres días que la conoces, y bajo ningún concepto es tu tipo.

—Me temo que te equivocas en las dos cosas. Francesca y yo nos conocimos hace tres años y es exactamente mi tipo.

—Pero comentaste que los rubies no eran lo único que deseabas recuperar...

—Y no lo son. Quiero que me devuelvas el anillo de compromiso —en silencio extendió la mano.

Tras vacilar unos segundos, a regañadientes Melinda se lo quitó y lo depositó en su palma. Con veneno en la voz, espetó:

—Supongo que lo quieres para poder dárselo a ella.

—No. Lo quiero porque da la casualidad de que se trata de otra herencia familiar. Francesca ya tiene un anillo —tomó la mano de Fran y exhibió las adularias.

—Necesito hablar contigo a solas —suplicó, negándose a mirar el anillo—. Por favor, cariño. Hay algo que debo decirte, algo que quiero que sepas...

—Más tarde, quizá. Hay un orden de prioridades —sacó un objeto del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa en dirección a Kirk—. Para equilibrar las cosas. Sin duda querrás recuperarlo.

Fran se dio cuenta de que era el anillo que le había dado. Habían pasado tantas cosas desde que Kirk se lo quitó del dedo, que ya lo había olvidado.

Kirk observó el modesto solitario y Blaze sugirió:

—Tal vez, mientras aún eres un hombre libre, te gustaría preguntarle a Melinda si lo desea — luego, con sonrisa desdeñosa, añadió—: Aunque dudo mucho que sea... ¿cómo lo podríamos decir?... lo bastante principesco para hacerle cambiar de parecer.

Incapaz de soportar más esos juegos del gato y el ratón, Fran se puso de pie.

Al ver su palidez y su aire de serena desesperación, Blaze dijo:

—Aún me quedan varias cosas que arreglar, pero le pedí al taxista que esperara, de modo que quizá sea mejor que vuelvas al hotel... —recogió la estola y se la puso en tomo a los hombros—. Te sugiero que te des un baño caliente y te vayas a dormir pronto. No te molestes en esperarme — inclinó la cabeza y le susurró al oído—: No quiero que mi novia esté demasiado cansada para disfrutar de su noche de bodas.

Con una mano en la cintura, la condujo hacia la puerta. Dejando a Melinda y a Kirk a la mesa, se marchó sin decir una palabra. Después de todo, ¿qué podía comentar?

La mesa que había junto a la ventana en ese momento se hallaba vacía, pero la pareja de mediana edad que la había ocupado antes se hallaba de pie en el vestíbulo, mirando unos folletos que detallaban los espectáculos y atracciones de Londres.

Se volvieron y miraron a Blaze, quien asintió en silencio antes de escoltar a Fran escalones abajo.

Al llegar a la calle, levantó la mano y el taxi que esperaba al final del callejón se acercó hasta ellos.

Después de ayudarla a entrar, le entregó una de las llaves de la suite del ático.

—Te hará falta... —luego le dio unos billetes al conductor y le ordenó—: Vuelva al Empire Park, por favor.

Antes de que pudiera preguntarle qué pensaba hacer o cuánto tardaría, la puerta se cerró y el taxi arrancó.

Durante el trayecto de vuelta, Fran revivió mentalmente una y otra vez la escena desagradable.

No podía culpar a Blaze por estar enfadado, pero durante un momento había quedado atónita por su implacable actitud...

Al llegar al hotel, le dio las gracias al conductor, bajó y entró.

Después de ponerse el camisón y meterse bajo las sábanas, el sueño la eludió.

Después de casi una hora de dar vueltas inquieta, se puso la bata, salió al elegante salón, se acurrucó en el sofá y encendió el televisor.

Pero no logró concentrarse en la película porque sus pensamientos no quisieron abandonar lo sucedido aquella noche.

Aunque Blaze había confirmado su intención de continuar con la boda, se sentía ansiosa y poco convencida.

Se dio cuenta de que sus emociones habían cambiado. En ese momento, cuando el orgullo le dictaba que si deseaba a otra mujer más que a ella lo mejor era retirarse, no lograba soportar la idea de perderlo.

Y todo indicaba que lo perdería.

A pesar de todo lo que había sucedido, Melinda había parecido muy segura de que aún la deseaba... Y aunque él había negado amarla, era obvio que, al menos sexualmente, tenía un enorme poder sobre él.

Quizá haberle expuesto que había encontrado otra novia había sido únicamente con la intención de enseñarle una lección.

Tragó saliva. Si llegaba a considerar que había recibido un suficiente castigo y decidía olvidar el pasado y aceptarla de nuevo, no habría nada que ella pudiera hacer. Aunque Blaze había dicho que la deseaba a ella, la verdad era que solo había sido su segunda elección, una sustituta de Melinda...

A las once y media, cuando todavía seguía sin dar señales de vida, comenzó a preguntarse consternada si pensaba regresar.

Melinda había dicho que quería verlo a solas. Eso solo podía significar una cosa. Pretendía emplear su atractivo sexual como medio de persuasión: Y sin duda eso le resultaría fácil.

Al recordar la pequeña escena en el jacuzzi, deseó fervientemente no haber sido tan tímida y haber aceptado su sugerencia.

Pero ya era demasiado tarde, y si en ese momento yacía en brazos de Melinda en parte sería por su culpa...

Después de otra hora, ya había perdido toda esperanza y solo podía sentir una abrumadora sensación de desesperación. Tres años atrás, había perdido al hombre que amaba; y había vuelto a suceder...

Pero en esa ocasión había perdido mucho más; la oportunidad de ser su esposa, de tener a sus hijos, de vivir con él el resto de su vida...

Unas lágrimas lentas habían comenzado a correr por sus mejillas y, entre sollozos, se las secó con el dorso de la mano.

Dormía profundamente cuando un contacto la despertó. Abrió unos ojos pesados y, aturdida, vio a Blaze sentado en el borde del sofá, contemplándola.

—¿Por qué no estás en la cama? —preguntó enfadado.

Fran se sentó y se apartó el pelo de las mejillas.

—No podía relajarme... No dejaba de preguntarme...

—¡Si Varley había ido a la cárcel? Bueno, pues ya puedes estar tranquila. No. En este preciso momento se encuentra en el aeropuerto a la espera de un vuelo que lo lleve a Río de Janeiro.

—¿Solo? —musitó, incapaz de preguntar lo que de verdad quería saber.

—No. Arreglaron sus diferencias y Melinda se va con él —lo único que pudo sentir Fran fue gozo. Cerró los ojos un instante y ofreció una silenciosa plegaria de agradecimiento—. El hecho de que aún sigan juntos parece haberte impactado —observó él con frialdad.

—Así es —reconoció con voz poco firme—. Estaba convencida de que abandonaría a Kirk para regresar contigo.

—¿Y qué tenías en mente? ¿Un trío? —ella lo miró con expresión desconcertada y él soltó—: ¿Es que habías olvidado que había hecho planes para que nos casáramos mañana?

—No, claro que no lo había olvidado... Pero Melinda quería hablar contigo a solas, y yo... yo pensé que quizá te hubiera hecho cambiar de idea...

—¿Pensabas? ¿O esperabas? —ella iba a menear la cabeza cuando él afirmó—. Resulta que son las dos y media de la mañana y estás dormida. Te aconsejo que te vayas a la cama.

Haciendo un esfuerzo, se levantó, pero estuvo a punto de caerse.

Blaze se inclinó y la llevó al dormitorio. La puso de pie junto a la cama y la ayudó a quitarse la bata antes de dar media vuelta para marcharse.

—Blaze... —apenas susurró su nombre, pero él se detuvo y la miró—. No te vayas, por favor.

—Pensé que esta noche querías dormir sola.

—He cambiado de parecer.

—¿Necesitas consuelo? —preguntó con desdén—, Bueno, ¿por qué no?

Fran emitió un jadeo cuando él le levantó el camisón por la cabeza y lo arrojó a un lado. Apartando el edredón, Blaze ordenó:

—Métete en la cama —luego, quitándose la ropa, se introdujo a su lado—. ¿Sucede algo?

—No —murmuró ella.

—Entonces, ¿por qué pareces tan asustada?

—No... no estoy asustada... Solo cansada...

—Bueno, en ese caso no perderemos el tiempo con preliminares.

Siempre en el pasado había sido un amante tierno y considerado, atento para ocuparse de que su cuerpo sintonizara con el suyo. En esa ocasión, no hizo intento alguno por excitarla, y cuando unos ochenta kilos de huesos y músculos duros cayeron sobre ella, se puso tensa e intentó repelerlo, airada por que la tratara de esa manera.

Él la tomó por las muñecas y se las inmovilizó sobre la almohada, encima de la cabeza, mientras se convertía en el amo de su cuerpo.

Quizá la oposición activó algún mecanismo, porque de pronto, a pesar de todo, ella se encontró respondiendo a su acometida.

Él lo sintió y comenzó a moverse más despacio, aguardando hasta que el núcleo de tensión hubo crecido hasta el clímax y Fran se puso a jadear.

Cuando se levantó, ella yació inmóvil sumida en la desdicha, luchando por contener las lágrimas.

Lo había deseado, había querido que la abrazara mientras se quedaba dormida, durante un rato había querido fingir que la amaba un poco...

Pero lo único que le había ofrecido había sido un sexo frío, sin rastro de ternura o cariño.

¿Por qué se había quedado, si su única intención había sido causarle dolor y humillación? ¿Lamentaba haber dejado que Melinda se fuera y se vengaba en ella...?

—¿Te he hecho daño? —cuando ella no respondió de inmediato, la movió un poco—. ¿Lo hice? Francesca... contéstame.

—No —al menos no físicamente.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No lloro —musitó.

Era una mentira manifiesta y, claramente inquieto, él insistió:

—Lamento haberte tratado con tanta rudeza. Estaba furioso. Te prometo que no volverá a

suceder.

—No es eso...

—¡No, desde luego que no! —exclamó de pronto—. Soy un tonto por no haberlo comprendido antes...

—¿Comprender qué? —preguntó con voz espesa.

—Que no soy un buen sustituto de Varley.

—Te equivocas —lo agarró por el brazo—. No sabes cuánto. No es por nada de eso... — apartó su mano y se levantó de la cama—. Por favor, Blaze, escúchame...

Sin prestar atención a su suplica ahogada, un momento más tarde cerró la puerta en silencio pero con firmeza a su espalda.

Sola en la enorme cama, Fran lloró hasta quedarse dormida por segunda vez aquella noche.

Capítulo 10

El sonido de una llamada a la puerta la despertó; Fran abrió unos ojos pesados y vio que el sol entraba a raudales a través de la cortina tenue.

Entonces recordó todo. Se hallaba en el Empire Park Hotel y ese era el día en que se iba a casar.

A menos que, después de lo sucedido anoche, Blaze hubiera cambiado de parecer.

La puerta se abrió y él entró. Se había duchado y afeitado. Estaba bien peinado y lucía un traje de color claro.

—Lamento despertarte —sonó distante y cortés—. Pero son casi las nueve y media. He pedido el desayuno y nos lo subirán en unos quince minutos.

—Estaré lista —intentó imitar su tono de voz.

Sintiéndose vulnerable debido a su desnudez, esperó hasta que se fue para salir de la cama y correr al cuarto de baño.

Se dio una ducha rápida y luego se puso la única ropa interior limpia que le quedaba en la maleta, una chaqueta y una falda claras y salió al salón.

El carrito con el desayuno acababa de llegar y Blaze servía zumo de naranja recién exprimido. En cuanto Fran se sentó, él ocupó el lugar frente a ella y, quitando las tapas de plata de diversos platos, preguntó:

—¿Qué te apetece? Te sentirás mejor si comes algo —le sirvió unas lonchas de beicon y unos huevos revueltos y añadió—: Anoche no cenaste nada, y no quiero que te desmayes en el altar.

—Entonces, ¿no has cambiado de idea? —inquirió después de probar un poco de huevos—. Me refiero sobre la boda.

—No. ¿Y tú? Después de lo sucedido anoche, no te culparía.

—No —afirmó—. No he cambiado de idea.

—¿Aun cuando ya no existe la amenaza de que Varley termine entre rejas?

—¿Fue alguna vez una amenaza real?

—¿Tú qué crees?

—Lo dudo —untó un poco de mantequilla en una tostada.

—¿Y aun así aceptas casarte conmigo?

—¿Qué te hizo decidir no presentar cargos? —preguntó a su vez, soslayando su pregunta.

—Primero, detesto la publicidad. Si la historia hubiera llegado a la prensa, para los medios habría sido como ganar la lotería. Segundo, mi principal preocupación era recuperar el collar. Conseguido eso, podía permitirme el lujo de ser magnánimo.

—No mostrabas señal alguna de magnanimidad cuando me fui del Royal George —afirmó.

—En ese momento no me sentía magnánimo. Aún estaba lo bastante furioso como para querer que ambos sudaran un poco. En cualquier caso, era lógico mantener la presión hasta que me hubieran devuelto el collar.

—Como dejaste que se marcharan al aeropuerto, supongo que te lo han devuelto, ¿no?

En respuesta, extrajo un grueso sobre marrón del bolsillo y, abriéndolo, depositó su contenido en la palma de la mano.

Fran respiró hondo cuando las piedras rojas como la sangre captaron la luz y refulgieron como

fuego.

—Podrás lucirlas esta tarde —comentó con una especie de triste satisfacción.

—¿Te costó mucho recuperarlas?

Devolviéndolas al sobre, meneó la cabeza.

—Todo resultó ser mucho más fácil de lo que yo me había atrevido a esperar.

—Pero tardaste mucho en volver —él la miró fijamente—. Al menos me lo pareció —luego añadió una media verdad—: No me imaginaba qué podía estar demorándote.

—Había muchas cosas que solucionar antes de que se marcharan al aeropuerto.

—Oh —se preguntó qué cosas.

—De no haber sido por eso, habría regresado mucho antes. Aunque tuvimos suerte... De no haber estado planeando abandonar el país, seguro que no habrían llevado el collar encima. Eso les ahorró mucho tiempo y problemas.

—De no haberlos descubierto anoche, ¿qué posibilidades habrían tenido de pasar a salvo por la Aduana?

—Bastantes, imagino. Melinda tenía intención de guardarlo con el resto de sus joyas, casi todas artificiales. Si en la Aduana se hubieran tomado la molestia de examinarlas, el collar es tan extraordinario que, de no haber habido un experto, lo habrían tomado también por falso. Era un riesgo, desde luego, pero una cosa tiene Melinda de la que Varley carece: así como no tiene de principios, le sobran agallas.

—Hay algo que no entiendo —soltó Fran—. ¿Qué hizo que se decidiera a irse con Kirk en vez de...? —calló y se mordió el labio.

—¿De volver conmigo?

—Sí —apenas fue un susurro audible.

—Me debes considerar tonto si piensas que por un segundo la habría aceptado... Una mujer que ha demostrado ser tan fría y calculadora...

—Pero tú... tú parecías saber cómo era. Tú mismo me dijiste que, si alguna vez te quedabas sin dinero, probablemente te habría dejado...

—Siempre he sido bien consciente de que Melinda antepondría sus propios intereses, pero desconocía que pudiera ser tan poco escrupulosa. Deseo que Varley...

—hizo una mueca irónica—. A pesar de que él se merece todo lo que reciba, casi me da pena.

—Hay dos cosas que no logro comprender —musitó Fran—. Primero, ¿qué la hizo permanecer al lado de un hombre al que ella misma calificó de estar en la bancarrota...?

—Quizá —sugirió con cinismo— cuando dejé bien claro que ya no estaba interesado, decidí que después de todo lo amaba. Supongo que algo es mejor que nada. ¿Y la segunda? —inquirió mientras le llenaba otra vez la taza con café.

—Lo que de verdad me desconcierta es por qué, cuando no disponen de dinero para iniciar una nueva vida, siguen queriendo ir a Sudamérica.

—Porque les di un ultimátum —expuso Blaze—. O se marchaban del país o los entregaba a la policía. No tardaron mucho en decidir que la primera era la mejor opción. Y para cerciorarme de que habían recibido el mensaje, añadí que, si alguna vez intentaban regresar, presentaría cargos contra ellos. Por si cambiaban de parecer, hice que dos agentes de Ritters los escoltaran al aeropuerto —al ver que había terminado el café, Blaze depositó su taza vacía y preguntó—: ¿Deseas algo más?

—He desayunado muy bien —sacudió la cabeza.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor. Tenías razón sobre que necesitaba comer.

—Bueno, si estás lista... Querrás comprar algo para la boda, así que será mejor que nos pongamos en marcha —se levantó y recogió el sobre—. Pero primero he de guardar esto.

Apartó una acuarela de Douglas Reed que reveló una pequeña caja fuerte; la abrió y volvió a cerrarla.

Mientras se dirigían al ascensor él le puso la mano en la cintura, pero el gesto era algo impersonal.

A Fran le resultó triste pensar que había desaparecido para siempre, reemplazado por un desconocido distante que consideraba el matrimonio como una simple transacción comercial. Como si quisiera subrayar ese pensamiento, él comentó con frialdad:

—Probablemente será más rápido si tomamos un taxi en vez de llevar el coche. Como mucho debemos regresar aquí a las tres y cuarto, para poder cambiarnos.

—¿Dónde...? —le falló la voz y volvió a intentarlo—. ¿Dónde nos vamos a casar? No me lo has dicho.

—En la Iglesia de Todos los Santos.

—Oh... —quedó sorprendida. Por algún motivo había considerado que sería en un registro civil y no en una iglesia.

—¿Espero que no te importe casarte en una iglesia? —inquirió él con cortesía distante.

—No, lo prefiero.

Al llegar a la entrada principal, el portero lo saludó y preguntó:

—¿Un taxi, señor Balantyne? —el hombre hizo un gesto con la mano y el primer vehículo de la cola se adelantó y él les abrió la puerta—. Gracias, señor —mientras subían, se guardó la generosa propina.

—A Knightsbridge, por favor —instruyó Blaze al conductor; un momento más tarde, iban de camino a uno de los grandes almacenes más famosos del mundo.

Las siguientes horas transcurrieron en una especie de torbellino. Cuando Fran se quiso decantar por su habitual decoro, Blaze no quiso saber nada de ello.

Sin señal alguna de recato, eligió una serie de ropa interior atrevida y un camión tenue que hizo que Fran se ruborizara.

Luego eligieron abrigos, vestidos, trajes, junto con zapatos y accesorios a juego.

Después, subieron al Departamento de Novias.

—Ahora necesitas algo con lo que casarte —comentó Blaze.

Al contemplar la hilera de vestidos recubiertos con fundas de plástico transparente, él eligió uno de seda salvaje de color marfil con un corpiño ceñido de mangas largas y ajustadas y una falda amplia.

—Este, si te queda bien —dijo decidido.

Era hermoso y abiertamente romántico. Cuando la vendedora la condujo a uno de los probadores, se volvió hacia Blaze con cierto titubeo y preguntó:

—¿Quieres verlo puesto?

—No —indicó casi con sequedad—. ¿No trae mala suerte?

El vestido le quedaba de ensueño.

Con una sonrisa, la vendedora fue a buscar los zapatos y el tocado a juego, una sencilla diadema con un velo delicado.

Cuando todo estuvo empaquetado y enviado al hotel, eran las dos pasadas, y Blaze insistió en que tomaran un sándwich y una taza de té antes de regresar.

Eran casi las tres y cuarto cuando llegaron al Empire Park. En la suite, junto con todo lo demás, había una caja de una floristería. Contenía un ramo sencillito de claveles blancos, fresias

claras y rosas rojas.

Rosas rojas para el amor...

—Espero que te guste —Blaze sonó inseguro, algo raro en él—. Como vas a lucir el collar, pensé que el ramo necesitaba algo de color.

—Es hermoso —aseguró con voz trémula.

—Lamento no poder proporcionarte una madrina —continuó—, pero si necesitas algo de ayuda para vestirte, le pediré al hotel que envíe una doncella.

—No, gracias. Podré arreglármelas sola —al recordar su comentario de que traía mala suerte ver a la novia, preguntó—: ¿No iremos juntos a la iglesia?

—No. Yo me marcharé primero. Un coche vendrá a buscarte a eso de las cuatro menos diez —al volverse, añadió—: Oh, una cosa más... el collar... Antes de irme primero me gustaría ponértelo.

—Sí, desde luego —corrió al cuarto de baño para darse una ducha y prepararse.

Quince minutos más tarde, hubo una llamada a la puerta del dormitorio. Se puso la bata y fue descalza a abrir.

Blaze se hallaba en el exterior luciendo un impecable chaqué gris perla con un clavel en el ojal.

Con una extraña sensación de irrealidad pensó que era el epítome del novio alto, moreno y atractivo sobre el que se lee en las novelas.

—¿Lista para esto? —alzó el collar.

—Sí —se volvió para que pudiera abrochárselo al cuello. Cuando terminó, dio media vuelta, lo miró y esperó.

—Estás preciosa... Ahora ya lo tienes todo. El anillo de adularias es antiguo, el vestido es nuevo, el collar es prestado y tienes algo azul.

Sus palabras le recordaron al hombre romántico que una vez había conocido y, con el corazón latiéndole más deprisa, esperó que le diera un beso.

Pero un momento más tarde, sin siquiera sonreír, se marchó, dejándola vacía y triste.

Haciendo un esfuerzo, se serenó y volvió a dedicarse a la tarea de vestirse.

Aunque pálida a pesar del cuidadoso maquillaje, y convencida de no ser una princesa de cuento de hadas, quedó satisfecha con el resultado final. Sin verse tan arrebatadora como habría estado Melinda y en absoluto tan sexy y excitante, se esforzaría al máximo para ser una buena esposa para Blaze.

Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos. Al darse cuenta de que sería el coche, recogió el ramo y fue a abrir.

Para su sorpresa, allí se hallaba Richard Herfderson, muy apuesto con su traje gris y el clavel en el ojal.

—Estás muy hermosa —le dijo—. Edward es un hombre muy afortunado... Hablando de Edward, veo que no te lo advirtió.

—No, es verdad —le sonrió, ya que había dejado de sentirse tan sola—. Pero me alegro de que pudieras venir. Me parece que vas a ser nuestro único invitado.

—Ah, pero en un sentido estricto no soy un invitado. Verás, Edward mencionó que habías perdido a tu padre y, sabiendo que yo iba a estar en Londres esta semana, me pidió si podía ser yo quien te entregara a él. Naturalmente, mencioné que estaría encantado —al ver que ella guardaba silencio, preguntó con algo de ansiedad—. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no me importa —tragó el nudo que sentía en la garganta—. De hecho, estoy encantada. Para decirte la verdad, empezaba a sentirme un poco... abrumada...

—Entonces, ¿puedo ofrecerte un brazo en el que apoyarte o un hombro sobre el cual derramar lágrimas de felicidad? Lo que te resulte más apropiado.

—El brazo será perfecto —dijo, colocándose el velo.

—En ese caso... —le ofreció el brazo doblado—... tu coche te espera.

En el breve trayecto hasta Todos los Santos, la presencia de Richard le resultó reconfortante y tranquilizadora, aunque ninguno de los dos habló.

Quedaron bañados por el sol mientras subían por el sendero pavimentado que conducía hasta la puerta de la iglesia, donde un sacerdote mayor de rostro amable los aguardaba para recibirlos.

Dentro, aunque prácticamente vacía de gente, la iglesia se hallaba llena de flores, de incienso y de música de órgano. Al marchar por el pasillo del brazo de Richard, fue consciente de poco más salvo el hombre que se hallaba solo ante el altar.

Blaze se volvió y durante un instante su cara pareció exhibir la expresión que siempre había anhelado contemplar. Pero al instante quedó velada y volvió a ser el desconocido distante y frío.

Al situarse a su lado, el sacerdote se aclaró la garganta y dio comienzo el servicio breve y sencillo.

Ambos dieron sus respuestas con claridad y Richard desempeñó su parte con aplomo, y en el momento adecuado Blaze sacó dos anillos de oro: uno exquisitamente tallado y el otro sencillo.

Introdujo el tallado en el dedo de Fran y, aunque sus manos estaban frías y trémulas, ella logró poner el más grueso en su dedo.

Momentos más tarde, fueron declarados marido y mujer, al tiempo que el sacerdote aconsejaba:

—Ya puedes besar a la novia.

Blaze le alzó el velo y con expresión inescrutable le dio un beso leve en los labios.

Las dos damas mayores que habían aceptado ser testigo esbozaron una amplia sonrisa y se adelantaron para firmar en el libro de registro.

Completadas las formalidades y después de recibir las felicitaciones y los buenos deseos de todos, los recién casados dieron las gracias y marcharon por el pasillo al son de la música de Mendelssohn.

En el atrio, Blaze se volvió hacia Richard.

—¿Tienes tiempo para acompañarnos a tomar una copa de champán?

—Me temo que no —se disculpó el otro—. Debía haber regresado a los tribunales hace diez minutos. Pero lo compensaremos cuando vaya a Balantyne Hall.

Los dos se estrecharon las manos.

—Por favor, que sea pronto —Fran le dio un beso en la mejilla.

Un momento después, Blaze y ella, bañados en arroz por las dos damas mayores, avanzaron hacia el taxi que los esperaba.

Después de ayudarla a recogerse el vestido y á subir, se sentaron bastante separados y ninguno habló en el trayecto de vuelta al hotel, donde el director los esperaba para felicitarlos.

Al subir al ático, con Blaze esforzándose para no tocarla ni mirarla, Fran se sentía de todo menos feliz.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó él con brusquedad—. ¿Pasar la noche aquí o regresar a casa?

—Ir a casa —decidió, y su expresión le indicó que había realizado la elección correcta.

—Entonces, en cuanto te cambies, haré que guarden todo en el coche y nos marcharemos.

—Querrás esto —trató de quitarse el collar.

—Déjatelos puestos. De ese modo estará más seguro. Mañana me ocuparé de devolverlo al

banco.

Cansada, y emocionalmente exhausta, dormitó durante el viaje a Balantyne Hall, y solo despertó cuando se detuvieron ante la entrada.

Apenas habían bajado del vehículo cuando apareció el mayordomo.

—Haz que saquen todo del coche y que lo guarden, ¿quieres? —instruyó Blaze con sequedad.

—Desde luego, señor —entonces, con deferencia—. Permita que, en nombre propio y del personal, les desee a la señora y a usted una gran felicidad.

—Gracias, Mortimer —repuso Fran con una sonrisa, mientras que Blaze solo asentía.

—¿A qué hora desea la señora que se sirva la cena?

Miró a Blaze, pero al ver que no obtenía ayuda de él, respondió con la máxima firmeza.

—A la hora de costumbre, por favor, Mortimer.

—Por favor —añadió él—, dile al cocinero que sea algo ligero y que cenaremos arriba en vez de en el comedor.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó a cumplir las órdenes de su señor.

Como una pareja de desconocidos y no de recién casados, ambos subieron en silencio.

Al entrar ella experimentó un escalofrío y, en respuesta a ese gesto involuntario, él cerró las ventanas. Luego, dándole la espalda, se quedó mirando por los cristales.

Se oyó una llamada discreta en la puerta.

Al ver que Blaze no hablaba ni se movía, se dirigió a abrir.

Hannah y dos de los criados se hallaban con los brazos llenos con las compras de la mañana.

—¿Dónde desea que lo pongamos, señorita... quiero decir, señora? —inquirió la doncella.

Él parecía ajeno a toda la situación.

—Aquí, por favor —abrió el camino hacia el dormitorio que había sido de Melinda—. Podéis dejarlo todo en la cama.

En cuanto la puerta se cerró, con el corazón atribulado comenzó a colgar la ropa en el armario vacío.

Al llegar al vestido de novia tuvo que contener las lágrimas. Al terminar, con la habitación ordenada otra vez, no supo qué hacer. ¿Cómo iba a pasar los minutos y las horas restantes del día con un hombre que la ignoraba?

Bueno, si iba a tratarla de ese modo, tenía derecho a saber por qué.

Con el mentón alzado, regresó al salón. Estaba sentado con la camisa remangada y la vista clavada en la chimenea encendida.

Se sentó frente a él y con coraje preguntó:

—¿Me gustaría saber qué he hecho?

—¿Hecho? —repitió, mirándola—. No has hecho nada.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Casarme contigo ha sido un error... —repuso con voz pesada. Ella lo miró como si hubiera recibido una herida mortal. Con el rostro serio, continuó—: Si no hubiera sido tan egoísta, las cosas podrían haber salido bien para ti.

—No... no sé a qué te refieres.

—Aunque estaba seguro de que Varley solo pretendía utilizarte, después del modo en que lo trató Melinda habría estado loco al no apreciar a una mujer que lo amara y lo apoyara. Aparte de integridad y lealtad, posees mucho espíritu, y si yo me hubiera mantenido al margen, quizá las cosas habrían funcionado entre vosotros. Pero no pude soportar la idea de que volvieras con él —cuando Fran comenzó a menear la cabeza, él dijo—: Me preguntaste por qué Melinda decidió quedarse con él... Fue porque le pagué. Preguntaste por qué se habían ido a Sudamérica... Fue

porque yo me encargué de ocuparme de todas las deudas de Varley y proporcionarles suficiente capital para emprender una vida nueva... Siempre que permanecieran juntos.

—¿Hiciste todo eso para impedir que regresara con él? —preguntó aturdida.

—Sabía que, a pesar de todo, era lo que deseabas.

—Pero yo no...

—No tiene sentido negarlo. Tú esperabas que yo aceptara otra vez a Melinda para que pudiera dejarte libre a Varley.

—Te equivocas.

—No lo creo. Cuando Varley comentó que ella jamás había tenido intención de darme hijos, tú sabías que era verdad, lo vi en tu cara. Pero guardaste silencio.

—Solo porque pensé que tú querías que ella volviera contigo.

—Y cuando insinué que Varley podría terminar en la cárcel, te mostraste tan agitada, que creí que te ibas a desmayar...

—No podía soportar la idea de que te mostraras tan cruel adrede...

—Luego, al regresar al hotel, pude ver que habías estado llorando por él...

—No era por él por quien había estado llorando...

—Eso fue lo que me enfureció —continuó como si ella no hubiera hablado—. Por eso te traté de esa manera... lo siento... —se frotó los ojos con la mano como si quisiera borrar el recuerdo—. Y lamento haberte obligado a casarte conmigo. Intenté convencerme de que en alguna parte de ti lo deseabas, pero de haber sido honesto habría reconocido que solo se trataba de atracción sexual.

—Pero no era únicamente atracción sexual.

Reino una pausa prolongada antes de que él prosiguiera:

—Cuando Sherrye preparó aquella estratagema, puse todos los medios a mi alcance para encontrarte. Al fracasar, intenté olvidarme de ti, dejar de amarte... Por eso dejé mi apartamento de Londres. Contenía demasiados recuerdos...

De modo que la amaba a ella... Sintió una oleada de calor por todo su cuerpo, que le aportó vida nueva y desterró toda la desolación anterior que había sentido.

—Entonces, cuando perdí toda esperanza —continuó Blaze—, de pronto apareciste en mi vida. Intenté decirme que ya no me importaba. Que todos mis planes estaban trazados. Pero me bastó mirarte para saber que nada había cambiado... —con las manos juntas, ella permaneció inmóvil, a rebotar de felicidad—. Pero no fue tan sencillo. Sin duda podría haberme desembarazado de Melinda, pero tú estabas enamorada de tu novio... Por eso me sentí complacido cuando Melinda y Varley huyeron juntos. Me dije que él era un canalla y que no tardarías en dejar de amarlo. Me convencí de que podría hacer que me amaras.

«Cuando tuviste el anillo y ya era tarde, comprendí que me había estado engañando. Un matrimonio en el que ninguno de los dos se ama tiene una gran posibilidad de éxito, pero un amor unilateral rara vez funciona.»

—Estoy obligada a coincidir contigo —convino ella.

—Si quieres una anulación... —Blaze suspiró.

—¿Por qué iba a quererla?

—Acabas de coincidir conmigo en que un amor unilateral no funciona.

—¿Quién dijo algo de que nuestro amor es unilateral? Si para variar me escucharas, en vez de darme sermones... —él la miró fijamente—. Te amé hace tres años, por eso no podía soportar quedarme, y aún te amo. Nunca ha habido nadie más salvo tú —cuando la cara de él se iluminó con esperanza, ella lo cortó antes de que hablara—. ¿Quieres no intentar interrumpirme? Durante

un tiempo pensé que amaba a Kirk. Pero aquella noche en que me subiste a mi habitación y me besaste, supe que no lo amaba y que jamás podría casarme con él. El poco sentimiento que había entre nosotros había sido por mi parte, una especie de ilusión —sin amargura, añadió—: Que el usó para su propio provecho.

Al ver el modo en que Blaze apretaba la mandíbula, se apresuró a añadir:

—No, no me refiero de esa manera. Cuando te dije que nos acostábamos, no era verdad. La noche que nos prometimos, casi esperé que me llevara a la cama. Pero me condujo a casa, me dio un beso de buenas noches sin siquiera entrar... Desde luego, aunque yo entonces lo desconocía, él ya tenía a Melinda.

—Si nunca te acostaste con él, ¿por qué mentiste al respecto? —inquirió con voz ronca.

—En ese momento estaba enfadada contigo por burlarte de él...

De pronto Blaze se puso de pie, le aferró los brazos y la incorporó.

—Gustoso te pondría sobre mi regazo y te azotaría el trasero... Si supieras el tormento que me provocó esa mentira. Estaba tan celoso, que cada vez que pensaba que te tocaba me entraban ganas de partirle el cuello.

—Bueno, si vamos a vivir juntos, espero que no vayas a maltratarme.

—Probablemente se me ocurra algún otro modo de mantenerte bajo control.

—¿Cómo cuál?

—Bueno, se me ocurre uno. Sin duda pensaré en algunos más durante nuestra luna de miel.

—¿Vamos a tener luna de miel?

—Por supuesto. Empezará con un mes en Hawai y, estoy dispuesto a apostar lo que sea, durará el resto de nuestra vida.

—No discutiré eso. Pero tengo una pregunta. ¿Cuándo empieza la luna de miel?

—¿Cuándo quieres que comience? —él miró hacia el dormitorio pero Fran meneó la cabeza.

—No tengo ganas de ser convencional.

—¿Y de qué tienes ganas? —enarcó una ceja.

—De ser aventurera... es decir, a mi estilo... —se apoyó en él y dándole besos sugirió—: Me gustaría que me hicieras el amor delante del fuego, mientras aún tengo puestos los rubíes Balantyne...

—Una idea brillante, mi amor —le tomó los labios y la besó profundamente, haciendo que su cuerpo se derritiera antes de añadir—: Yo había esperado respetar las tradiciones familiares de los Balantyne, pero no había esperado establecer una nueva.

Fin